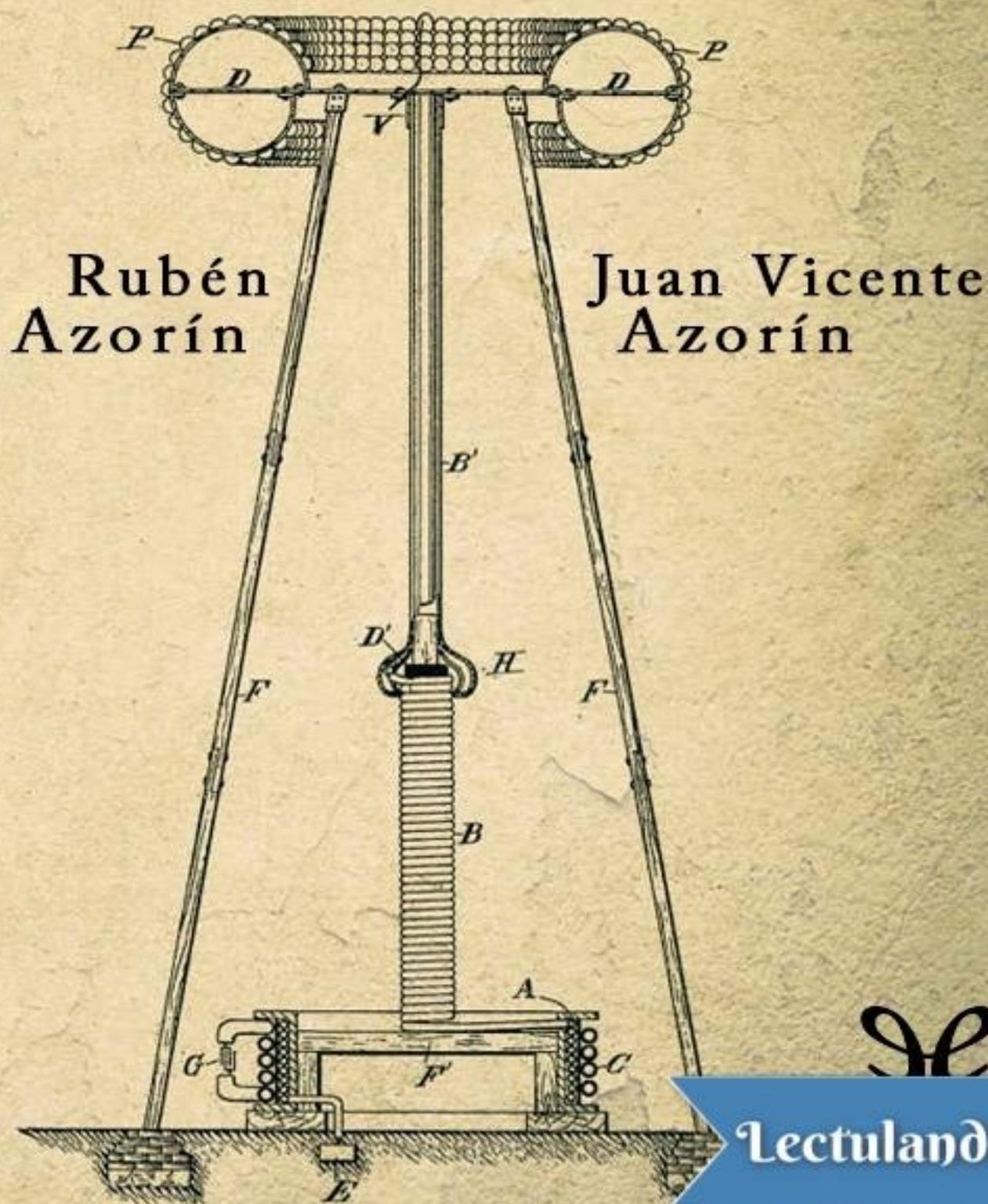


# LA TORRE TESLÀ



Rubén  
Azorín

Juan Vicente  
Azorín



*Si a la oscuridad invocas,  
y te aterra, tenebrosa,  
suerte es que te equivocas  
porque no es tan espantosa:  
Una vela solo enciendas,  
de todo el mundo la ahuyentas.*

¿Cómo encajan unos poemas serbios con la supuesta construcción de un arma eléctrica clandestina? Algo se me escapa. Leo y releo el poema entre pequeños sorbos del *whisky* escocés, intentando darle sentido.

Solo se me ocurre una idea. Envío un *e-mail* a la dirección del contacto de Kiryl diciendo que mañana estaré en Belgrado. Adjunto el poema, una foto de la gran antena y firmo como K.

Es un intento desesperado, lo sé, pero tampoco me quedan muchas alternativas.

**Lectulandia**

Rubén Azorín Antón & Juan Vicente Azorín Antón

# **La torre Tesla**

ePub r1.0  
Titivillus 17.03.18

Rubén Azorín Antón & Juan Vicente Azorín Antón, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Pepe y Manola  
A Javi

# **AGRADECIMIENTOS**

A nuestras familias, por las horas robadas a destiempo.



## EL TRIPULANTE

Largo siempre mi frase romántica contra la pegadiza melodía de saludo cuando subo a un City Cab. Soy un clásico y la he usado en cientos de ocasiones en los casi ocho años que las calles de Clifton me ven defenderme como detective privado. No sé si esa copla fue pensada expresamente para el cine, pero desde que en las grandes ciudades no se pueden poseer, ni mucho menos usar, vehículos particulares, no le queda razón de ser. De hecho, en la persecución que acabo de iniciar casi muere antes de brotar de mis labios, obligados a invocar con siglas absurdas una APP que ajusta automáticamente mi ruta a la deriva del vehículo que he señalado como target.

¿Qué sería de Frank Bullitt si no pudiese romper las reglas? Si en su persecución no se pudiese saltar una sola señal de tráfico ni exceder el límite de velocidad, si no pudiese derrapar... Ahora los flujos de circulación de vehículos autónomos están regulados. No hay, no queda, ninguna emoción humana en ninguna carrera. Prefiero no hablarle. Solo mi dispositivo móvil, magia sin alma, dicta el camino a una máquina carente de pasión.

Sí. Soy un amante del cine negro. Del antiguo y verdadero cine negro. Quizá por eso me hice detective privado cuando me expulsaron del cuerpo de policía y me uní a los ciudadanos de ninguna parte. El cine mantiene mi vana frase con vida al rescatarla de la realidad.

Se vendió bien la campaña de reciclaje de vehículos propios previa a su rápida prohibición, ¿verdad? Las tasaciones personalizadas que nos ofreció el Gobierno para retirarlos junto a la campaña de concienciación y multas, consiguieron que una gran mayoría de la población las aceptásemos. El resto sencillamente los perdió. Ya no serían necesarios los garajes, los vados ni las plazas de aparcamiento. Los nuevos motores eléctricos no contaminarían. La conducción con piloto se limitaría, y solo en determinados casos, a policía, bomberos o ambulancias. Así se evitaría el cansancio frente al volante y los errores humanos. Esto reduciría drásticamente los accidentes. Cualquier ciudadano identificado podría disponer de una Cab en menos de cinco

minutos, a cualquier hora, en cualquier lugar. Todo eran ventajas.

Y lo fueron, no podemos negarlo. Pero ¿qué opináis de la nueva «Cuota de Tránsito en Taxi»? Con la Trans Tax nos la colaron. Debemos tener el carnet de tripulante para ser usuarios de taxis, aunque no los lleguemos a utilizar. Y no es fácil obtenerlo, casi más complicado que el antiguo examen del carnet de conducir y con la exigencia de un certificado de procedencia virtuosa y convicciones moderadas. Un simple plástico sin fotografía y sin códigos que muestra el nombre del propietario cuando confirma su huella. En el mío se rotula Philippe Hawk con tinta electrónica. Preferiría la traducción de mi apellido al español, como me llaman los que me conocen, Halcón.

Os diré también que al principio las carreras eran tan económicas como el transporte público, pero hoy los costes se asemejan a los de un taxi de antaño.

Otro hándicap, en cuanto a nuestra profesión se refiere, es no poder hacer las rondas de vigilancia desde el coche. Ha supuesto el punto final a la estrategia del cazador que acecha desde el fondo de su asiento los ciclos rituales de su presa. Ya no hay interminables cinturones de vehículos aparcados en las calles, ni dobles filas entorpeciendo el tráfico. Ya no hay hamburguesa en bolsa de papel. Para evitar un mal uso de los City Cabs autónomos, como por ejemplo dormir o resguardarte en ellos, si superas los quince minutos estacionado, el propio vehículo te alerta de que envía una señal a la policía. Si ignoras el aviso, en pocos minutos eres desalojado. Así que, aunque se pudiese conducir, un vehículo con pasajero parado más de diez minutos levantaría sospechas.

Tampoco se puede llevar arma sin licencia o el coche la detectaría y también avisaría de inmediato a la policía. Con este sencillo sistema de seguridad detuvimos a cientos de incautos en mis años en el Departamento como agente. Pobres diablos que nunca sabían cómo los habíamos descubierto. No eran tan inocentes, claro está, los delincuentes profesionales, con los que aprendíamos ciertos trucos.

De forma que he tenido que alquilar un cuartucho de hotel en la ciudad a la que me ha llevado mi nuevo caso. La misma ciudad, por cierto, en la que había trabajado de policía y a la que había prometido no regresar. No creo que mi vuelta le sorprenda a nadie. Mi palabra nunca ha tenido mucho valor, ni siquiera para mí. Además, esta vez no se trata de una esposa celosa y no iba a dejar escapar un encargo por un precipitado calentón que tuve hace varios años.

Volviendo a mi nuevo caso, ando tras mi objetivo. Varón de mediana edad. Raza caucásica. Estatura, 1,80 metros, y pelo oscuro. No sé si sospecha que le sigo, pero aunque así sea, tampoco podrá hacer demasiado, está igual de atrapado que yo. La persecución es sencilla. El cambio de la circulación caótica de hace solo unos años por la ordenada y silenciosa actual ha sido sorprendente y tiene más pros que contras.

A mí me sigue gustando recalcar mis contras; es una cruzada personal.

Nos estamos alejando del casco urbano y aquí no hay casi tráfico. Solo circulamos tres vehículos por la carretera y pronto seré descubierto. Hago una foto al

identificador que persigo y una llamada.

—Hola, Margaret.

—¿Halcón?

—El mismo. Pasaba por la ciudad y he pensado que estaría bien que nos viéramos.

—¿Qué quieres, Halcón? Tengo trabajo.

—Solo un pequeño favor, por los viejos tiempos. Te acabo de enviar el identificador de un vehículo. ¿Podrías enviarme un split de seguimiento al móvil?

—Ni lo sueñes, Halcón.

—Me rompes el corazón, compañera. Pero ha sido un placer escucharte después de tanto tiempo.

—Lo mismo digo. Adiós, Halcón.

Maldición. Si no quiero perderlo he de continuar tras él. Amplío la distancia. El otro vehículo toma una carretera interminable que conecta Nueva York con Nueva Jersey. Dejamos los edificios y entramos en amplias extensiones de terreno cada vez más despoblado a ambos lados de la carretera. No me gusta, nos estamos alejando demasiado. Mis temores se ven confirmados por un aviso del altavoz interno.

—Este vehículo no tiene autorización para circular fuera del casco urbano. Por favor, elija otro destino.

Caso omiso a la advertencia y, como estaba escrito, pocos metros después el vehículo se detiene e insiste en que elija otro destino. Vuelvo a recurrir al teléfono móvil.

—Margaret...

—Dime...

Tendré que desplegar todo mi encanto personal para persuadirla. Necesito su ayuda si no quiero tirar por la borda estos días de trabajo. Sin embargo, la situación cambia radicalmente cuando mi perseguido se detiene a unos cien metros delante de mí. Nadie se apea. No creo que sea de corto recorrido, como en el que yo viajo. Y, aun así, allí está. Parado. Obviamente me ha descubierto. No puede ser nada bueno.

—¿Sigues ahí, Halcón? —pregunta mi antigua compañera, de la que ya me había olvidado.

—Claro, muñeca. Solo quería pedirte perdón por haberte puesto en un compromiso. Sabes que no soy así.

Cuelgo antes de escuchar su respuesta sarcástica o irritada. Ahora me preocupa más la situación en la que me encuentro. ¿Alguien me ha tendido una trampa? Indico fin de trayecto para acallar la molesta voz del coche repitiéndose. Allí estamos los dos City Cabs. Solos. Sin nadie en kilómetros. Monto mi arma camuflada y espero a que mi presa mueva ficha.

—Por favor, abandone el vehículo.

Este nuevo aviso juega a mi favor. Esperaré hasta que venga la policía a comprobar el porqué de un taxi parado y con un pasajero armado. Prefiero ese

incómodo encuentro que cometer un error frente a gente dispuesta a asesinar. Ahora no sé quién vigila a quién. Todavía es de día, pero creo adivinar atravesando su luna trasera un destello dirigido hacia mí.

—Por favor, abran el vehícu...

El mensaje se repite cada treinta segundos. Pero ahora está enrarecido con interferencias. La voz suena entrecortada, las luces interiores de mi Cab han parpadeado y parece que no llegan a apagarse. Piensa, Halcón, piensa.

Por fortuna, acude la caballería. Desde luego han mejorado los tiempos de respuesta desde mi marcha del cuerpo. ¿Será alguno de los viejos conocidos?

—Por favor, salga del vehículo con las manos en alto.

Ahora escucho a la policía por el altavoz interior. Veo que el otro coche empieza a alejarse. Lo voy a perder, pero ha pasado el peligro... ¿O quizá no? No salgo. No me atrevo a tocar la puerta.

—Salga del vehículo con las manos en alto.

El coche de policía ha estacionado a pocos metros. Baja uno de los agentes y se me aproxima con la mano acariciando la culata del arma.

—¡No se acerque al coche!

No parece escuchar mi advertencia. Muevo las manos para que se aleje, pero en vez de hacerme caso, mis gestos le ponen en alerta y saca el arma. Se aproxima apuntándome mientras su compañero insiste a través del comunicador para que baje del vehículo.

Con las dos manos sujetando la Smith & Wesson y presto a disparar, golpea suavemente el cristal de la ventanilla para indicarme que salga. Las luces interiores vuelven a oscilar. No le conozco. Es joven, debe ser una incorporación reciente. Levanto las manos y vuelvo a prevenirle:

—Por favor, no toque el coche.

Otra frase inútil. Cuando acerca la mano a la manilla exterior se escucha un chasquido seco y el abnegado policía se desploma como si fuese de cartón piedra. Jamás he visto algo así. Su compañero, todavía en el coche patrulla, me creará responsable. Puedo darme por muerto.

Solo tengo segundos. Busco y abro la puerta con las manos metidas en los plásticos de la documentación del coche. Salgo aun a riesgo de correr la misma suerte que el agente caído. No me ocurre nada. Me dejo caer al suelo de rodillas con las manos en la nuca para que el otro agente me vea entregado antes de reaccionar y acabar conmigo. El cadáver yace a mi lado en una postura antinatural y grotesca, como si aún estuviese de pie. Me recuerda a las fotos de aquellos cuerpos petrificados por la erupción del Vesubio. El rictus desprende un fuerte olor a chamuscado. El ambiente a chamusquina.



COMISARÍA

Mi vieja comisaría. Vuelvo a los ocho años. Ha cambiado poco. El ambiente tenso al verme entrar no es muy distinto al que se creaba la mayoría de veces, cuando lo hacía sin esposar. Las caras nuevas me sentencian con la mirada. Ya deben estar al tanto del asesinato de un compañero. Espero que, aunque me vean arrestado como principal sospechoso, ninguno de los viejos colegas a los que saludo con la mirada piense que puedo haber sido yo. La incredulidad y la sorpresa que recibo no me lo confirman. Como siempre, nadie habla a mi paso. Ni siquiera mi antigua compañera Marga. A ella le sonrío.

Randle me espera en la puerta de su despacho, al menos tiene el miramiento de no despacharme a una celda o a una sala de interrogatorio. Debe ser el único que conoce los detalles de mi implicación en este asunto. El agente que me conduce me sienta bruscamente y me clava en el cuello dedos como garras. Quiere venganza. Pero Marvin le ordena que salga sin darle opción a relatar lo ocurrido. No le gusta, pero obedece y mis cervicales vuelven a su orden.

El capitán Marvin Randle, mi antiguo jefe, baja los estores para apartar una docena de miradas de reojo y pasea por su despacho frotándose las manos y la nuca.

—Cuando te expulsaron del cuerpo y prometiste no volver nunca más a esta ciudad pensé que me había tocado la lotería. ¿Podrías explicarme por qué se ha acabado mi buena suerte?

Nunca me deja responder.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tengo a uno de mis hombres carbonizado? Espera, no me lo digas. —Levanta las palmas de las manos—. Ha sido un accidente. Pasabas por allí y casualmente hubo algún fallo técnico en el vehículo y...

—Veo que no ha perdido su astucia.

—Muy gracioso, Halcón. Muy gracioso.

Tira un expediente sobre la mesa y se me encara a voces.

—Apareces hace un par de días como por casualidad haciendo preguntas en la

escena de un crimen perpetrado en mi ciudad. Enseguida supe que eras tú... —Abre el dossier y saca algunas fotos del cadáver—. ¡Muerte por electrocución! Un día después, te encuentras donde un policía de mi Departamento es víctima de otro asesinato. ¿Y cómo?... ¡Por supuesto! ¡También electrocutado! Supongo que es solo una coincidencia y que no hay ninguna relación entre ellos.

Da un violento golpe sobre la mesa.

—¡Estoy esperando una explicación!

—Lo siento, jefe.

—¿Lo siento, jefe? ¿Cuántas veces he escuchado lo mismo? Yo ya no soy tu jefe y por dios que me alegro de ello. Al igual que se alegran tus compañeros de no tenerte ya como tal.

Señala hacia la ventana con la cara roja. Siempre le ocurre cuando se enfada y en mi presencia alcanza el bermellón.

—Me gustaría poder ayudarle...

—Eras tú el objetivo, ¿verdad? ¿En qué estás metido? Esto te queda grande, Halcón.

Este último comentario me pone sobre aviso. Sin duda él tiene más información que yo sobre lo que está sucediendo. Tomo una de las fotografías de la primera víctima y simulo ojearla con desinterés antes de volver a lanzarla sobre la mesa.

—Quizá podría ser de más ayuda si no me hubiesen echado a patadas de la escena del crimen. ¿Cómo me queda de grande?

Me vuelve a atravesar con la mirada.

—¿Conocías a la víctima?

Vuelvo a tomar la fotografía.

—¿Conocerla? ¿Y por qué habría de conocerla?

—Era otro rompematrimonios. Otro buscainfidelidades como tú, intentando jugar en primera división. ¡Esto no es espiar a mujeres desnudándose por la ventana!

Otro detective...

—¿Cómo está tan seguro de que fue un asesinato? Tenía entendido que no había indicio alguno.

—Tan seguro como que ya no tenemos caso. Unos amigos del FBI se ofrecieron muy amablemente a colaborar. Malditos engreídos. Además, este segundo homicidio confirma que estaban en lo cierto. —Permanece pensativo unos segundos—. Una cosa es cederles la investigación de un figón de tres al cuarto, pero ahora es uno de nuestros hombres.

—Entiendo. Y lamento...

—No lamente nada y desaparece de mi vista para siempre.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. La próxima vez que vea tu fea cara te detendré, ¿entendido?

—Muchas gracias, jefe.

—¡Fuera!

Randle no quiere aceptar que mi agradecimiento es sincero, pero con aquel numerito me ha demostrado su amistad. Me ha proporcionado información y me ha aconsejado que ande con cuidado. Solo hay que saber leer entre líneas. Me ha desvelado que el otro asesinado también era un detective. Además, se trata de algo lo suficientemente gordo para haber despertado el interés del FBI y debía guardarse las espaldas. También me ha asignado el caso. A su manera. No pueden llevarlo ellos y confía en que sea yo quien descubra a los asesinos de uno de sus hombres. Dejándome marchar también me aleja de los federales.

Nunca nos hemos llevado demasiado bien el comisario y yo, pero le reconozco el valor para dar siempre la cara por sus hombres. Asume su responsabilidad y no se esconde. Hoy aumenta mi respeto por aquel viejo.

Al salir del despacho compruebo que el resto de maderos siguen acorralándome. No parecen tener tan claro como el viejo Randle que yo no he tenido nada que ver con la muerte de un colega. Todas las miradas que me apuntan son acusatorias, excepto, quizá, la de Marga, que nunca me entiende... ¿Otra vez, Halcón?

Siempre he pensado que a los hermanos McCaw deben haberlos expulsado de los All Blacks. Ahora bloquean el paso hacia la salida en su danza de posturas, mostrando sus bíceps. Mucho músculo y poco seso. No quiero montarle un numerito a Marvin justo después de darle las gracias, pero si no se apartan les regalaré un cruzado en la mandíbula. Esta es la actitud que me expulsó del cuerpo de policía de Newark y con la que he ido coleccionando enemigos. Sé que no debería iniciar una pelea y, al mismo tiempo, sé que nada impedirá que acabe teniéndola con aquellos dos idiotas. La suerte es así.

Marga rompe el hechizo. Se abre paso decididamente hasta mi lado y, mientras me acompaña hasta la salida, les obliga a separarse. Me ofrece una despedida tan emotiva como la del día en que pasé a recoger mis pertenencias antes de marcharme. Si el contenido de la caja de cartón que arrojé al contenedor de basura del callejón se hubiese podido considerar pertenencias.

—Tu llamada pocos minutos antes del asesinato puede comprometerme. ¿Por qué siempre la cagas, Halcón?

—Si quieres, puedes invitarme a cenar esta noche y lo discutimos.

—Maldito cabrón. Así me lo pagas.

También sé que no debería haber dicho aquello, y enseguida me arrepiento de haberlo hecho. Marga es una mujer sobresaliente. La aprecio de verdad. Pero todo ello no evita el que haya hecho una broma en vez de disculparme. Simplemente soy así.

Echo mano del teléfono móvil para pedir una Cab y veo que hay varias llamadas perdidas. Mierda. Se supone que tengo que informar todos los días de los avances en mi investigación. Y casi todos los días informo de que no hay avances. Mi cliente se toma muy en serio esa llamada, ya me han amenazado con prescindir de mis servicios si volvía a olvidarme. Hablaré con ellos de camino al hotel.



LUZ

Alguien ha entrado en mi habitación. El «No molestar» de cartón que había dejado en el suelo está movido. Quienquiera que haya sido se ha tomado la molestia de colocarlo de nuevo en su lugar para no delatarse, pero tan torpemente que no lo ha dejado igual. Malditos aficionados. Si hubiese sido el personal del hotel estaría colgando por detrás de la puerta. A veces las cosas más simples son las más...

—¿Y si el intruso quisiera hacerle creer que se ha marchado para evitar que huya o que le apunte con un arma?

Lo reconozco, aquella voz femenina me sobresalta. No me la esperaba, ni me esperaba a la atractiva mujer que sale despacio del cuarto de baño alisándose el pelo y se sienta en la única butaca del cuchitril. Antes, y sabiendo que me ha pillado, retira con cuidado un amasijo de ropa para hacerse un hueco y alisa pliegues inexistentes de su falda ceñida.

—Por cierto, ¿con quién hablaba?

Acorde con su voz, tiene una belleza serena y delicada. Sus pasos han sido suaves y hace pausas lentas entre movimientos, no sé si para que la observe. La observo. Con las piernas cuidadosamente juntas y los pies cruzados, pone las manos sobre las rodillas de medias claras. Al contrario que a mí, no parece incomodarle la poca altura de su asiento. Ojos azules y cabello rojo fuego templando una piel de porcelana fría. Rasgos nórdicos, sin acento que yo pueda distinguir.

Si hubiese querido verme muerto, ya lo estaría. Así que opto por seguirle el juego.

—Estoy documentando el caso en el que trabajo. Almaceno todas mis conversaciones y pensamientos.

—¿Documentando?

—Así es. Me he prestado para colaborar en una curiosa iniciativa del gremio de detectives. Todo el proceso deductivo quedará documentado desde el principio y sin adulterar. Todo lo que registran mis gafas queda en la nube encriptado y sin posibilidad de borrado. Se registra la hora de cada entrada y, aunque luego se pueden

añadir detalles, nada se puede modificar. Para ahorrar tiempo, trato de decir en voz alta pensamientos cuando no hay nadie, así me ahorro tener que hacerlo después. En definitiva, un diario en tiempo real que servirá de estudio e inspiración a las nuevas generaciones.

—¿Inspiración? Veo que es usted modesto. ¿Y si no tiene éxito en su investigación?

Me limito a sonreír.

—Usted debería estar muerto.

—Ha dicho bien. Debería...

—¿Sabe cuánta gente muere de frío cada invierno en Europa del Este y Rusia?

—Lo desconozco.

—¿Y en todo el mundo?

—Lo desconozco, señorita...

La atractiva mujer ignora mi intento de intimar y se responde ella misma:

—Mueren miles. Soy de la opinión de que la muerte de unos pocos se justifica si con ella se salva a otros muchos. ¿Usted qué opina?

—Depende. ¿Me encuentro entre esos pocos?

La mujer modera una espontánea carcajada con el dorso de la mano.

—Yo que usted no lo haría —dice cuando trato de sentarme en la cama—. En su situación, lo más seguro para estar fuera de ese reducido grupo es permanecer quietecito donde está, de pie, hasta que me haya marchado.

Puede ser un farol, pero con dos cadáveres en la morgue prefiero no tentar a la suerte.

—Usted gana.

—Suelo hacerlo. La educación y el respeto son traicionados en muchas ocasiones. No cometeré el mismo error que mis antepasados.

—No comprendo...

—Exacto. Usted no comprende nada.

—¿Qué quiere de mí?

—Solo quería conocerle en persona. Y empiezo a pensar que ha sido una pérdida de tiempo.

Sin apartar su mirada de mis ojos, lleva las manos hacia atrás, a los lados de su cuerpo, y con un grácil balanceo, casi sensual, se impulsa con ellas. Lentamente y sin esfuerzo queda en pie delante de mí, esbelta, magnífica y observando que no pierdo detalle. Saca del pequeño bolso bandolera lo que reconozco como una defensa eléctrica taser. Debo haberla defraudado mucho. Podría intentar defenderme, pero estoy seguro de que sabe usarla. Acciona algún mecanismo. Mantengo el tipo contemplando cómo la porra extensible se convierte en un sólido bastón rematado por una esfera de cristal esmeralda. Se apoya en él con ambas manos, como si estuviese posando para una crónica rosa y me vuelve a mirar, enigmática. Lo tomo como otra advertencia. Se me acerca por fin peligrosamente hasta que sus labios, pasando muy

cerca de los míos, me susurran al oído...

—Soy Luz.

Con una estudiada coreografía, gira con suavidad el cuello para ocultarme su rostro y sus ojos. Solo cuando se separa creo percibir un ligero y desconocido aroma a gris marino, profundo y vivo, que pierdo casi antes de sentirlo.

—¿Es usted un caballero, Halcón?

Se marcha. Hay algo no convencional en su forma de moverse. Quizá la hace más atractiva y ella lo sabe.

El recuerdo de aquel fugaz aroma queda jugando en el misterio.



MINSK

—Señoras y señores pasajeros, les habla la supervisora Romenskaya. Dentro de pocos minutos aterrizaremos en el aeropuerto internacional de Minsk, Bielorrusia. La temperatura es de menos dos grados y los cielos están despejados. Gracias por haber elegido Belavia.

Es reconfortante que siga habiendo personas en la cabina de los aviones, aunque quizá menos seguro.

Creo que fue un acierto haber abandonado tan pronto Newark. Ya no había nada que hacer allí y la incómoda visita del FBI era inminente. Además, aquellos a los que pretendo atrapar me están vigilando. Así que volví a Clifton y esa misma madrugada recibí un mensaje de mi cliente con un nombre y una ciudad. Reservé el vuelo en el mismo momento. Dar con el propietario del nombre ha sido una tarea relativamente sencilla al restringir la búsqueda a detectives privados de Minsk. Espero encontrar esta vez a alguien con vida, intercambiar impresiones con un compañero podrá arrojar algo de luz en este caso.

El mismo aeropuerto tramita mi visa como turista.

—Aquí tiene las llaves. Puede recoger el vehículo en el *parking* del aeropuerto, sección 3, aparcamiento 147.

—Gracias, señorita. ¿Sería muy osado esperar a que acabe su turno para que me enseñe la ciudad?

Innecesariamente osado. Está trabajando y no puede abandonar la cortesía con un cliente. Sonríe y atiende a otro. Sigo siendo un capullo.

Elegí un Lada modelo tradicional para no llamar la atención. Por fin un coche manual, ¡y con marchas! Tras un breve momento de vacilación frente al volante, compruebo que conducir es como montar en bicicleta, nunca se olvida. Sin embargo, parece que solo recordaba lo bonito; pronto empiezo a sufrir las desventajas de la conducción manual. El frío empaña los cristales y reduce la visión. El hielo en el asfalto hace patinar las ruedas. No haber dormido tampoco ayuda a mi concentración

y la gente de aquel país no parece respetar las señales de tráfico. Al entrar en la ciudad, la garganta ya me duele de responder a las imprecaciones de otros conductores, que no entiendo.

El despacho del tal Kiryl se encuentra en un barrio marginal. El edificio es antiguo y descuidado. La etiqueta de la puerta es casi ilegible y el telefonillo no funciona. Por lo menos la portería está abierta, tiene la cerradura atascada.

Es una segunda planta. Ante la vista del estado del ascensor decido que un poco de ejercicio me vendrá bien.

Nadie abre. El vecino parece que no vive allí desde hace años. ¿Habré vuelto a llegar tarde?

En poco tiempo me he visto conduciendo un coche, entre tráfico caótico, subiendo escaleras y ahora enfrentado a una cerradura de llave en la que mis trucos para lectores biométricos no servirán. Tengo la impresión de haber viajado también en el tiempo.

Respetuoso con la legalidad, un investigador no puede dejar de tener habilidades para abrir puertas más o menos modernas. Accedo de alguna forma al despacho del detective Kiryl.

Siempre he creído que mi antro es pequeño y desordenado. Pero se ve que es algo inherente a la profesión y este sujeto me supera con creces. Lo dejo ahí porque no me gusta hablar mal de los fallecidos.

A pesar del salto temporal, he vuelto a llegar tarde.

Me contrataron por un supuesto caso de espionaje industrial. ¿Qué puede ser tan importante como para cobrarse tres vidas? De momento no tengo nada.

El cadáver está sentado en una postura aparentemente normal. No muestra signos de violencia o descomposición. Eso sí, está helado como un témpano. ¿Cuánto llevará muerto? No soy un experto y con la hipotermia todo lo que pueda deducir estará equivocado. Bueno. Esta vez he sido el primero en descubrirlo y esto me brinda la oportunidad de estudiar a placer la escena del crimen. Hago fotografías con el móvil, primera regla de un detective en la nueva era digital. Todo parece encontrarse en su sitio, hasta la cartera de la víctima con su identificación.

En el armario encuentro hueca una correa de pistola para el hombro. En un cajón hay un diccionario de bolsillo, una calculadora y algunos mapas de carretera de Bielorrusia. Me quedo mirando el mapa de la pared. Pese a estar rasgado por las dos esquinas superiores, es bastante nuevo. De hecho, es lo más nuevo en aquella helada madriguera. Al parecer al detective Kiryl el país se le quedaba pequeño, necesitaba todo un mapamundi. Un tipo tradicional, aficionado a consultar mapas sobre plano y no en ordenadores. Curioso. Quizá le hubiese echado de menos.

Al acercarme para observarlo con más detalle, descubro que es un gran mural adhesivo. Es como un papel pintado difícil de quitar sin romperlo. Está claro que eso es lo que le ha pasado a quien haya arañado las esquinas para arrancarlo. Con demasiada prisa, no ha podido. Probablemente ese mapa es lo único que hay alterado,

con toda intención, en el despacho. También noto que faltan los marcadores que hubo clavados señalando localizaciones y que ese alguien se ha molestado en perforarlo con muchos otros pinchazos aleatorios para confundir. Ha dejado las chinchetas esparcidas por el suelo. Supongo que las marcas son aleatorias porque algunas han ido a dar en los océanos, pero no dejo de hacerles una foto con la cámara del teléfono.

Las marcas en el papel difieren entre las que han tenido la aguja pinchada un tiempo y las que se han hecho apresuradamente. De un primer vistazo distingo una en Minsk y, al llevar la vista hacia Nueva York, veo que también estuvo señalada. Será sencillo detectar las que han tratado de camuflar.

En el suelo y entre guías turísticas de ciudades, ríos y castillos también hay una fotocopia de una especie de poema en lengua extranjera. Lo fotografío. No quiero perder detalle. El difunto debía hacer bien su trabajo y se estaría acercando demasiado. Seguramente eso le ha costado la vida. Hago más fotos y lo dejo todo sin tocar para no alterar la escena del crimen.

Antes de abandonar el despacho, una corazonada me detiene en la puerta. Allí hace un frío glacial y la calefacción no tiene pinta de funcionar. El cadáver está prácticamente congelado. Y Bielorrusia se encuentra entre Europa del este y Rusia. «¿Sabe cuánta gente muere de frío en invierno en Europa del Este y Rusia?».



VODKA

El frío puede más que el sueño. Aunque todavía no llega a clarear, hace rato que intento no quedarme helado en el coche echando desesperadamente el aliento dentro de la manta que me envuelve. Observo ya a algunos transeúntes oscuros andar pisando las hojas que cubren el suelo de hormigón cuarteado. Si tenían a su alcance unas sábanas calientes, no me puedo imaginar qué pueden encontrar en estas calles de escarcha y grafiti que les obligue a abandonarlas. En este momento nadie puede desear ese cobijo más que yo. Pero no pienso malgastar créditos en un hotel y revelar tan claramente mi ubicación al hacerlo. El frío, como a ellos, no me doblega y el coche alquilado es mi mejor opción. Como en los viejos tiempos. Me servirá de oficina y refugio. Aparco en batería, como uno más de la heterogénea hilera de vehículos que hay bajo un viejo edificio de ladrillo con ventanales condenados. Me mimetizo entre ellos levantando las escobillas del limpiaparabrisas, como veo que todos han hecho. Tengo a la vista el portal por si el difunto recibe alguna visita.

Me despierto congelado. Lo que iba a ser una cabezadita al recibir el primer rayo del amanecer, se ha alargado más de una hora. Mierda. Espero que nadie haya entrado en el edificio. Uno más de los descuidos que adornan las grandes proezas de mi vida. Mis errores serán, para mis oyentes, ejemplos didácticos de lo que no hay que hacer.

La luneta delantera está cubierta por una capa de hielo. Ahora entiendo por qué dejamos las escobillas tiesas. Enciendo el motor y la calefacción. Necesito entrar en calor y pasar desapercibido. Es temprano y la calle recupera la vida. Tres obreros están preparando pintura, circula alguna bicicleta y bajo gruesos abrigos algunas mujeres madrugadoras cargan la compra en gruesas bolsas. Ha abierto un establecimiento que parece ser un colmado de barrio.

No tiene café. No tiene nada caliente. Lo único que he conseguido entender del dependiente es que no hay nada mejor para calentarse que un buen vodka. Sigo su consejo y compro dos botellas. De vuelta al coche me llama la atención un resplandor que oigo crepitar, acompañado de voces, en un callejón. Allí dirijo mi curiosidad y

descubro a tres indigentes calentándose con las llamas que se agitan dentro de un barril metálico. Me miran con recelo cuando me acerco a ellos, pero una botella de vodka hace milagros. Guardo con cautela la otra bajo la chaqueta, previendo alguna emergencia.

Dos rondas y me permiten entrar en su círculo alrededor del fuego. Desde allí puedo vigilar el portal del edificio y se está mejor que en el coche. Solo me cuesta dos tragos más compartir risas y penas con los bielorrusos, entre fuertes palmadas a la espalda.

«Camarada» es la única palabra que entiendo en una conversación de muecas y gestos, pero de pronto uno de ellos se manifiesta en inglés.

Así que saco la otra botella de vodka. Sé que los ánimos pasarán a un nivel superior y sé también que pronto las palmadas pueden desembocar en apretones de manos o en pelea callejera. Me conviene mantener su equilibrio y el mío. Aguanto bien la bebida, pero debo indagar un poco antes de perder la lucidez.

—Camaradas, ¿vive mucha gente en aquel edificio?

Dos de ellos ríen como si hubiese dicho algo tremendamente gracioso. Pero el que comprende el inglés me acerca una mano al hombro y me contesta con rostro serio.

—Yo vivo allí.

El ambiente se tensa ante su reacción. Una ronda más de la botella y una carcajada fingida hacen que vuelva el buen rollo.

—¿Y no estarías mejor en tu casa con este frío?

—Hace semanas que cortaron la electricidad. Estos recortes acabarán con todos los miserables que nos hemos quedado —dice, ahogando su mal humor. Los otros le dan la razón y continúan airados el hilo de su propia conversación.

¿Semanas? ¿Es eso posible? Es cierto que hay muy pocas ventanas iluminadas entre todos los edificios de la avenida. Últimamente en las noticias se habla de los problemas que están ocasionando los cortes de suministro en algunos estados de EE.UU.. Son cortes que nunca superan los cincuenta minutos diarios y en horarios no punta. Sé que en Europa y Rusia la situación es peor, pero jamás imaginé que llegara hasta estos extremos.

Mis pensamientos se ven interrumpidos con la llegada de un hombre al portal del edificio. El camarada Maksim, al ver mi interés, hace un comentario.

—Es el señor Alvin. Su ego es demasiado grande para acercarse a nosotros y aceptar su nueva situación.

Aprovecho para enseñarle la foto del poema que había sobre la mesa de Kiryl.

—¿Reconoce el poema? ¿O el idioma?

Maksim mira la pantalla con interés y les enseña mi móvil a los otros diciendo algo que no entiendo. Los dos niegan con la cabeza y siguen a su aire, manifestándose mutuamente de acuerdo en la ruidosa discusión que mantienen con vehemencia.

—Lo siento —dice, devolviéndome el teléfono.

Sin pensarlo, le envió la foto a mi excompañera Marga. No quiero que queden las cosas así entre nosotros. Siento haberme comportado como un imbécil y no haberme despedido de forma más amable. Vale que pedirle un nuevo favor no ayudará, pero aun así lo hago. Debe ser porque así hago las cosas. Deslizo la siguiente foto en la pantalla. En la parte trasera del papel del poema parece que hay una estrofa manuscrita en inglés. ¿Por qué estaría traduciendo un poema extranjero? ¿Qué relación tiene con el caso? No consigo establecer ninguna conexión, pero afirmaré que el detective bielorruso no era un amante de la poesía.

—Ese puede ser el hombre que busca —dice Maksim, tocándome de nuevo el hombro.

Yo no había dicho que buscara a nadie. Debo ser más discreto. Una figura solitaria camina hacia el edificio. Bajo una amplia capucha, quizá para protegerse del frío, quizá para ocultar su rostro, se para ante el portal y mira a ambos lados antes de entrar. No llama ni usa una llave. Sencillamente entra. Sin duda debe saber que la puerta está rota y, por tanto, no es la primera vez que ha estado allí.

—¿Otro vecino?

—No le he visto antes. Debe ser cliente del detective —responde negando con la cabeza.

Ese puede ser el hombre que busco. Los invito a que terminen la botella y nos despedimos entre efusivos abrazos. Vuelvo al coche. El visitante ya debe estar en el despacho. ¿Llamará a la policía? Si es así, no quiero que me encuentren allí. Permanezco a la expectativa dentro del vehículo. Un minuto después le veo salir con menos calma que cuando ha llegado. Arranco y lo sigo. Está asustado y parece indeciso. No deja de mirar a su alrededor... Ese es el hombre que busco.

Le adelanto y estaciono el vehículo. Cuando se acerca lo suficiente abro la puerta. Me ve, gira y sale corriendo. Por fortuna estoy en buena forma. Luego me ofrezco amablemente a llevarle a casa, ya me entienden.



INGENIERO

Es un hombrecillo menudo y nervioso. Mucho menos corpulento de lo que el enorme abrigo le hacía parecer. No deja de mirar a todos los lados y de frotarse las manos. Sus movimientos nerviosos me recuerdan a los de una ardilla.

—¿Entiende mi idioma?

Su reacción habla por él. Sin duda entiende mi idioma. Vamos progresando.

—¿Por qué ha ido al despacho de su amigo Kiryl?

No contesta, pero la palabra amigo, dicha con toda intención, le inquieta todavía más.

—Sé que no es la primera vez que viene por aquí...

No dejo de conducir. No saber dónde le llevo supongo que le ablandará. Saco el poema de la guantera y se lo estampo en el pecho.

—¿Qué es esto? —pregunta finalmente con marcado acento ruso.

—Esperaba que usted me lo dijese...

—Soy ingeniero. No sé nada de literatura.

—Como quiera...

Pasados unos segundos habla de nuevo.

—¿Dónde me lleva?

—No creo que quiera saberlo.

Le amenazo sin tener ni idea de adónde dirigirme.

—No tengo nada que ocultar, camarada. Le debía un favor y...

—Entonces estamos en el mismo bando. Solo quiero que me ayude a comprender por qué su amigo ha muerto congelado en su despacho.

—No ha muerto congelado. Ha muerto electrocutado.

—¿Electrocutado? Eso no es posible, ese edificio lleva semanas sin electricidad.

—Soy ingeniero en estaciones eléctricas por Samara. Sé de lo que hablo.

Ingeniero eléctrico. Perfecto. Por fin algo con cierto sentido. Samara, este. Iremos hacia el oeste. Casualmente tengo delante una indicación en la autopista: Vilna,

Lituania. Destino tan válido como el que más.

—¿Qué tipo de ayuda le pidió?

Me mira con desconfianza. Sus manos no han parado de moverse ni un instante.

—Otro detective le habló de la fabricación de un arma de extrema potencia y

Kiryl creyó encontrar algo.

—¿Un arma eléctrica?

Asiente.

—¿En qué consistía exactamente su ayuda?

—Solo quería mi opinión.

—Solo su opinión.

—Exacto.

—En su despacho no había ningún arma y tampoco imágenes o documentos. ¿En base a qué iba a darle su experta opinión?

El ingeniero se ve acorralado.

—Como le he dicho, Kiryl encontró algo.

—Y habíais quedado para ver ese algo, ¿verdad?

No va vestido y calzado como para dar un paseo.

El hombre guarda silencio.

—Muy bien. Seguiremos el plan.

Aparta la mirada y se ajusta las gafas con el dedo índice. Me vuelve a mirar cuando fijo la vista en la carretera.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que todo sigue igual. Iremos a ver ese algo y usted compartirá conmigo, en vez de con el detective Kiryl, su valoración.

—¿Se ha vuelto loco? Kiryl está muerto y nos matarán a nosotros.

—Así que conoce el emplazamiento. Bien, bien.



KREVO CASTLE

A los veinte minutos de carretera, paro en una estación de servicio. No tengo más prisa que mi acompañante y le siento enfrente de mí. Solos en una mesa de madera, él toma un té y yo un vodka de trigo que nos sirve una camarera con cara de no haber dormido en un par de días. En silencio hasta que los nervios le pueden. La suerte ha estado de mi parte y cree que sé hacia dónde vamos. Resulta que el azar ha escogido el camino correcto y nos estamos acercando donde sea. Me habla de las proximidades de Cuchny, de las ruinas de un legendario castillo con leyendas de túneles subterráneos y de una construcción secreta bajo una elevación cercana, Yuryeva Mountain. Su lengua ahora es tan inquieta como sus dedos. Finjo saber de qué me habla y todavía le dejo mostrar su pánico intentando convencerme de que volvamos.

No quiere acabar congelado ni electrocutado. Miedo. Así de simple.

Salimos. Empieza a caer la tarde y la nieve. Continúo por la autovía hasta que, a más de una hora, reconozco escrito en una indicación de salida el nombre que mencionó mi timorato copiloto. Ya en la carretera secundaria, todo el campo de visión que ofrecen los faros del automóvil se reduce a amplias extensiones de terreno llano y despoblado. Según avanzamos aumenta el espesor de la nieve y solo podemos continuar circulando gracias a los surcos que nos ha dejado algún camión de gran tonelaje no hará mucho tiempo. No hay más rutas posibles, así que me basta con seguirlos sin necesidad de más indicaciones del ingeniero bielorruso. Al empezar a oscurecer, el camino se interna en un tupido bosque de pinos que asalto ignorando las advertencias que no deja de hacer mi acompañante, ahora en su lengua, a muchas sílabas por segundo. Se acaba el terreno llano y cuando la carretera empieza a subir una pendiente moderada y bastante uniforme, las roderas que nos guían la abandonan a la izquierda y continúan por un sendero que, al cabo de unos minutos, desemboca en una larga excavación despejada de árboles en la base de la pequeña loma. En la pared vertical del fondo se distingue una entrada artificial. Recuerda el túnel de un tren o la boca de una vieja mina. Obviamente oculta una callada actividad nocturna.

Nos detenemos en el límite del bosque, tras la cortina de pinos. Las huellas del camión apuntan hacia aquella entrada.

—¿Bajamos? —pregunto sin dar opción.

Sorprendentemente, el ingeniero asiente con decisión. Un interés arrollador ha apagado su angustia. Usa un clínex para limpiar las lentes. Es la cuarta vez que lo hace y empezaba a impacientarme, pero ahora le animo. Apago el motor y abro la puerta. No bajo. El cuerpo del agente fulminado delante de mí me viene a la mente. Consulto el incidente con el supuesto experto mientras termina de pulir sus gafas. Ahora está en su salsa y comienza a disertar a toda prisa para mí. No entiendo cómo no se asfixia.

—Todo se reduce a la diferencia de voltaje. Si la electricidad fluye a través de usted y no usa su cuerpo para llegar a tierra no hay problema. Se habrá fijado en los pájaros posándose una y otra vez en el tendido eléctrico. —Gesticula como si volara—. Si con una de sus patas tocasen el suelo, se chamuscarían al instante. En el coche sucede lo mismo, si cuando va a bajar su cuerpo está cargado o en contacto con una carga, la electricidad le atravesará para buscar tierra. Cualquier carga buscará tierra y, según su magnitud, su organismo podrá o no soportarla. En algunos países europeos la energía doméstica es de 230 voltios y puede causar graves daños. Le recomiendo que use botas con suela de goma.

Pueril charla. Pero, vaya, me lo sigo pensando antes de poner el pie en el suelo. Bien. Ningún detective de Clifton se va a quedar dentro del coche en Bielorrusia. Tengo que salir y hundo un pie en la nieve. Ahora entiendo el porqué de sus botas de montaña. No ocurre nada. El hombrecillo, engullido de nuevo por el enorme abrigo, baja también y avanza impetuoso sobre el sendero de huellas hacia la montaña. De pronto, todo es muy rápido. Le sigo. Sin duda habrá estado antes allí porque todo está oscuro y desierto y él no parece ningún superhéroe. Tampoco puedo distinguir ninguna fábrica o edificio en los alrededores.

Cuando salimos al descubierto del bosque, el ingeniero consulta el móvil. Al parecer sigue la ruta hasta una ubicación que tiene guardada. Dejo las preguntas para más tarde y me limito a seguirle.

Abandonamos el surco de las huellas y el terreno se convierte en una pista de patinaje. La imperceptible pendiente que hemos de subir convierte cada metro en un reto para mí. Mi acompañante, con una indumentaria más adecuada, se las arregla mucho mejor y, supongo que sin saber nada de mis inviernos bajo cero, me deja como un zote. Por fortuna nuestro destino no está muy lejos.

Llegamos a la abertura en la roca, claramente artificial. Está guardada por una verja de barrotes sólidos y herrumbrosos que deben llevar décadas allí. Sin embargo, el candado lo compraron ayer. Mi intrépido compañero usa una llave para abrirlo.

—Hicimos un molde. Kiryl era mucho más inteligente de lo que supone. Y ahora está muerto.

De pronto parece asaltarle un no te la juegues y me mira para que desistamos.

Aprovecho la oportunidad y con desprecio le insto a que entre. Mira de nuevo el móvil y lo pone en modo linterna. Entramos. Inconscientemente me llevo la mano al lugar donde debiera tener el arma. La echo en falta. Si nos descubren, nos ejecutarán aquí mismo, no me cabe duda. Es evidente que Kiryl está muerto porque se acercó demasiado al encontrar aquel lugar. ¿Qué está sucediendo? Mi decisión de continuar en este momento no obedece a mi cliente, sino a mis ganas de saber.

Estamos en una intrincada red de túneles. Mikhail Zhevnov, así se llama, no duda ni por un segundo a la hora de elegir los pasadizos del laberinto. Me sorprende la entereza con la que actúa. Me explica con reproche y sin susurrar:

—Cuando Kiryl encontró este lugar descubrió que era una antigua mina de carbón en desuso. Me pidió ayuda. Sabía que mi puesto de trabajo en SAV-ELECKOM tenía ciertos privilegios. No me costó encontrar los planos y trazar una ruta alternativa que condujese a la nave principal.

—¿Nave principal?

En efecto, el túnel por el que transitamos se corta abruptamente en un precipicio de unos cuarenta metros de altura. Debajo hay un gran recinto iluminado y con una torre de metal que se eleva hasta casi nuestra altura, como la miniatura de la Torre Eiffel de Las Vegas. Es como si hubiesen vaciado el corazón de la montaña. Al mirar hacia arriba tampoco encuentro el techo.

—¿Qué estamos viendo?

—Yo diría que es algún tipo de colector o emisor de electricidad. ¿Ve? Esas turbinas en la base parecen puntos de almacenamiento. Y la antena superior debe usarse para recibir o transmitir.

Habla con fascinación. Ya no hay reproche ni temor. La curiosidad eclipsa las posibles consecuencias, algo que les suele ocurrir a los hombres de ciencia.

—¿Puede tratarse del arma que buscaba Kiryl?

—Podría ser, pero no lo creo. Quizá sirva para alimentarla.

—¿Puede esto haber participado de alguna forma en la muerte de Kiryl?

—No lo creo, pero es posible...

—¿Puede cargar un vehículo de electricidad?

No responde a mi última pregunta. Está profundamente concentrado en aquellas instalaciones. Distingo a algunos operarios que pululan como hormigas por el enorme recinto.

Tomo algunas fotos y las envío a mi cliente, junto con la ubicación. La pantalla del móvil parpadea y se cubre de nieve estática, como interferencias. De súbito, se apagan todas las luces y se escucha el murmullo de algo parecido a un gran generador.

Casi tengo que arrastrar al ingeniero para sacarlo de allí. Mi sentido de la orientación es excelente. Podría salir corriendo a oscuras. Así que abro la marcha para deshacer el camino. Avanzo muy rápido, algo me dice que estamos corriendo un grave peligro. No me molesto en cerrar el candado cuando salimos al exterior y en mi

precipitación pierdo el equilibrio para bajar los cien metros de pendiente deslizando.  
Le llevo agarrado.



DRANIKI

La tercera vez que giro la llave, el motor del coche llega a calentarse y se pone en marcha con un sonido ronco que disimula nuestro silencio hasta que dejamos la carretera secundaria. Música celestial para mí. Leo el estado de ánimo al que ha vuelto el ingeniero en sus manos temblorosas. No cruzamos ni una palabra atravesando el frío con la calefacción al máximo. Estoy hambriento: la adrenalina me da hambre. Así que cuando veo la estación de servicio en la que nos empezamos a entender a la ida, doy un voto de confianza al Lada y paro de nuevo.

Mikhail, a su pesar, vuelve a entrar conmigo. Aún hay cosas que aclarar.

El cambio de temperatura es tan brusco que se hace tangible como un velo. Solo veo a una joven pareja en manga corta y me quito el tres cuartos y la sudadera. Aun sin estar tan cerca como ellos, el calor del local lo exige. Nos sentamos ahora en una mesa junto a una ventana que me permite controlar el coche, la entrada y el acceso al aseo.

Pronto nos atiende la misma joven camarera, que sigue haciendo gala de unos modales acordes con su aspecto. Intento preguntarle qué se puede comer, pero su gesto de tedio no lucha por entenderme, así que le digo que mi compañero pedirá por los dos. La chica vuelve la vista hacia el ingeniero, que no reacciona. Doy una sonora palmada y este se sobresalta, mira a su alrededor como tratando de ubicarse tras una ensoñación. Le digo que pida cerveza y hamburguesas. Intercambian algunas frases sonoras e incomprensibles para mí. Espero que no haga ninguna tontería.

La camarera se marcha voceando nuestro pedido a cocina. Le sugiero a Mikhail que vaya al aseo a echarse agua a la cara y despejarse. Aprovecho para llamar a mi cliente y pasar el parte diario. En esta ocasión tengo novedades.

—Al habla Halcón. ¿Han recibido la ubicación?

—Buen trabajo, detective.

—¿Buen trabajo? Creo que este caso va mucho más allá de un caso rutinario de espionaje industrial. Las cosas han cambiado. Hay cadáveres. Un arma...

—¿Qué quiere, señor Halcón?

—Quiero que revisemos mis honorarios. Quiero un plus de peligrosidad e incluir las dietas y los gastos de desplazamiento.

—Compruebe su móvil, por favor.

Hay un mensaje que confirma la recepción de una transferencia que quintuplica mis honorarios pactados.

—¿Satisfecho? Ahora queremos que abandone Bielorrusia esta misma noche. ¿Alguien más está al corriente de sus progresos?

En ese momento, Mikhail Zhevnov sale del aseo. Sin abrigo es un cuerpo raquítico e indefenso con gafas enormes. Tardo unos segundos en contestar.

—Nadie. El detective Kiryl estaba muerto.

—Muy bien. No se olvide de informar.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Siga su instinto. Confiamos en usted, por eso le contratamos.

Cuelga.

La camarera con las bandejas y Mikhail llegan al mismo tiempo a la mesa. Él espera de pie mientras la joven sirve. No pierde de vista la salida, pero no intenta nada. Se sienta y mira los platos.

—Draniki.

—Muy bien, Mikhail, ahora hablemos del contacto de Kiryl.

Arruga la nariz y las gafas se le suben hasta mitad de la frente.

—Vamos, Zhevnov, ¿quién le dijo que estaban construyendo un arma?

Le veo de nuevo nervioso y asustado. Hasta siento lástima por aquel pobre friki y por el lío en el que se ha metido. Kiryl y yo nos lo hemos buscado, nos pagan por ello, pero aquel hombrecillo...

—No sé nada de ese hombre. Tampoco lo sabía Kiryl.

—¿Entonces?

—Por lo que yo sé, fue el otro individuo el que se puso en contacto con Kiryl.

—¿Tenemos su teléfono, dirección...?

—Nada. Solo una cuenta de correo electrónico.

—¿Qué ponía en los correos?

Doy un trago a la cerveza y escupo. Está tan caliente como meos de cabra.

—Pero ¿qué has pedido? No querrás envenenarme con esto y lo que sea ese draniki.

Me mira ignorando mi queja.

—Que yo sepa solo había un correo. Mencionaba la construcción de un arma de extremada potencia y por eso quiso que lo leyese.

—¿Dónde está el correo?

—Lo borramos, como pedía.

—¿Algo le llamó la atención?

—Nada. Bueno, estaba en inglés, pero había un par de palabras en serbio, como el

poema que me enseñó en el coche.

—¿Habla serbio?

—Lo suficiente para reconocerlo y derivar los informes al departamento adecuado de SAV-ELECKOM.

—Muy bien, esto es lo que vamos a hacer. Vamos a bebernos el meado de cabra y terminarnos el draniki que ha pedido. Luego me va a llevar al aeropuerto, devuelve el coche alquilado y desaparece del país hasta que yo le diga.

—¿Qué quiere decir?

Le doy una tarjeta de prepago. Siempre llevo alguna para emergencias.

—Su vida corre peligro. Ni se le ocurra volver a casa o al trabajo hasta que le llame a este número. No permanezca en un mismo sitio más de una noche, los pagos delatarán su localización.



DARKNESS

De nuevo en el avión, pero esta vez en primera. Los créditos están para gastarlos, o que se lo pregunten al difunto detective Kiryl. Esta filosofía de vida la compartía con mi exmujer y con mi exnovia hasta que acabó el sucedáneo de cariño.

—Señorita, ¿sería tan amable de servirme otro Jack Daniels?

El trato es exquisito. Estoy decidido a hacer una colección de botellines antes de aterrizar. El asiento se puede tumbar por completo y es más grande que la cama de mi apartamento. Por fin dormiré algo después de dos días.

—Señorita, ¿sería muy osado invitarla a compartir la copa...?

Me despierto en Viena y tengo dos horas para hacer el trasbordo. En la sala VIP saco la fotocopia del poema. Supongo que es un poema porque está dividido en estrofas, pero podría tratarse de otra cosa. ¿Habrá respondido Marga a mi mensaje? Consulto mi correo en el móvil. Hay un *e-mail* de mi excompañera. No me ha olvidado.

«Aquí tienes a todo el mundo cabreado. ¿Por qué no me sorprende? Te busca el jefe Randle, el FBI, tu exmujer y unos tipos...».

Al leerlo, casi puedo escuchar el tono mordaz de su voz y ver su rostro severo. Se me escapa una carcajada.

«Lo que me has enviado es un poema serbio de un tal Jovan Jovanović Zmaj, aunque supongo que esto ya lo sabías».

No lo sabía. Pero...

«Lo único que puedo aportar es que un tal Robert Underwood Johnson, editor del Century Magazine, fue quien adaptó algunos de los poemas serbios de Jovanović. Te adjunto la traducción de uno corto y de unas frases de introducción».

Si a la oscuridad invocas,  
y te aterra, tenebrosa,  
suerte es que te equivocas

porque no es tan espantosa:  
Una vela solo enciendas,  
de todo el mundo la ahuyentas.

¿Cómo encajan unos poemas serbios con la supuesta construcción de un arma eléctrica clandestina? Solo tengo esta pista y el *e-mail* del contacto de Kiryl. Algo se me escapa. De alguna forma, Kiryl encontró la estación oculta en el interior de una montaña.

Leo y releo el poema entre pequeños sorbos de *whisky* intentando darle sentido.

Solo se me ocurre una idea. Envío un *e-mail* a la dirección del contacto de Kiryl diciendo que mañana estaré en Belgrado, la capital de Serbia y su ciudad más poblada. Adjunto el poema, una foto de la gran antena y firmo como K.

Es un intento desesperado, lo sé, pero tampoco me quedan muchas alternativas.

En el vuelo hacia Belgrado pido una manta a la servicial azafata y me acomodo para complementar el diario del caso. Creo que incluir reflexiones y deducciones son esenciales en este trabajo. De momento, puedo asegurar a las nuevas generaciones que la osadía por sí misma no es promesa de compañía.



MR. DUBAL

No he recibido respuesta al *e-mail* y no tengo ninguna pista que seguir. A las 8:30 a. m. en el aeropuerto de Belgrado hace frío, así que me procuro el consabido vodka de trigo y paseo por las tiendas. Aprovecho para comprar unos guantes y unas botas con suela de goma. De todo se aprende.

Recuerdo que con el billete de primera todavía tengo acceso a la sala VIP. Me doy una ducha y tomo algo de café, ahora con un buen aliño de *whisky*. Las bebidas son gratis.

Recibo un SMS de un número desconocido.

«Todos los actos tienen sus consecuencias».

Suena a amenaza. ¿Quién puede tener mi número?

Pocos segundos después me llega un vídeo desde ese mismo número. Parece tomado desde una cámara de seguridad en la nave de alguna fábrica. Distingo parte de una estructura metálica idéntica a la base de la torre que vimos en Bielorrusia ¡De pronto una explosión! Un fognazo inunda la pantalla y luego se oscurece por completo... Pero el vídeo no termina aquí y la imagen se va clareando entre humo hasta que muestra el mismo lugar, ahora destruido. Todo apunta a que se trata de una grabación de las cámaras interiores del lugar que encontramos en Minsk.

«Todos los actos tienen sus consecuencias».

¿Querrá decir que por haber informado de su localización soy responsable de que lo que fuese aquello haya sido destruido? ¿O querrá decir que voy a pagar por haberlo descubierto?

La situación escapa a mi control. Espero que Mikhail haya seguido mi consejo y haya desaparecido del mapa, en otro caso podría estar muerto. Tentado estoy de llamarlo para ver cómo se encuentra, pero sin un motivo solo serviría para ponerlo más en peligro. Desisto.

Vagabundeando por el *hall*, veo en el mostrador de Austrian el mismo vuelo hacia JFK que anunciaba en Viena. A las cinco horas, cansado de esperar, me dirijo a las

máquinas de check in que, como ofreciendo premios, me tientan a comprar el billete de vuelta a los Estados Unidos. No es necesario. Al consultar el móvil antes de aceptar que me equivoqué al decidir el destino, hay una respuesta a mi *e-mail*.

«Museo Tesla. 17:00 horas».

Compruebo en el GPS que el museo se encuentra a escasos veinte minutos del aeropuerto, que curiosamente también se llama Nikola Tesla.

Tengo tiempo de sobra, pero me pongo en camino. Estoy cansado del aeropuerto y esperaré curioseando en el museo.

El paseo me hace bien. Algo más relajado y positivo alcanzo mi destino. Es un edificio sobrio. Cuatro grandes columnas flanquean la entrada principal en arco. En la taquilla hay un hombre de avanzada edad que parece estar dormitando y no repara en mi presencia. Al golpear el cristal da un respingo y, algo nervioso, balbucea unas palabras que no entiendo.

—¿Habla inglés?

—Sí, sí. Disculpe, caballero.

Deduzco que el vejete es el típico empleado bonachón y caduco que nadie se atreve a despedir. En algunos sitios todavía pesa más el cariño que otra cosa. Varios intentos baldíos con el idioma me hacen recurrir a gestos para hacerme con una entrada. Las manos del ingeniero lo hubiesen conseguido mucho antes.

Dentro hay muy poca gente. Tras los paraguas de sus respectivos guías corren dos grupos reducidos, uno de estudiantes y otro de ancianos turistas intentando entender sus auriculares entre consejos y tropiezos.

Me aproximo al grupo de turistas y descubro que estamos junto a una vitrina con el registro bautismal de Nikola Tesla. El cicerone habla en francés, pero gracias a los años en los que deambulé por Canadá puedo pillar al vuelo algo sobre unos estudios de ingeniería eléctrica. Me interesa y llego a entender buena parte de la charla enlatada.

El tal Nikola Tesla era de etnia serbia, pero había nacido en la actual Croacia y se nacionalizó estadounidense.

Su madre, ama de casa que nunca aprendió a leer, fue una científica autodidacta que fabricaba herramientas artesanales caseras y que le enseñó a recitar numerosos poemas épicos serbios.

Los avatares de su familia le llevaron al Gimnasio de Karlovac, donde completó un plan de estudios de cuatro años en tres. Por lo que entendí, el único que tenía interés por su carrera fue su padre, al que Nikola respetaba pero no pudo satisfacer, aunque sacó algún curso aislado en algunas universidades. Tuvo trabajos ocasionales y no dejaba de leer y memorizar libros completos. Supuestamente gracias a la memoria fotográfica heredada de su madre. Un personaje.

El guía no oculta su admiración por el sujeto. Cuenta que no se casó y que toda su energía la empleó en estudiar y desarrollar proyectos para facilitar la vida a la humanidad. Y que el mundo le debe muchos cambios. Asegura que incluso fue el

inventor de la radio, pero que hasta después de su muerte no ganó el juicio que lo demuestra. Esa historia me suena.

Lo cierto es que la figura del inventor mantiene mi interés. Claro que había oído hablar de Tesla, pero desconocía que en Serbia se le venerase tanto como para haberle puesto su nombre al aeropuerto y dedicarle un museo como aquel. Se muestra en el orgullo de los guías en cada explicación.

Apenas faltan quince minutos para la hora convenida en el *e-mail*, así que me separo del grupo y paseo en solitario por diferentes salas. De otra forma el contacto de Kiryl podría no reconocerme. Simulo interés merodeando entre los inventos que me rodean con la esperanza de encontrar una señal de alguien o que alguien me encuentre.

Aprieto un botón y un huevo se levanta girando sobre sí mismo, como por arte de magia. Sonrío disimulando mi asombro e intento encontrar el truco.

—¿Americano?

Pregunta una mujer joven con marcado acento extranjero. Tiene el pelo corto y unas gafas modernas de cristal ahumado. ¿Será una mujer el contacto?

—Americano —confirmo.

Me regala una amplia sonrisa y me entrega un folleto del museo. En la solapa lleva un distintivo del personal. ¿Cómo no me he fijado antes?

—Dentro de unos instantes comenzará una visita guiada en inglés.

—¿Será usted la guía? Si es así, me interesa.

La muchacha se ruboriza y me regala otra sonrisa. Recuerdo mis últimas experiencias y dejo de hacer el capullo; devuelvo la atención al huevo de cobre.

—¿Sabía que, con este sencillo invento, Nikola Tesla consiguió convencer a ciertos banqueros para obtener financiación y poder continuar con sus estudios sobre electricidad?

—No comprendo.

—Este experimento les fascinó tanto como a usted. Con él les demostró su genialidad y obtuvo su confianza y su dinero. Como Colón con su famoso huevo.

—Muy interesante, trataré de no perderme la charla.

En otra situación le hubiese seguido el juego para conseguir su teléfono o una cita, pero se acerca la hora convenida en el *e-mail* y prefiero permanecer solo. Cuando se despide, giro alrededor de la peana y voy vigilando las otras estancias. Nadie me llama la atención. Sigo a la espera.

—Usted no es Kiryl.

Ahora soy yo el que pega el respingo cuando descubro a mi lado al anciano recepcionista. ¿Cómo es posible? Nadie ha entrado en la sala. Su mirada es astuta y el tono de su voz ha cambiado radicalmente, ahora es enérgico y acusador.

—¿Ha muerto?

Asiento con el orgullo herido, engañado por un inocente vejete.

—¿Ha oído hablar del Rayo de la Muerte?

Le miro fijamente y niego con la cabeza. No pienso volver a bajar la guardia.

—El propio Nikola Tesla lo definió así. Textualmente: «Un arma capaz de ser utilizada contra toda una infantería de tierra o con fines antiaéreos, con sus rayos será posible destruir cualquier cosa que esté en un radio de más de trescientos kilómetros».

—¿Usted cree que Kiryl descubrió el emplazamiento de dicha arma, en Minsk?

—«Mi invento requiere una gran maquinaria, pero una vez conseguida será posible destruir cualquier cosa. Hará que cualquier país, grande o pequeño, sea inexpugnable a los ejércitos, los aviones y otros medios de combate» —continúa el taimado recepcionista parafraseando al inventor. No sé si esa charla privada era para Kiryl o he sido premiado con la entrada.

—¿Realmente cree que puede existir una máquina que lance rayos a trescientos kilómetros?

El hombre me observa con ojos duros y reprobatorios ante mi incredulidad.

—Usted no es Kiryl —insiste.

Le aferro del brazo para impedir que se marche.

—«Este invento mío no contempla el uso de ningún rayo como tal. Los rayos no son pertinentes porque no se pueden producir en las cantidades requeridas y porque con la distancia disminuyen rápidamente de intensidad. Ni toda la energía de la ciudad de Nueva York transformada en rayos y proyectada a treinta kilómetros podría matar a un ser humano porque, de acuerdo con una bien conocida ley de la física, se dispersaría en tal medida que no sería eficaz.

»Mi aparato proyecta partículas que pueden ser relativamente grandes o de unas proporciones microscópicas, lo que permitiría transmitir a un área pequeña situada a gran distancia billones de veces más energía de la que es posible trasladar con rayos de otro tipo. De esta forma se pueden transmitir miles de caballos de vapor a través de una corriente más delgada que un pelo, así que nada se puede resistir».

Recita de memoria las supuestas palabras del inventor, con un énfasis y seguridad que me hacen dudar de su cordura. Me observa y añade:

—«Mi arma marcará el principio y el fin de las guerras tal y como se conocen hasta ahora. Supondrá el fin de la pólvora y cualquier conflicto bélico estará marcado por la electricidad. Mi cañón será el arma definitiva». ¿Comprende ahora el alcance de lo que descubrió Kiryl? Y le diré más... Sé que se está orquestando un ataque coordinado a escala global.

De acuerdo. El anciano es astuto, pero no anda muy bien de la cabeza.

—Si lo que afirma fuese cierto, ¿por qué no la construyó el propio Nikola Tesla? ¿Por qué nadie lo ha hecho hasta ahora?

—No consiguió la financiación suficiente para llevarla a cabo, pero el genio afirmó haber inventado el «Rayo de la Muerte» con el nombre de Teleforce y mantuvo hasta el final de sus días la reivindicación de tal logro. Por supuesto, no mentía. Era un verdadero genio pese a la intoxicación de su Gobierno. Lo que hemos

de evitar a toda costa es que caiga en manos no tan nobles como las suyas.

—Señor Dubal, ¿ha terminado ya su turno? —le interrumpe la mujer de gafas y pelo corto.

—Disculpe, señorita, me ha sustituido el señor Ivanou —replica, volviendo al tono servicial y dubitativo.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Casi diez años, señorita.

—¿Y cuántas veces ha asistido a una exhibición de la bobina Tesla?

—En una ocasión.

—¿Solo una vez? —pregunta contrariada y poniendo una afectada voz de pena—. Pues ha llegado el momento de verla de nuevo.

—Gracias, señorita, pero he de volver...

—Insisto. He venido en busca del americano para informarle de que va a dar comienzo el espectáculo y no queremos privarle de la demostración, ¿verdad?

Veo cómo la joven le empuja suavemente por la cintura mientras los sigo hasta la sala central. Emplea un tono sutilmente autoritario y, por el respeto que le muestra el desconcertante recepcionista, se evidencia que ella no es una simple guía, debe tener un cargo importante en el museo.

En la sala están los dos grupos rodeando una gran bobina y todos tienen un tubo fluorescente en la mano. Algunos ancianos, despistados, parecen no saber si son cirios o bastones. La joven se aleja unos pasos de nosotros y, cuando vuelve, nos entrega uno a mí y otro a su empleado, dándole un beso en la frente. Luego se gira hacia un chico joven y asiente. Las luces bajan de intensidad y se inicia la demostración.

Se trata de una locución con una explicación interesante sobre la bobina de Tesla como prueba de que es posible la transferencia de la electricidad sin cables. No me da tiempo a aburrirme porque, de pronto, otro truco de magia nos enciende los tubos fluorescentes. El grupo de estudiantes no puede dejar de imitar los sables láser de Star Wars.

En la segunda demostración, y en medio del asombro de todos, el taquillero se desploma a mi lado, convulsionándose. Sin dudarlo, la mujer se arrodilla frente a él y grita algo que no comprendo. Supongo que solicitará la ayuda de un médico mientras ella misma trata de socorrerlo. Una alarma se enciende dentro de mí. Pese a la situación de urgencia, los movimientos de la joven han sido pausados, visiblemente calculados, como si estuviese bajo el agua. Solo había visto moverse así a la mujer de cabello rojo y ojos azules que se coló en mi habitación de hotel.

Las gafas ocultan casi por completo sus ojos. El cabello es ahora corto y negro y el acento es distinto, pero su esbelta figura coincide. No me cabe duda. Me encuentro ante la misma persona. Y, por tanto, lo que le ha ocurrido al anciano no ha sido un accidente. ¿Me han salvado a mí las botas de goma que compré en el aeropuerto?

Golpeo la esquina de una columna con el tubo y al romperse lo convierto en un

arma afilada. Varios de los participantes sueltan los tubos, gritan y corren perdiendo la razón. Puedo tratar de huir camuflándome entre ellos o quedarme y acabar allí mismo con aquella zorra vestida con piel de cordero.

Cuando vuelvo a mirarla, se ha quitado las gafas y me clava el intenso azul de aquellos ojos que ahora reconozco. Hay lágrimas sinceras, pero no ocultan la incisiva mirada que me acusa de la muerte de aquel hombre.

En un instante solo quedamos ella y yo ante el caído, rodeados de cristales y tubos rotos. La gente ha desalojado el lugar atropelladamente, como si alguien hubiese gritado fuego. Parece que no hay más víctimas, éramos pocos.



## HANDS ACROSS THE SEA

Aprieto con tanta fuerza la base del tubo roto que lo siento crujir entre mis manos. La mujer se incorpora sin apartar la vista de mí.

—Sígueme, por favor.

Se ha quitado la máscara, pero el dolor por la muerte de su compañero de trabajo sigue ahí. ¿Seguirá fingiendo para salvar la vida?

Ciertas mujeres ejercen cierto poder sobre ciertos hombres, como supongo que ocurrirá al revés. Me las he visto con algunas tan hermosas como listas y crueles: esta no lo es menos. Frágil, bella y letal; desprende un magnetismo que no puedo negar sin negar la realidad. Si en este caso el asesino hubiese sido un hombre, ahora estaría muerto y yo esposado de camino a comisaría. Sin embargo, dejo caer el arma improvisada y vuelvo a ponerme en sus manos. La sigo sin preguntar.

Avanzamos en dirección contraria a la salida. Atravesamos varias salas hasta alcanzar la que contiene experimentos sobre el sistema de control remoto. Ella, más que andar, parece deslizarse sin esfuerzo, como patinando sobre hielo. Descubre una puerta secreta y un estrecho pasillo que conduce hasta una sala amplia e iluminada, amueblada con una gran estantería llena de libros, una mesa en el centro y dos sofás.

La mujer que se presentó como Luz se sienta y con parsimonia se quita los tacones. Vuelvo a preguntarme si para mí. Camina descalza hasta un armario y saca un vestido largo y la misma peluca roja con la que me visitó en Estados Unidos. Se quita la chaqueta y me mira.

—¿Le importa girarse?

Me giro. Como un completo idiota le doy la espalda a la mujer que ha asesinado a tres compañeros, que yo sepa. No fumo, pero saco la pitillera que me regaló mi exmujer cuando me dejó y uso el espejo para observarla. Mentiría si dijera que solo lo hago como precaución.

Por supuesto, ella se da cuenta de mi maniobra, pero sigue cambiándose de ropa. Su cuerpo es perfecto. Estoy seguro de que me ha descubierto porque cuando le

pregunto si quiere un cigarrillo niega con la cabeza en vez de contestar.

—¿Sigue documentando su caso, señor Hawk?

—Así es.

—Quiero que sepa que el señor Dubal fue leal hasta que alguien se aprovechó de su cuadro de debilidad mental. El señor Dubal fue acogido hace años en nuestra comunidad y le proporcionamos un hogar y un trabajo en el que pudiera desarrollarse. Sufría una especie de autismo leve, no podía comprender las intenciones de las personas ni tomar decisiones. Era capaz de memorizar textos complejos, pero nunca fue capaz de saber. En el museo tenía su propia colección de interruptores cerámicos. Nunca tuvo criterio. Sus convicciones necesitaban una directriz sin discordancias. No sabía leer entre líneas y nunca entendió un chiste. Alguien se aprovechó de su situación y la orientó a su conveniencia. Nos lo quitó. Esto provocó que el mundo que el señor Dubal conocía y en el que vivía fuese sojuzgado sin piedad a través de una nueva perspectiva. Tal vez fallamos nosotros que, conociéndole, no supimos prever y defenderle del ataque de su cliente.

»Los serbios somos una nación de pensadores y poetas... El buen señor Dubal hizo lo que pensaba que era lo correcto, tal vez pensó que iba a ser un superhéroe, pero sus actos no podían poner en riesgo nuestra nueva entente... Su muerte añade pesar a mi alma... No le hará digno de nuestros magníficos poemas nacionales, como hubiese podido ser si no hubiese caído en el discurso equivocado... Como será con los trabajadores de la logia de Minsk.

De nuevo una charla sobre héroes y poesía. Estas palabras me recuerdan otro de los fragmentos de las frases de la introducción que leí en el avión, algo así como que los poetas cantan las grandes hazañas para recordar a los héroes. Demasiado pomposo, pensé entonces.

De grandes hechos nacen poetas,  
aquellos que con nobles palabras  
transfunden a su vez  
la sangre de sus héroes.

—Los héroes en nuestra nación —continúa Luz, confirmando los versos que han venido a mi mente— enriquecen una poesía impregnada de un espíritu de nobleza y caballería. Tal vez si le hubiésemos iluminado, el señor Dubal podría haber vivido como defensor del arma rayo para la paz, como todos nosotros.

—Si vis pacem, para bellum. —Cuando me doy cuenta de que no sé lo que estoy diciendo, reculo—. Por favor, dejémonos de juegos...

—¿Se ha preguntado para quién trabaja y por qué, detective?

Independientemente de mi silencio, continúa.

—No deje que le engañen también a usted. Quien controla la energía, controla el mundo. Antes la dominaban las grandes petroleras y ahora lo hacen las eléctricas.

Solo se ha producido un cambio de manos. Desde la sombra, llevan años disputándose el poder en una partida que comenzó mucho antes de que muriese Nikola. ¿Nunca se ha preguntado por qué se ha tardado tanto en sustituir el petróleo por la electricidad? La tecnología necesaria existía y existe. El ejemplo más obvio son los automóviles. Las petroleras y los propios gobiernos han estado paralizando durante décadas una evolución natural, comprando patentes y enterrando el progreso con amenazas y crímenes en todos los niveles.

Cierro la pitillera y me giro. Tengo por norma no interrumpir a un sospechoso mientras habla; en ocasiones se delata o aporta información valiosa. Así que tomo uno de los cigarrillos y, sin encenderlo, la dejo justificar los asesinatos o lo que sea que esté haciendo.

—Los cambios asustan. Los poderosos temen perder su autoridad y los ricos sus fuentes de ingresos. Todos quieren mantener el *statu quo*. Hace poco se ha eliminado por fin el dinero en metálico y así el dinero negro y gran parte de la economía sumergida a nivel de calle. Se sabía desde hace años que había que hacerlo. Algo tan sencillo como el dinero asociado a una persona mediante la huella digital. Simple. Sin tarjetas. Sin billetes. Más cómodo, más seguro, menos robos, más eficiente.

»Sin embargo, ningún gobierno del mundo se atrevía a dar el paso. Con todo, el cambio ha sido catastrófico para algunos de los países que más dependían de esa economía. Algunos todavía se están recuperando, pero ninguno que esté situado en la luz duda de que es lo mejor.

Debo parecer el auditorio ideal para volcar las teorías de una mascarada europea. Volveré a subir mis honorarios. Me dedica algunos sugerentes retoques al terminar de vestirse y coge el bastón. Lo alarga despacio.

—Ahora tenemos que irnos.

—Un momento, señorita Luz, antes tendrá que contestar a unas preguntas.

Al sujetarla por la muñeca para impedir que se mueva, un destello entre ira y pánico taladra sus bonitos ojos. Me mira como si la hubiese atacado. Ante mi desconcierto, permanece quieta e incluso lucha por no separar la mano mientras intenta reponerse controlando su respiración.

—Ya estarán de camino.

—¿La policía?

—No, aquellos para los que usted trabaja.

—¿Qué ocurrirá si nos encuentran?

—Yo no sobreviviré y usted será venerado o condenado, todo depende de hasta dónde crean que sabe.

Luz aproxima el dedo índice a mis labios antes de que pueda formular una nueva pregunta. Al quedar en silencio, reconozco aquel aroma solo suyo. También se escucha alboroto al otro lado de la pared.

—Si me acompaña, seguiremos hablando. Si decide entregarme, la partida concluye aquí y no tenemos nada de qué hablar.

—Usted gana.

—Antes de continuar debe prometerme que jamás volverá a tocarme sin mi permiso.

Al decir aquello me percaté de que todavía la estoy sujetando por la muñeca. La suelto en un acto reflejo.

—¿Y bien?

—Se lo prometo.



## RAYO DE LA MUERTE

Salimos del museo por una puerta trasera. Compruebo que todo está despejado e instintivamente acelero mis pasos. No voy a ningún sitio. Me vuelvo y la veo allá detrás, caminando con total tranquilidad, apoyándose con elegancia en el bastón. No sé si lo necesita o si lo lleva como un adorno esnob. Si tiene la más mínima urgencia, no lo transmite. Así que me esfuerzo por acompañar su cachaza y paseamos tranquilamente hasta una boca de metro. Las instalaciones se ven nuevas y viejas al mismo tiempo, una construcción antigua con muy poco uso.

Nos sentamos en un solitario banco junto a las vías. El panel anuncia cuatro minutos para el próximo tren.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A ningún sitio en concreto. Así nadie podrá anticipar nuestros movimientos.

La hermosa Luz no muestra ni un ápice de inquietud. Habla sin apartar la vista del frente ni un instante. Yo no puedo evitar vigilar nuestro alrededor.

—Belgrado supera ampliamente los dos millones de habitantes y la construcción del metro se ha estado retrasando durante años. Por fin contamos con tres líneas recién abiertas, pero ya se han cancelado el resto.

La dejo hablar, más pendiente del resto de los viajeros que de sus palabras. Finalmente llega el tren. Nos tomamos nuestro tiempo antes de subir y, aun así, nadie más lo hace en nuestra parada. No aparto la mirada de las ventanas hasta que el tren arranca. Respiro aliviado, supongo que ambos lo hacemos. Los asientos están ocupados. Luz ahora parece incómoda y diría que casi asustada. Noto cómo evita todo contacto con el resto de pasajeros. Le ofrecería mi brazo, pero la veo intentar no perder el equilibrio entrelazando con fuerza sus dedos en una de las asas que cuelgan de la misma barra del techo a la que yo me aferro.

En Akademija baja un buen número de pasajeros y me apresuro a coger dos asientos. Luz espera a que todo el mundo esté acomodado para ocupar, sin prisa, el lugar que le tengo reservado. No dice nada, pero está más aliviada. Algo le sucede.

—¿Podemos hablar ahora? —Estoy empezando a impacientarme.

Mi retórica pregunta se ve respondida con otra y ella vuelve a tomar las riendas. Es evidente que no está dispuesta a revelar nada más allá de lo que quiera contar y que soy un detective a la deriva.

—¿Se ha preguntado por qué recurren a detectives de tres al cuarto, con perdón, y no a la policía?

Me ha leído el pensamiento. Inspiro profundamente por la nariz en un intento de defender mi autoestima esperando la respuesta.

—Los grandes jugadores os sitúan en el tablero. Para ellos no sois más que peones repartidos por todo el planeta. Os mueven a voluntad y os sacrifican para revelar posiciones enemigas.

Al decir posiciones en plural, casi corrobora mi teoría de que debe haber más lugares como el que descubrimos en Minsk. ¿Planean un ataque global? El inestable señor Dubal habló de algo así. Antes de interesarme por ello, le pregunto abiertamente.

—¿Cree que nos utilizan?

Asiente.

—¿Más o menos que usted, al conseguir que la llevase hasta el anciano taquillero del museo y asesinarlo sin piedad?

—Si me acusa de haberle seguido, acepto la culpa. Lo que no imaginaba es que usted acabaría en mi ciudad, en mi propia casa, y que me descubriría al peón más peligroso y escurridizo. Como le he dicho, esta batalla se ha estado jugando desde hace años, solo han cambiado los actores.

—No tiene ningún reparo en asesinar con tal de salirse con la suya.

—Conocía a ese hombre desde que era una niña y siento su muerte tanto como la de los trabajadores de la planta de Minsk, asesinados por su descubrimiento.

—Así que fue usted quien me envió el vídeo —intento eludir mi implicación.

—Esto no es un juego, Halcón. Le ruego que piense antes de actuar. Sus actos siempre tendrán consecuencias.

No me vale su respuesta. Yo no era consciente de las consecuencias de revelar la ubicación de aquella estación subterránea. Ella sí le asesinó a sangre fría.

—Ahora vamos a hablar del Rayo de la Muerte.

Luz me mira con sorpresa.

—El aforismo que antes se le ha escapado, y que persiste desde hace quince siglos, tiene múltiples interpretaciones, cada una barriendo hacia su propia conveniencia. Tesla ofreció al mundo la posibilidad de acabar con las desigualdades, de acabar con el militarismo, con el miedo y con la opresión... El Rayo de la Muerte fue un descubrimiento orientado hacia la paz pero, al igual que la energía nuclear, puede desviarse a lo contrario. Y eso es lo que buscan todos los gobiernos, estén en el eje del bien o en el del mal.

Sabe fingir muy bien, de eso no hay duda. La disertación queda en el aire, pues un

vagabundo se acerca de improviso y le habla sin reparos. Mi primer impulso es separarlo para que no la moleste, pero su trato es respetuoso y ella actúa como si lo conociese. Algo se me escapa. Luz escribe algo en el teclado de su teléfono móvil con evidente urgencia.

—Nos están esperando. Todas las paradas están vigiladas.

—¿Qué podemos hacer?

—Esta es mi ciudad. Confíe en mí.

Pasamos dos paradas en tenso silencio. En cada una me ruega calma y susurra «esperaremos». De pronto, las luces chisporrotean inquietantes y al poco se apagan. Los viajeros reciben la oscuridad con gritos de pánico. Para mi sorpresa, Luz pone su mano sobre mi pecho, como pidiéndome calma. Permanecemos sentados mientras el vagón va perdiendo velocidad. Como en una coreografía programada, ningún pasajero oculta su pánico y cada uno enciende su teléfono para intentar iluminar su propio camino y recorrer el vagón de un lado a otro, vociferando entre sombras y atropellándose en un completo caos. Observo que la esfera que corona el bastón de mi acompañante va incrementando su intensidad. Ella lo escuda con ambas manos a la altura de su rostro.

—Tenemos que salir del tren, Halcón. ¡Ahora! —exclama cuando el vagón se detiene por completo.

Yo también pongo el móvil en modo linterna y le abro paso por delante de mí para llegar a la puerta que tenemos al lado. Está cerrada. Trato de forzarla, pero la muchedumbre que vocifera detrás de nosotros nos empuja. Con un brazo intento evitar que la opriman y con el otro intento maniobrar con serenidad.

Cuando consigo abrir, caemos a las vías arrollados por el gentío. La protejo con mi cuerpo manteniéndome sobre ella con las rodillas y los codos clavados en el suelo. En solo unos segundos, toda la gente enloquecida ha pisoteado mis costillas para correr en su absurda huida hacia la oscuridad del túnel. Nos quedamos solos. Aturdido, cuando se aleja el alboroto y consigo respirar, escucho el gemido de dolor contenido de Luz y entiendo que algo no va bien. A duras penas me incorporo y le doy unas palabras de ánimo, pero la etérea mujer no se mueve. Alumbro su rostro. Sigue sereno y altivo, pero desencajado por el dolor. Tiendo mi mano para ayudarla a levantarse, pero la retiro de inmediato al recordar la promesa de no tocarla.

Me sostiene la mirada, parece no poder moverse.

—¿Se encuentra bien?

—Márchese, Halcón. La partida termina aquí para mí... Peón come reina —dice con una sonrisa que no puede mantener...

¿Qué juego es este?



## OSCURIDAD

Esto me libera de la promesa. No pienso abandonarla aquí.

Me agacho y con la mayor delicadeza de mi brazo entre su espalda y su nuca intento ayudarla, pero no puede incorporarse. El hombro izquierdo se le descuelga de un modo imposible, casi grotesco. No se queja, pero el dolor se ha instalado en su rostro, ahora tan pálido que le revela un palpitar azulado en las sienes. No nos vamos a rendir. Sé que ella también está luchando para agarrarse a la vida entre mis brazos.

La tomo también por debajo de las rodillas y la levanto lentamente. Es como si no tuviese articulaciones. Nunca lo he hecho, pero ahora intento ser más cuidadoso.

—El cetro, por favor —susurra.

Miro a mi alrededor. El bastón está en el suelo y la esfera superior todavía desprende luz. No me cuesta agacharme manteniéndola en brazos, pero siento que cualquier movimiento brusco la lastima. Una ligera descarga al recogerlo me eriza la piel. Ella la comparte.

—Ya está a salvo —le digo al oído mientras corro detrás de la multitud, hacia donde debería estar la salida.

—Por favor, vaya en sentido contrario... Siga las vías...

Hace un esfuerzo imposible para hablar, pero no puede acabar la frase. Me siento de nuevo desarmado, obedeciendo sin preguntar sus misteriosas indicaciones. Corro hacia la oscuridad del túnel por el estrecho andén que lo recorre.

Atravesamos varias bifurcaciones y extensos tramos en completa oscuridad. Ella no habla, solo me guía moviendo oportunamente el cetro que sostengo a su lado. Parece que pudiera ver más allá de lo que alumbraba su tenue resplandor.

Mantengo constante el ritmo de mis pasos para no zandararla pero, en cierto momento, la cabeza de Luz cede sobre su hombro derecho. Me paro y extiendo los brazos para mantenerla separada de la agitación de mi pecho. Recupero poco a poco el resuello hasta que respiro aliviado al cabo de unos instantes al comprobar que ella también lo hace. Debe haberse desmayado, pero sigue con vida. Tengo la impresión

de que nos hemos perdido atravesando infinidad de túneles de metro abandonados. Imposible orientarme esta vez. Sin ningún punto de referencia, completamente a oscuras, extenuado y con un enigma inconsciente en brazos, decido seguir andando y me las ingenio para continuar despacio, sin tropezar, solo con los destellos de la pantalla del móvil. Hace tiempo que hemos abandonado la arteria principal y ni siquiera hay vías para poder guiarme.

Al cabo de unos pasos, Luz murmura unas palabras ininteligibles para mí. Me tranquiliza oírlos, pero debe estar delirando. No parece el serbio que he conocido hasta ahora, esto son como sonidos guturales, vibrantes, una especie de letanía o un mantra.

Ando, ando y ando. Por fin, el bordillo que sigo se ensancha y la linterna del teléfono me muestra una sala amplia y alta. En la oscuridad de su extremo opuesto destellan pequeñas filtraciones de luz dibujando el marco de lo que podría ser una puerta. Me dirijo hacia ella con la esperanza de que conduzca al exterior.

Veo unas siluetas recortándose contra los reflejos que me guían. Luz sigue inconsciente. En ese mismo instante, comprendo que alguien viene a por nosotros y antes de que pueda dejarla con suavidad en el suelo, las sombras caen sobre mí y me la arrebatan de las manos entre murmullos que no comprendo. Recibo un golpe en la cara y luego otro en el estómago. Sé que no debe haber un tercero y lanzo un gancho a ciegas que no fructifica. A duras penas consigo mantener la verticalidad para ver cómo dos de ellos se la llevan. Al abrirse la puerta, un torrente de luz me ciega y me impide ver venir el tercer golpe, que me deja inconsciente.



LUKA PHILIPOV

Escucho lo que podría ser una discusión en un idioma que podría ser serbio. Me duele la cabeza y no puedo ver nada. Solo las estrellas. Poco a poco consigo enfocar y cuento dos pares de piernas al trasluz de la puerta por donde se han llevado a la mujer. Estoy en el suelo y siento un sabor dulzón en la boca. Compruebo que conservo los dientes y me encajo lo mejor que puedo la mandíbula. Un coágulo de sangre escapa sin remedio de mis labios. Los tipos visten casacas de un color oscuro que no puedo distinguir. Uno de ellos levanta la voz echando mano al cuchillo que lleva a la cintura. Que no comprenda el idioma no significa que no comprenda lo que está ocurriendo: están decidiendo mi suerte.

El otro se muestra indiferente a la propuesta, pero aparece un tercero que trata de calmarles los ánimos. Mi defensor es el mismo vagabundo que se acercó a Luz en el metro para advertirle que nos estaban esperando. Todavía tengo una oportunidad. Me pregunto qué relación puede haber entre aquella pandilla de delincuentes y la mujer que, inexplicablemente, me sigue preocupando. No pueden pertenecer a mundos más opuestos.

Finalmente, me levantan entre los dos sin demasiado convencimiento y me entregan a mi padrino. Descargan unas palabras evasivas y desaparecen en la oscuridad. Creo que esta vez ha estado cerca. El hombre que me sostiene permite que me apoye en él y me ayuda a caminar hacia la silueta de la puerta. Lo que encuentro al otro lado me lleva a pensar que sigo inconsciente, soñando o muerto.

La sala es enorme y repleta de vida. Una estructura de hormigón forma las paredes y el techo de un gigantesco túnel que se pierde en la profundidad. La bóveda está construida por cuadrículas iluminadas que dan luz a todo el subterráneo. Quizá también den calor, porque la temperatura ahora es agradable. El centro del pasillo está recorrido por tramos de seto verde que parece natural. Avanzamos entre distintos grupos de personas que dialogan entre ellos sin prestarnos atención. Algunos visten casacas de distintos colores; otros, ropa de calle. El túnel desemboca en una especie

de distribuidor con un pequeño macizo central de arbustos altos y recortados con hojas color verde apagado. A derecha e izquierda hay prolongaciones del túnel con casetas adosadas en las paredes. Pequeñas construcciones de una sola altura encajadas unas con otras que forman un bloque homogéneo, limpio y ordenado. Mujeres a un lado y hombres enfrente, según unos rótulos. Tomamos el de la izquierda. Desde aquí sí descubro miradas curiosas que espían nuestro paso a través de las ventanas.

Le hago algunas preguntas al hombre que me acompaña, pero niega con la cabeza. No me comprende. No sé si estamos en un refugio antiaéreo o en un hospital o en una cárcel bajo tierra.

Entramos en una de aquellas celdas prefabricadas atravesando una cortina de tiras verticales de plástico. Es un recinto cuadrado de no más de cinco por cinco metros con varias mesas pequeñas y con un tipo amable, por fin, que saluda con una sonrisa. Nos sentamos frente a frente y el anfitrión pone en medio una botella y dos vasitos shot que inmediatamente se llenan y se vacían. Resulta ser algo no muy distinto de alcohol puro que me quema la herida de la boca. Otra ronda. Una vez insensibilizado, lo utilizan para lavar mis heridas de la frente y de la cara. Son buenos. Me pregunto cuál será su clientela habitual.

Antes de que podamos familiarizar, entra con prisas un muchacho. Se nos planta delante y se quita una boina para apretarla contra el pecho. Viste también casaca verde, una o dos tallas por encima de la suya. La boina, del mismo color, parece tener más de cien años. Con la cabeza inclinada nos muestra respeto; se aprecia en él confianza e inteligencia.

—Señor, soy Luka Štefanek y estoy aquí para servirle.

Por lo menos habla mi idioma. Le habrá hecho llamar el tipo que me acompaña, porque le habla como si le estuviese esperando y el chico asiente a cada chorreo de palabras que el otro va lanzando sin emoción. Luego me mira dispuesto a traducir. Contento por sentirse útil, supongo.

—Lo siento, señor. El señor Matrović quiere saber qué le ha pasado a la Dama. ¿Por qué se la llevaba? ¿Dónde se la llevaba? Dice que su vida depende de ella. Confía en que pueda usted explicarse, de lo contrario...

Ignoro sus preguntas y me intereso por la mujer.

—¿Cómo se encuentra Luz? ¿Le han hecho daño?

—¿Daño? —pregunta el chico, incrédulo—. ¿Quién querría hacerle daño?

El hombre le interrumpe.

—El señor Matrović quiere saber si son amigos. Si no es así, él también se habrá metido en un lío.

—Dile que le agradezco su ayuda y que no tiene de qué preocuparse.

No tengo ni idea de cómo acabará aquello, pero Matrović se queda más tranquilo una vez que el chico le traduce mis palabras. Sirve otros dos tiros de alcohol. Levanta el suyo y espera hasta que le imito. Ambos bebemos con expresión seria que me

cuesta mantener mientras me arden las encías. El joven nos sigue con la mirada, con la gorra en el pecho, deseando ayudar.

Un alboroto en el exterior nos llama la atención. Entran cuatro hombres. El tal Matrović se pone en pie y habla con ellos. Luego da instrucciones a Luka.

—La Dama ha despertado y quiere verle —dice el chico, radiante—. Quiere que vaya usted solo.

El grupo de hombres discute, no debe parecerles buena idea. Me levanto. Estoy deseando librarme de aquella gente y voy a buscar a la Dama aunque tenga que ir al mismo infierno.

—¿Te gustaría acompañarme, Luka?

El joven abre mucho los ojos y asiente con energía. Salimos del antro y el grupo también lo hace. Pero no nos siguen cuando empezamos a caminar.

—¿Dónde has aprendido inglés?

—Mi madre era americana. Siempre hablábamos en inglés.

—¿Qué le ocurrió?

—Todos los años enfermaba con el frío. Al final no pudo aguantar el invierno... Fue antes de que me trajesen a este sitio...

Le tiembla la voz y aparta la mirada. Me arrepiento de haberle hecho recordar. Sin embargo, cambia bruscamente de ánimo.

—La Dama de Luz dice que ahora mamá es energía. Que sigue con nosotros. Que es como la electricidad, que está, pero no podemos verla. Que me acaricia con su calor...

Se para y tira de mi chaqueta.

—¿Le dirá que Luka le ha ayudado?

—Claro que lo haré.

—Dígale también que estoy aprendiendo alemán y francés, como le prometí. Algún día hablaré tantos idiomas como ella.

Es impresionante la admiración que siente aquel chico por ella. Devoción, diría yo.

—Se lo diré. Le tienes mucho afecto, ¿verdad?

—¿Usted no? Aquí todos se lo tenemos.

—¿Por qué la llamas Dama de Luz?

—Porque es la Dama de la luz. Ella nos la da. Es una sacerdotisa. Es nuestra salvadora.

El niño habla rápido y atropelladamente, su rostro radiante expresa más que sus fantásticas palabras. La idolatra.

—Impresionante. Pero no la hagamos esperar. Llévame hasta ella.

—Es justo aquí, señor. Le esperaré aquí afuera.

Una puerta y una ventana en unos cuatro metros de fachada aprisionadas entre otras dos cabañas idénticas. Ni siquiera hace esquina, ¿no se merece un trato especial? La puerta es de esterilla. El interior es de las mismas dimensiones que el bar

dispensario en el que estuvimos al llegar. Un minúsculo *loft* con una pequeña cocina y un dormitorio. No veo cuarto de baño. Los colores chillones de las paredes me llaman la atención. Dos caras amarillas contra otras dos rojas. Un gramófono antiguo reproduce un antiguo vinilo y hay una funda de Rapsodias Húngaras de Franz Liszt. Luz está en la cama, pálida y con unas gotas de sudor empapando su frente.

—¿Se encuentra bien?

—He soñado con su muerte, Halcón.

—Pues casi acierta. Esos hombres que vigilan la puerta han estado cerca de...

La mujer ignora mi chanza.

—Mi bisabuelo soñó que su madre había muerto. Al despertar estaba convencido de que había sucedido realmente y necesitó tres semanas para recuperarse...

—¿Y acertó?

La mujer sonríe.

—Por favor, póngase cómodo. ¿Sería tan amable de silenciar el gramófono?

Apago el gramófono y me quito la chaqueta. Hace un calor asfixiante, como en el bar de Minsk. La observo con evidente preocupación, ella lo nota.

—Padezco una enfermedad poco común. Una especie de debilidad muscular que no se suele dar en mujeres. Por fortuna, solo me ha afectado en fragilidad y habilidades motoras. No puedo realizar movimientos bruscos sin riesgo de sufrir una caída de la que no podría recuperarme por mí misma.

Aquello explica su afectada forma de moverse. Cuidadosa y calculada.

—Si usted no me hubiese protegido con su cuerpo en el metro, ahora estaría muerta.

No sé qué decir. No suelo recibir piropos más allá de los míos propios. Así que cambio de tema.

—El joven Luka está ahí afuera. Me ha pedido que le diga que está aprendiendo alemán y francés. La idolatra y quiere ser como usted.

Luz sonríe con esfuerzo.

—El pequeño Luka...

—El chico hablará cuatro idiomas si aprende esos dos. No está nada mal. Entonces ¿cuántos idiomas habla usted?

—Dos menos que mi bisabuelo —responde de forma evasiva.

Eso me recuerda al poema encontrado en Minsk. Ya habrá tiempo para retomar la conversación sobre el Rayo de la Muerte. Extraigo la hoja de la chaqueta y la dejo torpemente encima de las sábanas. En seguida me doy cuenta de que le cuesta mover los brazos y se la sostengo delante. La recita con un tono hipnotizante, con una cadencia balsámica... Me embelesa sin entender ni papa.

—La madre de mi bisabuelo era analfabeta, pero recitaba este y otros poemas serbios de memoria. Poseía una memoria portentosa.

Continúa recitando, ahora en inglés, unos versos que me desconciertan...

*Un héroe más será parte  
de la gloria de los serbios,  
canta el laúd de corazón  
en las canciones al fuego.  
Dejó al enemigo marchar,  
escondido, avergonzado,  
temblando como juego del halcón,  
pensando en el nombre del halcón.*

Llora.

—Disculpe. Esto son más que letras para mí. Me transporta a otro tiempo que casi puedo tocar y sentir, como si estuviese sucediendo ahora. Como si estuviese allí. Algo similar le sucedería a Nikola cuando colaboró en la traducción a su idioma.

—¿Nikola? ¿Nikola Tesla?

De nuevo intento eludir una alusión que no entiendo.

—¿No sabía que él los tradujo? —Parece verdaderamente sorprendida.

Niego con la cabeza.

—¿Puedo ahora tocarle?

La pregunta me sorprende. La interrogo con la mirada.

—Quítese la camisa y siéntese en la cama.

Obedezco, como siempre. Me siento en una esquina, mirándola por detrás de mi hombro. Levanta el brazo derecho con evidente esfuerzo y dolor. Peina mi espalda con la yema de los dedos, me recorre la columna, luego el cuello, los hombros, la cabeza. Lo hace con extremada delicadeza y a veces le tiembla la mano.

—Cuénteme algo de su infancia... Lo primero que le venga a la mente. Quiero ver a través de su voz.

De pronto me oigo pronunciar palabras que jamás habían salido de mi mente.

—Raptaron a mi hermana cuando me alejé de ella mientras jugábamos y no pude ayudarla. Se la llevaron. Aún la busco. Yo era el hermano mayor y debía ser responsable... Me hice policía...

Jamás había admitido este relato, ni para mi propia salvaguarda. No se lo había contado nunca a nadie. No sé por qué estoy hablando así. Yo no hablo de cosas importantes. No de las mías. ¿Dónde está mi sarcasmo?

—Usted no es quien simula ser. Ahora veo su verdad. Vive fingiendo, ocultando su verdadero rostro. Su carácter infame no es más que un escudo para ocultar su dolor y sus sentimientos. Solo busca separarse de los demás.

Mientras intento reconstruir mi caparazón para rebatirle, me sorprende con otra petición.

—Necesito que se comunique con su cliente. Que sepan que continúa con vida en esta ciudad. Son los muertos los que les señalan dónde encontrarnos.

Estoy a punto de tirar la toalla, incapaz de entender los vuelcos que da la grotesca

conversación en la que estoy inmerso, pero en ese momento la cortina se abre y entra un hombre con un traje oscuro y sombrero. Lleva un bolso de mano con un paraguas entre las asas. Por su refinado aspecto y su forma de vestir deduzco que es otro tipo importante entre los habitantes de aquel lugar. Me pongo tenso, la situación es muy violenta al encontrarme sin camiseta y sentado en la cama. A ella no parece importarle en absoluto y al extraño, tampoco.

La forma en que el recién llegado saluda a la maltrecha dama revela su preocupación. Se quita el sombrero e inclina ligeramente la cabeza, casi besándole la frente con cariño.

—Un placer verla de nuevo, señorita.

—El placer es mío, doctor Goran —responde Luz en mi idioma, intentando sonreír—. Le presento al señor Hawk. Me ha salvado la vida.

Me mira y me saluda cortés.

—Es el doctor Henri Goran. Siempre me ha ayudado mucho cuando he tenido un problema. No es la primera vez que reconstruye mis huesos como un puzle. Y lo hará de nuevo, ¿verdad, doctor?

El doctor asiente. Siento alivio. Sin decir nada me pongo en pie y me visto.

—Esperaré afuera con Luka...

El doctor inclina ligeramente la cabeza.



## SINESTESIA

Salgo y me encuentro con el muchacho de pie, a un lado de la puerta, alerta como el centinela de un polvorín. Me ve llegar, pero dirigiendo la mirada hacia el interior de la caseta me interroga. Solo parece preocuparle su heroína.

—Tranquilo, Luka. Tu Dama de Luz se encuentra bien. Está muy contenta de que nos hayas ayudado y de tus progresos con los idiomas.

La cara del chico se ilumina.

—¿Haces visitas guiadas para turistas, Luka?

Se encoge de hombros. No comprende.

—Llévame a dar una vuelta. Quiero que me enseñes todo este lugar y que me expliques algunas cosas.

—Pero señor, no sabría...

—¿Esto son casas? ¿Son todas idénticas?

—Aquí solo viven algunos de nuestros abuelos. Pero todos podemos venir cuando tenemos frío o, como usted, para curarnos... Los Maestros comparten todo con quien viene. Fuera de aquí es más difícil.

Su expresión cambia con una idea.

—Ya sé. Le llevaré al Templo de la Luz.

Caminamos hacia el túnel central de nuevo. Dejamos atrás los descoloridos arbustos y cruzamos a la otra rama que parte desde allí y que también resulta estar perfilada de casetas. El conjunto de aquel subterráneo consiste en un gran túnel semicircular que parece ser una zona de paseo o de reuniones, una especie de ágora subterránea perfectamente iluminada, tal vez por luz natural desde algún punto del techo. Se desdobra un extremo en dos ramas en forma de T donde las pequeñas casitas deben hacer las funciones de hospital o de albergue ocasional. Me intereso por quiénes son los dueños, por sus dimensiones y por el número de personas que puede acoger, pero el chico no sabe responderme. Al preguntarle por el coste de aquellas instalaciones y de los alquileres, me mira entre sorprendido e incrédulo.

—De todo lo de aquí dentro se encarga la Dama de Luz.

—¿Se encarga la Dama?

—Claro...

—¿Nadie la ayuda?

—Bueno, todos trabajan para ella cuando lo pide.

—¿Qué clase de trabajos?

Se encoge de hombros.

—Dicen que soy muy joven todavía y no me dejan ayudar.

Llegamos al supuesto santuario. No es más que dos de aquellas chabolas unidas por dentro. El exterior es exactamente igual, dos ventanas y dos entradas sin puerta. Dentro hay varios espacios delimitados por cortinas de vivos colores, con alfombras y pequeñas mesas también con coloreado llamativo. Un tapiz en la pared está bordado con una complicada estrella con un símbolo oriental en el centro. Hay encendidas algunas lámparas de aceite y un sofocante olor a rosas, jazmín, incienso o algo de eso. No hay nadie.

Luka asegura que no hay nada más que ver en aquel lugar. Está impaciente por volver junto a la Dama de Luz, insiste en que quizá necesita nuestra ayuda. Así que desandamos el camino. Cuando llegamos, el doctor me espera en la puerta con aire inquieto.

—¿Cómo se encuentra la señorita Luz?

—No tiene fracturas, afortunadamente. Necesitará algún tiempo de reposo y cuidados para reponerse, pero se pondrá bien.

—Me alegra escuchar eso.

—Me ha contado que usted la protegió con su cuerpo en el metro... La Dama de Luz manifestó una extraña distrofia muscular cuando era ya adulta. La pudimos estabilizar con un tratamiento de *shock* que solo la obliga a utilizar un bastón, pero sus secuelas permanecen. Si la hubiesen pisado, sus costillas no habrían resistido y habrían atravesado sus pulmones o su corazón. Le digo esto porque quizá usted logre que siga mis consejos. En su estado actual cualquier pequeño accidente podría ser fatal. Debe recuperarse y no volver a arriesgar sus débiles defensas.

—¿Tan grave es?

El doctor asiente con semblante grave.

—Al parecer aquí todo el mundo la idolatra. Incluido usted.

—Muchos le atribuyen poderes sobrenaturales. La ven como su protectora. Esta idea proviene de otra afección que presenta, todavía más inusual. Sinestesia. Su bisabuelo también la padecía. No está probado, pero juraría que es hereditaria. Así es la Dama de Luz, así surge el mito de la Dama de Luz. Bella, tremendamente inteligente, lenta en movimientos, bondadosa y frágil.

Todo el mundo hace referencia a su bisabuelo. Que lo haga ella misma puede ser normal, pero ¿también el doctor?

—¿Quién es su bisabuelo?

Me mira como si le estuviese tomando el pelo.

—Nikola Tesla, ¿quién si no?

¿Nikola Tesla? Otra vez el inventor. Todo parece girar en torno a ese hombre.

—Formalmente sería su tatarabuelo, aunque en realidad Nikola no tuvo hijos. Tras haber recibido varios reveses, en una parte de su azarosa vida acogió al hijo de su hermana como suyo. Tal vez para mitigar su sentimiento de haber renunciado a la familia por su trabajo. Luz es descendiente directa de aquel hijo, que volvió a Europa antes de fallecer Nikola y siempre le llamó padre.

Irrelevante. Al doctor le gusta hablar.

—¿Y podría explicarme en qué consiste la sinestesia? ¿Es peligrosa?

—La neurofisiología la define como una asimilación conjunta o interferencia de varios tipos de sensaciones de diferentes sentidos en un mismo acto perceptivo.

Después de la explicación de los desarreglos muscular y familiar que he intentado seguir con interés, el doctor detecta en mi expresión que estoy saturado. Hace una pausa y se explica:

—No es estrictamente una enfermedad. Incluso puede potenciar los sentidos y el intelecto. Un sinestésico puede, por ejemplo, oír colores, ver sonidos y percibir sensaciones gustativas al tocar un objeto con una textura determinada. No es que lo asocie o tenga la sensación de sentirlo; lo siente realmente. Como si tomase LSD. Al tocarlo a usted, es capaz de percibir sensaciones que no podríamos ni imaginar. Si pregunta por aquí, verá que creen que ella puede leerles el alma.

Quizá por eso rehuía el contacto con las demás personas. Quizá por eso me hizo prometer que no la volviese a tocar sin su permiso. Espero que para mi favor y en contra de todo lo que pudiera haber sentido cuando le cogí las muñecas, leyese que nunca he tomado LSD.

—Todas estas peculiaridades, unidas a su gran corazón, hacen que esta gente la haya beatificado. —Permanece un rato pensativo—. El reposo y la depresión suelen aumentar la intensidad de las sensaciones de un sinestésico. Una sobredosis podría afectar a su estabilidad mental. No debería estar sola durante las semanas de recuperación. Debemos mantenerla ocupada, entretenida. Fisioterapia y sugestión para alejarla de sí misma.

Hago un gesto y el chico se acerca.

—Estoy seguro de que Luka estará encantado de hacerle compañía mientras se recupera, ¿verdad?

—Vendré todos los días —afirma feliz.

El doctor abre el bolso-maletín y me ofrece el bastón de Luz, plegado.

—La señorita Luz me ha pedido que se lo entregue personalmente. Necesita que usted se lo lleve a aquellos para quienes trabaja. Es importante. Debe volver a su país de inmediato. Ella se reunirá con usted más adelante.

—¿Eso es todo?

—Lamento no poder serle de más ayuda. Ahora, si me disculpa, debo marcharme.

El doctor se aleja con un paso ligeramente encorvado. Pronto se le une un hombre y le acompaña.

—¿Puedo tocarlo? —pregunta Luka, encandilado.

—¿El bastón?

—Eso no es un bastón. —Me mira como dándome una lección—. Es el cetro de la Dama. Es mágico.



## A CHOPIN FANTASY

Aprovecho las horas de vuelta en avión a Estados Unidos para ordenar mis ideas y completar el diario del caso. Todo ha sucedido tan rápido que no he tenido tiempo de madurar ninguna de las suposiciones que han ido brotando en mi mente. Mentiría si afirmase que soy ordenado y metódico, pero me gusta perseguir todas las teorías que se van presentando hasta acorralarlas en un callejón sin salida antes de descartarlas.

Una bonita azafata de color me trae una segunda minibotella de Jameson. Nada que ver con lo que he tomado con Matrović. Trae también la prensa internacional y ojeo las noticias de los últimos días. Los vuelos trasatlánticos son largos, así que indago un poco en la biografía de Nikola Tesla, el legendario bisabuelo de Luz y el hombre sobre el que parece girar todo lo que me sucede.

Hablaba catorce idiomas con fluidez, ¡catorce!, así que Luz debe hablar doce, si es cierto lo que me dijo. De momento no tengo motivos para dudar de su palabra. Otro asunto son sus verdaderas intenciones. El joven Luka tendrá difícil cumplir su meta de igualarla.

Nikola fue el cuarto de los cinco hijos de un sacerdote ortodoxo, dos hombres y tres mujeres. ¿Cuál sería la antepasada de Luz? Su hermano mayor murió joven en un accidente de equitación. En una biografía se habla de que Nikola contrajo el cólera y, en otras, de extrañas enfermedades que le tuvieron varias veces al borde de la muerte.

Leo que tenía visiones asociadas a palabras o ideas; que entre alucinaciones encontraba soluciones a problemas que se le habían planteado y que simplemente con escuchar el nombre de un objeto o con la intuición de un invento era capaz de visualizarlo con precisión en todas sus dimensiones. Tenía algo así como un pensamiento gráfico o visual que le permitía trabajar sin esquemas. También leo que pasaba horas sumido en evocaciones de vivencias pasadas. Bien podrían ser todo esto síntomas de la sinestesia que comentó el doctor Goran.

Va aumentando mi fascinación por el personaje y voy comprendiendo la admiración que le profesan en su tierra natal.

Hago una pausa. Hay algo que me ronda la cabeza desde hace tiempo y no quiero postergarlo más. Ya me queda definida la figura del genio.

Busco en la memoria de mi móvil la fotografía del mapamundi que tenía en la pared el colega de Minsk. Posiblemente le asesinaron porque había logrado descubrir la ubicación de aquella torre subterránea, de cuya destrucción alguien me quiere hacer responsable. Mi intuición me dice que también logró situar en aquel mapa otras torres repartidas por todo el mundo sin necesidad de salir de su despacho. Pero ¿cómo? No encontré más pistas.

Amplíe la imagen para tratar de diferenciar las marcas de las chinchetas originales, camufladas ahora entre montones de falsos pinchazos. Empiezo por Belgrado y, efectivamente, no tardo en descubrir el detalle que revela que este es uno de los lugares señalados. Algo que ya intuía. Luka dijo que algunos de los moradores de aquel fantástico recinto subterráneo trabajaban para Luz. Me imagino que posiblemente fuera en el mismo lugar, o cerca. Por lo tanto, alguno de aquellos túneles podría conducir a una torre similar a la de Minsk. Decido reservarme esta información, no quiero ser responsable de otro ataque. No hasta tener más información. Mientras, decido ser cuidadoso con lo que transmito a mi cliente; me sorprende pensando en proteger a aquella mujer y a aquella gente.

Minsk, por supuesto, también está señalada con una marca original. El problema es que hay demasiadas ciudades y demasiados pinchazos. En muchos de ellos tengo dudas, necesito la otra pieza del puzle. Saco el poema de mi bolsillo y desdoble cuidadosamente el papel. Algo me dice que es importante. Su presencia en el despacho no puede ser casual. Nadie tiene un poemario serbio del siglo XIV en su escritorio sin un buen motivo. Desde que lo encontré he sospechado que podría tener relación con la investigación, pero ahora, al descubrir que el propio Nikola Tesla participó en su traducción, creo que le debo dedicar atención. Espero que mi desconocimiento del serbio no sea un obstáculo. Leo y releo más traducción que me ha enviado mi excompañera Marga.

Algunos poemas se hunden en guerra, muerte y redoble de lamentos. Hablan de gestas heroicas, de admiración por ídolos serbios de merecida ascendencia. De héroes que recuerdan a sus enemigos por sus crímenes y que también los respetan por su valor... Hay un guerrero con nombre y apellido: Luka Filipov que, por la extensión de su verso, debe haber sido mítico. Lo relaciono con el recitado por Luz entre lágrimas y me llama poderosamente la atención la coincidencia de ambos nombres.

No sé si se recopilarán aquí los relatos épicos que la madre de Tesla memorizó y transmitió a su descendencia... No es lo mío la poesía y, al cabo de bastantes minutos interpretando alegorías, empiezo a dudar de que realmente mi colega encontrase algo en unos versos que lo mismo hablan de arados legendarios como de rosas de silencio.

Pero sigo leyendo versos al azar y hay otros poemas llenos de amor y vida. Canciones doradas. Se habla de la luz, del mar, del refugio del guerrero, de la búsqueda de la paz, de la esperanza de un mañana. Hay versos de rosa que algunos de

los que oigáis este diario calificaríais de ñoños.

*Ven, amor, siéntate y cambiemos  
fronteras por tierras mágicas  
cerca del suave abrazo de la tarde.  
Disfrutemos del descanso  
sin temer que sea un sueño.  
Ese acantilado es Menorca, ese horizonte, España.  
Allí en el oeste, como visible fragancia,  
luz suave se eleva a medida que el sol se pone  
hasta que la mitad del cielo palpita como oro.  
Síguela hacia el este, hasta el suave azul,  
con la fe y la infancia en ella, con la paz  
por la que los hombres vagan y agonizan.  
Mira esa flota, volando sobre la brisa de la Camarga.*

Me imagino que se refiere a un lugar idílico en el centro del Mediterráneo y me entretengo buscándolo en el mapa de Kiryl.

Cuando me despierto, sé que no he llegado a nada. Rastreo la red en busca del libro de poemas completo traducido por Tesla. Encuentro el título en un catálogo de libros digitalizados, pero su contenido ha sido eliminado. ¿Casualidad? Continúo buscando. Hay una referencia a un anticuario en un establecimiento que no queda muy lejos de Clifton. Además, el apellido del propietario parece serbio. No encuentro ningún contacto, ni *e-mail* ni teléfono. Solo una dirección postal que apunto. He de hacerle una visita para ver si me aclara algunas dudas.



FBI

—Acompáñeme, por favor, señor Philippe —dice muy amablemente el revisor al comprobar mi pasaporte en Llegadas del aeropuerto de La Guardia.

—Halcón.

—¿Disculpe?

—Prefiero que me llamen Halcón.

Me responde con una sonrisa hastiada. Le sigo hasta una sala pequeña en la que hay un par de sillas y una mesa como única decoración.

—Espere aquí, por favor. Solo será un momento.

Noto que cierra la puerta con llave. Me quito la chaqueta, me arrellano en una silla contra la pared y apoyo los pies en la otra. Cualquiera que sea el filtro de control en el que he caído, me va a llevar tiempo. No me equivoco. Tardan casi dos horas en abrir de nuevo la puerta. Entran dos hombres trajeados y estirados, solo les falta llevar tatuado en la frente «FBI».

Retiro los pies de la silla para que uno de ellos pueda sentarse. La limpia con un puñado de clínex y cara de asco. El otro agente federal permanece de pie con los brazos cruzados. Deben seguir algún protocolo de la agencia. Si el objetivo es intimidarme, no funciona; los conozco. No hablan y yo tampoco, también conozco el protocolo, así que pasamos los siguientes minutos en una actuación muda de lo más absurda y aburrida. Finalmente, habla el que está de pie.

—Señor Philippe... Philippe Hawk... ¿De dónde viene?

—Halcón.

Los dos se miran.

—Prefiero que me llamen Halcón —aclaro.

—Halcón —dice con todo el desprecio de que es capaz—. ¿Le ves pinta de halcón?

—Yo diría que es un pajarito —responde el otro, negando con la cabeza.

Los dos se ríen, supongo que el FBI encuentra graciosas cosas así. Nos son

conocidos precisamente por su sentido del humor.

—Muy bien, pajarito. ¿De dónde viene? ¿Vacaciones?

—Apuesto a que lo sabéis mejor que yo, chicos.

—¿Quiere jugar? No está en posición de hacerlo. Sabemos que está involucrado en el asesinato de un detective bielorruso y en un atentado.

—También en la muerte de un conserje serbio —dice el compañero en perfecta sincronización.

—Vamos, chicos, involucrado es mucho decir. Y tampoco es para tanto. En la prensa no hay rastro del detective asesinado y, según la crónica, la explosión ha sido un lamentable accidente ocurrido en una planta de almacenamiento de gas. Ah, y el viejo recepcionista del Museo Tesla arrastraba serios problemas cardiacos. Un desgraciado ataque al corazón. ¿Dónde está el asesinato? Esa palabra no aparece por ningún sitio.

—Se cree muy listo, ¿verdad, pajarito?

—No tanto como vosotros, claro. Por eso no logro entender de dónde habéis sacado que el detective de Minsk está muerto y que además ha sido asesinado.

Quedamos unos segundos en silencio.

—Supongo que hemos terminado.

—Ya nos habían informado de que no colaboraría...

—¿Quién, si puede saberse?

—No sabe dónde se ha metido. Un pollito jugando a ser halcón. Muy pronto iremos a levantar su cadáver. No nos deja otra opción.

—Siempre sois los que encañonan. Os creo. Y supongo que estáis en lo cierto. ¿Puedo ir ya a coger la pala?



COMPANERA

Irritar a los del FBI siempre me ha gustado, tengo que confesarlo. Pero esta vez creo que he vuelto a actuar de forma impulsiva. Podría ser importante tenerlos de mi lado, sobre todo cuando sé que me la estoy jugando. Cuelgo la chaqueta en la percha de mi apartamento. Ya echaba de menos mi pequeño cuchitril. Clifton es una ciudad muy tranquila. No quise alejarme demasiado de la ciudad de Nueva York cuando me marché de Newark.

No sé si llevo alguna ventaja, pero estoy seguro de que no voy a regalársela. Y también sé que, si vuelvo a encontrarme con ellos, volveré a cabrearlos. ¿Por qué no puedo evitarlo?

He dormido un par de horas en el avión, pero estoy cansado. Bajo todas las persianas y me preparo para meterme en la cama. A veces discurro algo bajo las sábanas.

El estruendo del timbre me interrumpe. ¿Quién puede ser? Después de la charla con el FBI no espero a nadie. Además, se me antoja demasiado pronto para volver a incordiarlos. Ignoro el timbre. Lo ignoro la segunda y la tercera vez que suena. Cuando creo que he vencido, recibo una cuarta llamada en la misma puerta de entrada.

Abro la puerta.

—Maldita sea, Halcón. Esto es una pocilga.

—¡Qué alegría, Marga! ¡Y qué sorpresa! ¿Era hoy la cena? Disculpa, pero...

—Muy gracioso, Halcón.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un tequila con lima y canela por los viejos tiempos?

—Gracias —responde mientras cuelga el abrigo junto al mío y se acomoda en el sofá.

—¿Qué has encontrado en esta ciudad?

—Me gustan los desfiles de la Marching Band. Marga es aficionada a los conciertos al aire libre.

Preparo un par de chutes Matrović. Le va a gustar.

—¿Cómo te ha ido con los del FBI?

—Me rompes el corazón. Siempre tan directa. Creí que fingiríamos un rato...

—Me ha enviado el jefe Randle, soy el plan B. Sabía que no colaborarías con el FBI y aquí estoy. He tenido que aguantar a esos dos idiotas prepotentes durante todo el viaje.

—¿Entonces iba en serio que ahora nuestro Departamento se relaciona con el FBI?

—En este caso sí. Órdenes de arriba. Teníamos una excusa muy elaborada para justificar mi presencia aquí...

—¿Y hasta dónde tenías que llegar para sonsacarme? Bueno, de momento una cena y luego ya veremos hasta dónde nos lleva... ¿Ya no soy un rompematrimonios? ¿Un pervertido espíaesposas?

Marga sonrío.

—Siempre consigues banalizarlo todo. Lo importante lo conviertes en cómico. Hay muchas vidas en juego, incluida la tuya. Y mi puesto de trabajo pende de un hilo.

—Más motivo para aceptar la cena.

—Dame algo, Halcón. No puedo volver con las manos vacías.

—Quid pro quo, mi dulce Marga. Para ahorrarme algo de tiempo podrías decirme quién me contrató.

—Ekva Energy.

—Marga...

Se toma el Matrović de un trago.

—Ekva Energy, filial de Elekva, extensión de Global Electric.

—Empezamos a entendernos. No podía ser otra... La todopoderosa Global Electric.

Le planteo a mi excompañera lo que Luz me preguntó.

—¿Por qué no contrata directamente a la policía?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros. ¿Cuál fue su excusa para contratar tus penosos servicios?

Touché. Sonrío.

—Me dijeron que se trataba de un asunto de espionaje industrial. Me dieron un nombre y un lugar. Mi misión era encontrar al hombre que supuestamente había robado información.

—¿Y lo encontraste, Halcón?

—Solo he encontrado a colegas muertos. Pero eso ya lo sabes...

—Vamos. Dame algo...

Me tomo el Matrović de un trago.

—En la cena, oropéndola. O quizá después, así nos desnudaremos los dos. Porque veo que también escondes algo.

—Maldito bastardo. No vuelvas a pedirme ayuda. No vuelvas a llamarme. Acabas de perder tu último refugio en el Departamento.

Marga se levanta airada y recoge su abrigo. Estos arrebatos son comunes en ella cuando no consigue lo que quiere. Y lo suele conseguir. Abro la puerta para facilitar su marcha.

—Espero tu llamada, hortensia.

—No volveremos a hablar nunca.

—Lo haremos, princesa. Y me llamarás antes de lo que crees. ¿Apostamos la cena? Por cierto, ¿sigues comprando descontroladamente por internet?

Cierra de un portazo.

—¿¡Eso es un sí!? —grito intentando hacerme oír a través de la puerta.



## FANTASMA

Desde que Marga se marchó hasta mi llegada a Providence poco hay que contar. Lo resumiré. Las siguientes horas en la cama no me sirvieron para aclarar las ideas, fueron solo para dormir. Seis de tirón. Estaba más cansado de lo que creía. Al despertar no tenía ninguna pista sólida, así que opté por llamar a un Trans City Cab y le programé el GPS con la dirección del anticuario que encontré durante el viaje en avión. Un High Trans subterráneo me llevaría diez veces más rápido, pero no voy a pagar esa diferencia de precio. Duermo poco y me gusta aprovechar la comodidad de los medios de transporte. Así que elegí otras seis horas en un asiento litera con la música de fondo que susurran estos coches. Doce horas de sueño me dejaron como nuevo.

Y aquí estoy, en medio de una amplia avenida situada en un barrio apartado de la ciudad. Son las seis de la madrugada, llueve a cántaros y el coche no espera hasta que abran los comercios. Cuando me apeo, el TCC interciudad con el que he venido vuelve a su eterna ruta sin alma. El vecindario es de casas con jardín individuales, pero me ha dejado en una especie de centro comercial, frente a un edificio de varias alturas y a una construcción de planta baja en la que se agrupan varios comercios. No hay toldos bajo los que resguardarme en sus fachadas. Un café cerrado, una lavandería cerrada, una ferretería cerrada, un restaurante chino exprés cerrado... y un curioso escaparate sobre el que una farola ilumina débilmente un aparatoso gramófono. Desubicada y extemporal, Antigüedades Serbia destaca para mi alivio como una amapola en un pedregal. Los alrededores no me ofrecen mejores perspectivas, así que me subo las solapas y me dispongo a esperar un par de horas hasta que abran. Alrededor del gramófono puedo distinguir varios huevos decorados, varios despliegues de matrioskas, una máquina de coser, monedas, insignias... Un fugaz resplandor me hace llevar la vista al fondo de la tienda. El cartel de la puerta debe poner «cerrado» en caracteres cirílicos, pero un punto de luz intermitente escapa de una planta subterránea. Podría ser una vela. La lluvia arrecia, así que me decido a usar el

picaporte con forma de grifo para llamar al viejo portón de madera. No hay timbre. Un instante después, la luz oscilante se mueve acercándose a la puerta.

—Disculpe que le moleste a estas horas. Solo quería saber a qué hora abre.

—Mis visitantes saben que cualquier hora es buena para compartir un té y unas palabras. Es feliz quien lo es en su casa.

En una tienda de deportes esperaba encontrar un deportista, pero no me esperaba que en una de antigüedades me atendiese un fantasma. El enjuto anciano, alto y delgado, es un cliché de su oficio. Acerca el candelabro a mi rostro y a continuación sus ojos severos e inteligentes. A pesar de la hora, viste una levita negra con bordados en cuello y mangas que podría pasar por un uniforme militar. Se mueve despacio, acorde con su escenario; habla con acento de Europa del Este.

—En mi país se dice que cuanto más sepas, más sufrirás.

Me quedo en el dintel, sin saber cómo interpretar sus palabras. ¿Es otra amenaza? Se separa de la puerta unos pasos.

—Pase. Las visitas intempestivas son normales últimamente.

No enciende la luz y caminamos tras la trémula vela. Entreveo que se trata de una gran librería con estantes ordenados y olor a polvo rancio. Bajamos por unas escaleras estrechas hasta una planta inferior. De allí venía la luz. Hay cuatro velas más repartidas por la estancia. El olor a cuero y cera quemada hace que me sienta como en otra época y en otro lugar.

Allí conviven libros y objetos de coleccionista. Sobre una amplia mesa tallada y con incrustaciones de marfil, hay desplegada una alfombra con motivos florales de colores apagados que parece estar restaurando. Deben ser frutos o racimos enlazados caprichosamente y, como la filigrana de un antiguo códice, rodeados por un tallo formando una corona.

En un rincón hay unos cojines con el mismo signo que vi en el tapiz del tabernáculo del Templo de la Luz, en Belgrado.

—El símbolo del mantra sánscrito OM armoniza el mundo para que esté en equilibrio y que los seres evolucionen. ¿En qué puedo ayudarle, tripulante?

—Busco la adaptación realizada por Robert Underwood Johnson de algunos de los poemas serbios de Jovan Jovanović Zmaj.

El bibliotecario asiente cuando termino de hablar. Se acerca a una estantería lateral y señala varias baldas llenas de libros. Acerca el dedo índice al rótulo que los clasifica. Poesía serbia. Impresionante. Recorro a las partidas de póker para ocultar mi expresión.

—¿Le puedo preguntar el motivo de su interés en esta obra?

—Nikola Tesla. Todo lo relacionado con la figura de aquel genio me interesa. ¿Sabía que fue el propio Tesla quien ayudó con la traducción de esos poemas al inglés?

—Lo sabía.

Me gano su confianza al mencionar a Nikola. Va creciendo mi admiración por el

prohombre que, cien años después de su muerte, parece contar con seguidores incondicionales.

El venerable librero extrae de la biblioteca dos tomos con una encuadernación antigua que destacan entre los demás. Como si los tuviese preparados, abre uno de los dos tomos y me lo muestra. Lleva por título *Songs of Liberty and other poems*. Pasa las páginas con extrema delicadeza, casi reverencialmente. Veo que está dedicado a una tal *Mrs. James T. Fields* por el propio autor. Es una copia original y fechada en 1897. El bibliotecario sonrío envanecido al descubrir mi cara de sorpresa, que no acierto a ocultar. Pasa un par de hojas y me señala una entrada que reza: «Incluye paráfrasis del serbio después de la traducción por Nikola, con una nota preliminar suya sobre la poesía serbia».

—Tesla no solo fue un científico, se interesó por casi todas las áreas del saber... No es muy común encontrar a un americano interesado en la vida de Nikola Tesla. Idolatran a Albert Einstein, pero se olvidan de su contemporáneo Tesla. Uno de los hombres más brillantes del mundo. Entre ellos tampoco se llevaron bien, aunque Einstein acabó enviándole una carta a Tesla en la que le reconocía su trabajo a pesar de sus discrepancias y desplantes.

Queda unos instantes con la mirada perdida antes de colocar el tomo en mis manos.

—Es un ejemplar original y único, comprenderá que no se lo pueda vender ni prestar. Sin embargo, le podría permitir que fotografíe algunas de sus páginas.

Su comentario me hace sospechar que no soy el único interesado en la citada obra. Me pregunto si será igual de confiado con todo el mundo.

He leído ya algunos fragmentos de los versos serbios y se me ocurre que la aportación de Tesla no fuese una simple traducción. Hago las fotos.

—Usted también es serbio, ¿verdad?

Asiente con orgullo.

—¿Puedo encargarle una nueva traducción de los poemas originales de Jovanović?

El hombre levanta una ceja. El único signo de su decrepito rostro que transmite sorpresa. Me explico.

—Estoy interesado en una segunda traducción. Solo tiene que prometerme que no se apoyará en esta que me ha puesto entre las manos.

Parece ofendido.

—Eso es un encargo especial. Vuelva mañana temprano y hablaremos.



## IN TESLA'S LABORATORY

Fuera ha amanecido y sigue lloviendo. El café de al lado está abriendo y entro buscando refugio. Tendré que pasar unas cuantas horas aquí.

Las paredes son de ladrillo rojo, como una recreación de los años sesenta. Ya hay una mesa ocupada. No hay demasiada luz y el ambiente es espeso. La camarera me sirve café mientras pido algo de desayuno. Compruebo que tengo varias llamadas perdidas de un número desconocido. Pongo el móvil encima de la mesa en modo manos libres mientras embadurno pancakes con mermelada.

—Te odio, Halcón.

—Esperaba tu llamada, Marga. Pero no tan pronto. Eso implica que te toca pagar la cena.

Tarda unos segundos en responder.

—Tú ganas. ¿Dónde?

—¿Qué te parece en Providence sobre las siete de esta tarde?

—¿En Providence? ¿Por qué tan lejos?

—Recuerda que he ganado la apuesta. Yo elijo. Un momento...

Llamo a la camarera.

—¿Cómo se llama este sitio?

Me mira como si le estuviese haciendo perder el tiempo. Me señala la carta. Ahí está escrito.

—¿Y la dirección?

—Por la otra cara. Avísame cuando desee consumir algo.

Se aleja.

Marga me cuelga en cuanto le paso las señas. Las siguientes horas son un bonito romance entre la joven camarera y yo. Parece empeñada en que me marche y yo me he propuesto esperar aquí las horas que tarde en venir Marga. Cada hora consumo algo para cumplir con mi derecho a mesa y cada vez que me sirve me pide la huella para cobrarse.

Vuelvo a la traducción que fotografié en casa del librero, no tengo nada mejor que hacer.

En el índice encuentro que hay un poema titulado En el Laboratorio de Tesla y me lanzo hacia él. Me concentro hasta llegar a olvidarme de la camarera. Por más que lo leo no sé si consigo darle una interpretación adecuada. La traducción, por supuesto, no tiene ni rima ni pies ni cabeza. Me entretengo en buscarle sentido poniendo algo de mi cosecha...

*Aquí, en la oscuridad rodeada de figuras espectrales,  
no hay fantasmas del pasado, agrios o tristes,  
no hay gemidos de espíritus afligidos.*

*No hay muertos, padre, en las nubes blancas errantes, qué simple  
congoja.*

*¿Es este su crimen inconfesable?  
Sin perfil impuesto, libre de vida y muerte,  
loco sin lágrimas, fuera del triste olvido,  
espíritus benditos esperando nacer  
para romper los grilletes del hombre,  
el Tiempo Perfecto, el Bien Universal.*

*Su sonrisa es alegre romper de alborada,  
fieles, sencillas crías nostálgicas.  
Escuchad, ese murmullo es de alas de ángeles.*

La vuelta de la agria camarera me saca de la confusión. Me acusa de sin techo y de usar su cálido establecimiento para resguardarme del mal tiempo. No discuto, es cierto y le pido un refresco más. Últimamente mucha gente acude a las grandes superficies y a los bares para cobijarse debido a los elevados precios de la electricidad y a los cortes del suministro residencial, más amplios que los del terciario. Precisamente de eso se habla en las noticias. Le pido que suba el volumen. Al segundo intento me hace caso. Hay una gran manifestación, consigo leer algunas pancartas: «No al monopolio», «Energía para todos», «Electricidad=vida». Oigo el alboroto, pero no consigo descifrar lo que corean. La presentadora aparece en pantalla. «A solo días de la Cumbre Mundial por la Energía aumenta el número de manifestaciones por todo el mundo. Aumentan las presiones de todas las partes convirtiéndola en una olla a punto de estallar. La gente reclama precios asequibles para todos. Los gobiernos piden calma y las eléctricas amenazan con más recortes...».

Marga tarda más de las cinco horas previstas en llegar. Arrastra un bolso de viaje y está empapada. Al levantar la vista y encontrarme, la ira se refleja en su semblante.

Se avecina otra tormenta.

—Maldito hijo de puta. Me has comprometido.

—Siéntate, por favor.

Se quita el abrigo y lo sacude antes de colgarlo. Tumba el bolso encima del asiento y se sienta frente a mí dispuesta a sacar algo. Hablo antes de que lo haga ella.

—Supuse que un paquete más entre los que recibes por tus obsesivas compras en internet pasaría inadvertido. Puse como remitente a una famosa tienda de moda.

—¿Serbia? ¿Quién compra algo en Serbia? Saltarán todas las alarmas.

La camarera nos interrumpe. En cierto modo lo agradezco.

—Guapa, ya le he dicho a tu novio que si no cenáis llamaré a la policía.

—No es mi novio, maldita sea.

—Bien por ti. Tenéis cinco minutos.

Se marcha de nuevo.

—Veo que has estado haciendo nuevas amistades.

—Ya me conoces, nadie se resiste a mi encanto personal. Te esperaba hace un par de horas.

—Huelga de City Cabs.

—¿Huelga de taxis?

—Se quejan de que los altos precios de la energía merman sus estrechos márgenes.

—¿Cómo es posible? ¿No son las eléctricas las que controlan el transporte y las que fijan los precios?

—Solo es otra medida de presión. Quieren enfrentar a la opinión pública con el Gobierno, responsabilizándolo de los elevados precios. El objetivo es obligarlo a subvencionar un alto porcentaje de los costes. La desinformación es un arma para esas sanguijuelas de las eléctricas...

—Lo cierto es que podrían paralizar cualquier ciudad.

—Hay un pulso de poder. Y creo que nosotros estamos en medio. Nos aplastarán como a moscas.

—¿Por qué tiene tanto interés el Departamento en este caso?

—Es un asunto de seguridad nacional. ¿No lo ves? Muy pronto se celebrará la Cumbre por la Energía en Nueva York. Asistirán gerifaltes de todo el mundo acompañados con los representantes de sus eléctricas. Hay manifestaciones multitudinarias convocadas y sabemos que en la sombra hay fuerzas interesadas en que no se celebre. Tememos un atentado a gran escala.

Esto podría dar algún sentido a las investigaciones de mi compañero asesinado en Minsk.

—¿Has oído hablar del Rayo de la Muerte?

Marga niega con la cabeza. El gesto de concentración esculpe los rasgos de su cara volviéndola más atractiva. No suelo compartir información, pero sospecho que ella sabe más que yo. Es la única forma de hacerla hablar.

La camarera se coloca a nuestro lado y no se mueve hasta que le pedimos que nos traiga un menú degustación con vino y todos los entrantes que se le ocurran. La veo por fin sonreír al tomar la huella de Marga por adelantado. Una apuesta es una apuesta.

—Un compañero asesinado en Minsk investigaba la construcción de lo que podría ser un arma eléctrica de gran potencia capaz de acabar con toda forma de vida en varios kilómetros a su alrededor.

—¿Un arma?

Le dejo el móvil con las fotos de la planta subterránea de Minsk.

—Vi con mis propios ojos esta estación eléctrica escondida en el interior de una montaña. Al parecer, hay más repartidas por todo el mundo.

—¿Conoces las ubicaciones?

Niego con la cabeza.

—¿Tú qué piensas? —pregunta sin estar muy convencida.

—No tengo información suficiente para llegar a una conclusión. Esperaba que me pudieses ayudar.

Llega la cena. Marga prueba un poco de cada plato, siempre lo hace antes de decidir por cuál empezar. Podría ser el postre si lo sirviesen a la vez. Hay cosas que nunca cambian. Sigue hablando con la boca llena.

—Estuvimos siguiendo a aquel coche, Halcón.

Asiento. Sin duda se refiere al que le pedí que me ayudara a perseguir y me dejó en la estacada. Replico con sorna.

—Siempre he valorado el trabajo en equipo.

—No podía ayudarte y lo sabes. Identificamos al ocupante y el destino. Usaba una identificación falsa y su destino era una fábrica de pañales.

—¿Pañales?

—¿Te extraña? Es un negocio muy lucrativo. Hay cosas que la ciencia no puede cambiar.

Sonrío.

—Los verdaderos propietarios son serbios. Tú vienes de Belgrado y esto también. —Señala su bolsa de viaje—. Demasiadas coincidencias. ¿No eras tú el que decía que la casualidad no existe, que es todo causalidad?

—No me digas que lo has traído...

—¿Qué opción tenía? —Me mira a la defensiva—. ¿Vas a decirme ya de qué se trata?

—Allí conocí a una mujer...

—¡Ja! Otra de tus mujeres. ¿Para eso querías la traducción del poema, para recitárselo a la luz de la luna? ¿Ahora eres poeta? Ya me lo imagino... ¿Te viste de nuevo en la obligación de consolar a la pobre esposa celosa y vulnerable? ¿Cayó rendida en tus brazos?

—¿Me dejas continuar? Lo que llevas en la maleta le pertenecía a ella.

—¿Perteneceía?

—Un trágico accidente. —Me mira incrédula—. Creo que es lo que buscan los que me contrataron.

—¿Global Electric? Espero que estés equivocado. Ahora soy tu cómplice, capullo. Habrá dos muertos más en esta historia y no tú solo.

—No tiene por qué ser así —afirmo, enigmático—. ¿A quién tenéis dentro?

—Maldito loco. No pienso seguirte el juego.

—Si eres tú quien les entrega lo que hay en la maleta, podrías apuntarte un tanto. Un impulso para tu carrera. Agente especial Marga Brenes, suena bien, ¿verdad?

En su semblante se borra la ira y vuelve la atención.

—Tenemos a alguien en los laboratorios. También un interlocutor. Podría intentar concertar una cita.

—Entonces, todo arreglado.

—Si es otro de tus trucos...



APAGÓN

Aceptamos el maridaje que ofrece el menú y probamos un vino distinto con cada plato. La conversación se va haciendo poco a poco más distendida. Tampoco dejamos de tomar unas bud con las hamburguesas y un cóctel de tequila para acabar recordando viejos tiempos y echando unas risas. Pago por mi cuenta una botella de champán, sé lo que le gusta. Es tarde. La voluble camarera se toma un chupito con nosotros antes de cerrar y sugiero a Marga, con los ánimos adormecidos y los ojos brillantes, que se quede en Providence, al menos por esa noche. Imposible de todo plano. Así que bajo la lluvia llamamos a uno de aquellos taxis autopilotados, que llega en menos de cuatro minutos para llevarnos al aeropuerto. Ella volverá en avión con sus cosas, pero acordamos dejar el cetro de Luz en una taquilla de consigna hasta que concertemos una reunión con la eléctrica líder.

Sin embargo, el destino tiene otros planes. Al cabo de unos minutos en camino, al entrar en una zona más urbana, vemos que todo a nuestro alrededor se apaga. Por cuadrantes, como si alguien fuese apagando interruptores uno detrás de otro.

Los coches siguen funcionando. No necesitan ni luz ni semáforos. Al consultar mi teléfono móvil lo encuentro bloqueado, hay una alerta en la pantalla advirtiéndome que ha sido *hackeado*.

—Saben que estamos aquí.

—¿Por qué lo dices? El apagón no es por nosotros. Debe ser otro corte de suministro, como la huelga de taxis. Más presión. Aunque no comprendo cómo se han atrevido con una gran ciudad.

—Alguien ha accedido a la ubicación de mi móvil. Se han burlado de mi firewall redundante. Tengo un aviso de la aplicación de seguridad.

El coche se para sin una orden. Miro por la ventana y todos los automóviles de nuestro alrededor también se detienen.

—Por favor, abandonen el vehículo. —Se escucha por los altavoces—. Nos vemos obligados a interrumpir el servicio por desavenencias con el Gobierno.

Intercambio una mirada de sorpresa con Marga. Los vehículos entran en suspensión de energía. La gente se agita y el caos se apodera de las calles. Sujeto a Marga antes de que abra la puerta para salir. Abro su bolso y saco el cetro de Luz. La esfera de la parte superior vuelve a estar ligeramente iluminada. ¿Estará también este coche electrificado con carga mortal? Abro la puerta. El agua corre por el asfalto. Compruebo que la barra del cetro es de metal y la coloco de tal forma que toca la carrocería y el suelo. Suena un pequeño chasquido y la esfera superior emite un fugaz destello. Espero que solo sean paranoias mías y me decido a poner un pie en el suelo. No pasa nada. Salgo, arrastro a la boquiabierta Marga y recojo el cetro con los guantes. No para de destellar. Me asalta una corazonada y tiro de Marga en una carrera entre los coches, de vuelta hacia el restaurante.

A la lluvia se le une una tormenta eléctrica. Culebras de luz iluminan a intervalos la oscura ciudad y con cada fogonazo se escuchan gritos de pánico e histeria. Un rayo alcanza el suelo como un latigazo a pocos metros de nuestra carrera. Parece que nos persigan, que busquen el cetro. Cubro la esfera con mi chaqueta y sigo corriendo. Marga se zafa de mí y me sigue, ahora con un arma en la mano.

Los estrépitos de un camión de bomberos y su escolta de policía inundan de alarmas todo a nuestro alrededor. Están atrapados entre los taxis y no pueden avanzar. Entro en un callejón para abandonar la avenida principal. Marga se detiene en una esquina y vigila durante un instante.

—Despejado. Nadie nos sigue.

Ha interpretado erróneamente mi urgencia. No me detengo para explicarle que nadie nos sigue, mi preocupación es otra. Los alrededores del centro comercial del anticuario están oscuros como mi estrella. Casi tenemos que caminar a tientas. Al acercarnos a la librería distingo luz en la planta inferior. Demasiada luz. Golpeo el sólido portón de madera con el hombro y luego a patadas. Marga me aparta de un empujón y dispara a la cerradura.

Retrocedo unos pasos ante el aliento que escapa del portón al abrirse. Me cubro la cabeza con la chaqueta y entro desoyendo las advertencias de mi compañera.

La planta baja es un infierno. Es casi imposible respirar. No hay rastro del anticuario. La mesa central está en llamas y también alguna de las estanterías. Recojo uno de los tomos que por suerte se encuentra en el mismo sitio. No veo el otro y no hay tiempo.

El humo ardiente hace que me escuezan los ojos y no puedo contener un ataque de tos. La chaqueta, antes húmeda, va a arder. Aun así, aspiro a través de ella y la dejo caer. Contengo la respiración y busco la salida con los ojos casi cerrados.

—Larguémonos de aquí —grito entre toses una vez fuera.



MOTEL

Al final me salgo con la mía. Marga y yo nos encontramos en una habitación con una sola cama de matrimonio. Bueno, ahora estoy solo, ella ha salido a darse una ducha y cambiarse las ropas empapadas. El único motel que ha accedido a un pago fuera del sistema, es decir, aceptando mi apreciado reloj Omega en vez de la huella, carece de aseo propio y de camas dobles, aunque me incluye una botella de vodka barato. Una vez visto el cuartucho, creo que pese a haber cobrado con una imitación ha salido ganando. Pagar con nuestra huella nos hubiese delatado al instante.

Me asomo a la tronera que tiene por ventana. Compruebo que la luz ha vuelto por fin y los coches han reanudado su movimiento regular. Coloco el cetro de Luz encima de la cama. Lo estudio con atención recordando las palabras del joven Luka: «Es mágico». Ahora parece apagado y la esfera superior un simple cristal. Al desplegarlo, la esfera se ilumina levemente y la luz de la habitación, de por sí tenue, parece resentirse ante él, como si le robase parte de energía a su solitaria bombilla que pende de un cable.

Abro el tomo rescatado de las llamas de la librería. Hemos llegado a tiempo y se encuentra en buenas condiciones. Dentro hay algunos folios sueltos escritos recientemente. Traducciones con letra de pulcro amanuense.

Al entrar Marga, lanzo mi chaqueta sobre el cetro. Prefiero retrasar las preguntas incómodas. Lleva la toalla anudada en el pelo y un jersey largo que cubre justo la cima de sus largas piernas. Se sienta en una esquina de la cama y se frota el pelo con la toalla. Le sirvo un tapón de alcohol que toma de un trago.

—¿Qué había tan importante en aquella tienda para que te jugases la vida?

—Poesía. Sabes que siempre he sido un romántico.

Tomo mi tapón, me aclaro la voz y leo en voz alta la primera estrofa de una página cogida al azar, entonando teatralmente.

—¿Son los mismos poemas que me enviaste?

—Los mismos.

—¿Qué relación tienen con el caso?

—Ni idea. Pero estaban en el despacho del detective fallecido.

Deja de secarse el pelo para ojear el libro, pero se le cierran los ojos. Me mira cansada.

—He llamado a comisaría. Los del FBI me estaban esperando allí. El jefe Randle está más enfadado que nunca, pero concertará esa cita con Global Electric. Lo que me pregunto es: ¿qué vamos a hacer nosotros ahora? ¿Alguna idea?

—Pues no lo sé... Estamos aquí, en una habitación de hotel. Una única cama... No se me ocurre nada. ¿Y a ti?

—Nunca te cansas de banalizarlo todo. —Bosteza, dejándome sin chance—. Ni lo sueñes.

Se quita el jersey y se mete bajo las sábanas. El tiempo suficiente para dejar ver su ropa interior roja. Un color que le favorece.

—Sabes que soy un caballero, pero sueño con meterme en la cama...

—No hay problema. Usaré mi almohada para dividirla. Buenas noches.

Coloca la almohada y se gira hacia el lado contrario. Creo que hasta aquí ha llegado mi buena fortuna.

Me quito la ropa y la cuelgo en la ventana. Otro tapón y me tumbo.

—Siempre nos quedará Providence.



## ΑΠΟΣΤΡΟΦΗ ΤΟ ΓΡΕΕ

No puedo dormir. Suele ocurrirme cuando hay una mujer hermosa a mi lado en la cama.

Así que me levanto, enciendo una pequeña lámpara y reclino contra la pared la única silla del cuarto. Ordeno las hojas sueltas que el viejo anticuario dejó dentro del libro y me dispongo a emplear las siguientes horas en comparar su traducción con la del libro de Tesla rescatado del incendio, como era mi idea original. Me pongo a leer y efectivamente, buscándolas, voy poco a poco encontrando diferencias. No me sorprende, son solo palabras aisladas, pero son referencias geográficas. Deduzco que el anciano me ignoró y también comparó su traducción con la de Nikola, las encontró y las fue anotando a mano para mí.

Los versos que he ido leyendo hasta ahora, épicos o no, debieron ser escritos cuando viajaba en su época por Europa... Inglaterra, Gales, Austria, Bosnia, Grecia, Italia, España, Francia, Serbia... Y ahora encuentro destinos incongruentes. Esto no puede ser un fallo de traducción, sin duda es deliberado. ¿Podría estar aquí la clave? Podría aceptar la aparición de Túnez en los poemas originales, pero me cuesta creer que nombraran Camerún o Argentina. Tesla sustituyó los nombres de algunos países y ciudades. Quería que quedasen señalados por algún motivo.

Y no me cabe duda de que el motivo fue identificar dónde construir las torres subterráneas.

Ahora me faltan las localizaciones concretas. Si hubiese aparecido Minsk, todo estaría más claro. Tengo que intentar traducir los dos tomos completos y salir de dudas. De momento solo puedo leer el libro de poemas traducidos al inglés y buscar todos los nombres y referencias para luego cotejarlos. Son casi doscientas hojas. Me preparo para hacerlo, cojo la botella y salgo al pasillo sin hacer ruido. Compruebo que, por fortuna, el aseo no está ocupado. Cada vez estoy más convencido de que el conserje nos ha timado.

Después de algo más de una hora de cultivadora lectura épica y romántica, solo

consigo descubrir un nombre familiar: Belgrado. Nada de Minsk. Bueno, aún queda otro tomo en algún sitio y ya caerá en mis manos. En cualquier caso, estoy convencido de que en Belgrado la secta de Luz está construyendo otra de las torres cerca del refugio subterráneo. Hago una pausa y me concentro. Estoy a punto de establecer una conexión. Casi puedo sentirlo. Vuelvo a los poemas traducidos por el anticuario.

*Contigo están la Esperanza y la Razón,  
ningún pasado se puede olvidar,  
ningún futuro se puede retrasar.  
Atenas es el Mundo y la Libertad.*

Relacionar la Razón con Atenas no me desconcierta, me imagino a los tipos que vi con casaca en el gran subterráneo reunidos en una especie de asamblea griega, hablando del Mundo y de la Libertad... Pero cuando comparo esta estrofa con la traducción de Tesla no veo Atenas. No sé si el efecto del vodka me influye, pero leo Nueva York en su lugar. Me vienen a la cabeza los rasgos clásicos de Miss Liberty... Manhattan. Long Island...

Pues claro, allí es donde Nikola Tesla construyó su prototipo original, la Torre Wardenclyffe. Me llamó la atención al leerlo en su biografía. ¿Cómo he tardado tanto en darme cuenta? Lo achaco al cansancio. Si originalmente Tesla construyó una torre allí y el plan global ya lo tenía ideado, es lógico que ahora se tenga que volver a reconstruir tras ser destruida en la Primera Guerra Mundial. ¿Puede haber allí, al lado de Manhattan, otra instalación oculta como la de Minsk?

El neceser de Marga me ha permitido, tomándolo prestado con el máximo miramiento, quitarme la barba de dos días.

Vuelvo a la habitación. Es mejor que descanse, me da que el día que empieza a colarse por la desvencijada persiana será ajetreado. Os preguntaréis por qué susurro en toda esta parte del diario, lo hago para no despertar a Marga, que duerme en la misma cama, plácida y asombrosamente lejos de mí...

Cuando me despierto, me dedico a contemplarla en silencio hasta que abre los ojos.

—¿Te apetecen unas vacaciones? —Le acerco un vaso, ahora de agua.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. ¿Qué hora es? Déjame dormir un rato más.

—Te recuerdo que ahora estás aquí, conmigo. Después de todo, siempre te ha gustado Nueva York.

—¿Por qué Nueva York?

—Puede que en Long Island haya otra instalación oculta.

—¿Long Island?

Marga se incorpora. Mientras bebe, la manta cae lo suficiente para dejar parte del sujetador rojo al descubierto. Intento no desviar la mirada y asiento. Y la dejo razonar

en voz alta:

—¿Otro Rayo de la Muerte? Allí se celebrará la Convención Energética Mundial dentro de unos días. La isla tiene una longitud inferior a los doscientos kilómetros. Si es cierto lo que dices, podría arrasar toda la isla y también Manhattan.



BOB

No nos conviene ningún encuentro inesperado antes de entregar el cetro a Global Electric. Mucho menos con nuestros amigos del FBI. Así que no podemos usar el aeropuerto y tampoco los taxis. Mi vieja reivindicación sobre los inconvenientes de haber retirado por completo el dinero físico. Hasta la transacción más pequeña deja ahora huella, nunca mejor dicho.

Sin embargo, los transportistas poseen licencias especiales. Los planes del Gobierno para la sustitución de turismos fueron mucho más sencillos y económicos comparados con los de los grandes vehículos de transporte. En la Marina de Warwick hay una empresa de transporte de mercancías que me debe algún favor. Ninguno de estos transportistas está limpio del todo, la tentación de como mínimo triplicar los beneficios con encargos no declarados es irresistible.

Tampoco podemos llevar los dispositivos móviles. Son fáciles de rastrear. Marga me entrega de mala gana su *smartphone*. Puede tener serios problemas por no presentarse al trabajo e informar, pero decide que los avances en la investigación pueden mitigarlos. Encriptamos una copia de la memoria en la nube, lo formateamos y nada más salir del hostel lo dejo junto al mío en uno de los TCC que, apático, espera pasajero.

Nuestro destino es el puerto de Warwick. Está relativamente cerca, pero no tanto como para ir caminando. Les tomamos prestadas sus bicicletas públicas a un par de ancianos despistados en Waterplace. Alquilarlas también hubiese delatado nuestra posición.

Guía Marga hasta Friend Bob's Harbour Traffic, una tapadera con nombre obvio para contrabando de poca monta. Tuvimos nuestros rifirrafes cuando trabajaba para el Departamento. El tal Bob no es mala persona del todo, siempre dispuesto a ganar unos pavos extra sin permitir que la avaricia eche por tierra el negocio familiar o acabe con sus huesos en la cárcel. Entramos con las bicicletas y pasamos ante dos hombres recostados sobre unas grandes cajas a ambos lados de la puerta. No tienen

tiempo de reaccionar, solo de seguirnos con incrédula mirada. Otros dos trabajadores que están ayudando a cargar un camión dejan de hacerlo ante el silbido de los porteros y nos interrumpen el paso.

—Buscamos al amigo Bob.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién lo busca?

—Halcón.

—¿Halcón? Yo no veo ningún halcón por aquí.

Los amigos corean la broma. Solo espero que no salga con lo de la gallina o el pajarito. El que habla, el más fornido, pierde pronto el interés en mí y repasa a Marga.

—¿A quién buscas tú, preciosa?

—Queremos hablar de negocios. —Me interpongo.

—Precisamente de eso quería hablar con la morenita que te acompaña. De negocios.

—Basta —grita Bob desde la puerta de un módulo prefabricado.

Se acerca bamboleándose como un oseño. Es un hombre rechoncho, con las piernas anormalmente pequeñas comparadas con el torso. Sabe combinar ambientes y se está limpiando las manos con un trapo de cocina.

—Halcón... —dice simulando placer al reconocermelo—. Me alegro de verte. Veo que vas bien acompañado.

—Quería proponerte un negocio, como les he dicho a tus chicos. Ya sabes, dinero fácil.

Bob gira la cabeza y mira a los cuatro hombres, como si acabara de reparar en ellos.

—¡Esfumaos! —Se retiran lentamente—. ¿¡Es que no me habéis oído!?

Nos lleva hasta la destartada caseta que llama oficina.

—¿Y bien? Dime en qué puedo ayudarte, Halcón.

—Necesito uno de tus camiones con chófer.

Bob se echa atrás en la silla y se muerde el labio inferior algo prominente, me recuerda a las bolsas de los marsupiales.

—Desde las huelgas y los cortes de suministro, esos servicios están muy solicitados. Irá a más con el corte de esta tarde.

—Me alegra que alguien pueda sacar provecho de esta situación. Pero no habrás olvidado que me debes una...

Se echa hacia adelante de nuevo y apoya las palmas de las manos sobre la mesa. La barriga no le deja acercarse más a mí.

—Te recuerdo que ya no estás en el Departamento, machote.

—Cierto. Pero mi excompañera, aquí presente, sí lo está. Y es bueno que tu pequeño negocio siga pasando desapercibido.

—Me ofendes, Halcón. Sabes que siempre estoy para los amigos. ¿Cuándo sería el reparto?

—Ahora estaría bien.

Hace amago de protestar, pero se muerde de nuevo el labio inferior marsupial.

—¿Cuál es la mercancía y el lugar de entrega?

—La mercancía la tienes delante. Entrega en Long Island.

Bob estudia a Marga con curiosidad.

—No parece una sin papeles.

—No he dicho que lo sea.

—No será una criminal, ¿verdad? Sabes que siempre me he mantenido alejado de esos asuntos.

—Ya te he dicho que es policía. ¿Desde cuándo son necesarias tantas preguntas? Te has vuelto muy quisquilloso, Bob.

—No puedo cometer errores. Hay muchos interesados en cerrar mi negocio. —Se echa atrás de nuevo en la silla y junta las manos en actitud reflexiva—. Ahora no tengo ningún camión preparado con un compartimento especial para esa mercancía.

—No lo necesitamos. Hasta donde yo sé, solo se paga una pequeña multa por viajar en la parte trasera. Si nos descubren, reconoceremos habernos colado.

—No será necesario, aún tengo en nómina a los aduaneros de esa ruta.

Bob presiona un botón y acerca la cabeza a un altavoz integrado en la mesa.

—Ramón. —Se escucha el eco amplificado por fuera del despacho. Al poco un joven latino toca la puerta.

—Prepara a tu novia. La sacas ahorita para Long Island.

—No mames, wey.

—Echando putas, Ramón.

El joven vuelve a salir.

—Aún conservo algún transporte de gasolina. El plus que tengo que pagar para mantener el permiso de circulación es abusivo, pero la gasolina es ahora prácticamente gratis. Además, el ronroneo vendrá muy bien para echar pasión una pareja tan enamorada como vosotros.

—Muy gracioso, Bob.

Marga resopla con desprecio, apoyando mi comentario.

Se levanta y extiende la mano.

—Estamos en paz.

—En paz, maldito timador —convengo estrechándosela. Se ríe satisfecho.

—Cuando un servicio, sea cual sea, es urgente e ineludible, su precio se multiplica. Lo sabes tan bien como yo.

Bien. Después de todo, viajar en un Mack Vision de 2005 no deja de ser un lujo.



Son unas cuatro horas de viaje en un espacio reducido, oscuro y rodeado de aparatosos embalajes. Posiblemente el viaje estaba programado y el amigo Bob solo ha adelantado la salida. Todos contentos y él más. Es su filosofía. El constante zumbido y traqueteo me resulta relajante, pero acaba por marear a Marga. Esto hace que su atractivo mal humor se acrecienta, por eso decidí no incluir nuestra charla íntima en este diario.

Sigo nuestra ruta en el navegador de uno de los móviles falsificados que nos ha prestado Bob. No quisiera descubrir al llegar que no estamos en nuestro destino. Todo transcurre con normalidad y sin sobresaltos. Cuando nos detenemos, compruebo que nos encontramos en la entrada de Long Island. Todavía quedan unos kilómetros.

Ramón abre las puertas traseras.

—Ta qué martilleo, parcerero. Berrean quietá to sapeao.

—Bob nos dijo que teníamos toda la ruta abierta —replico sin cuestionar sus fuentes.

—No l'acareles a Bob, casimen. Ta hot Long Island y s'an puesto vi'os. S'an metío caleta tombos pola gran chingada cunergética que recién si se va'n chibes.

No hay nada que hacer. Hago una traducción libre para explicar a Marga que, por la Cumbre Energética de dentro de unos días, todas las entradas a Long Island están tomadas por la policía. Sin otra opción, abandonamos el tráiler para seguir a pie.

A las dos horas andando descubro que no estoy tan en forma como me creía. Marga me sorprende. Camina todo el rato un par de metros delante de mí con su llamativa bolsa rosa cargada de hebillas al hombro y me cuesta seguirle el ritmo. A nuestro alrededor hay un gran trasiego de patrullas y policía montada, supongo que estarán inspeccionando cada palmo. Marga solo se detiene una vez para enseñarme su cara de disgusto y un *e-mail* del jefe Randle en su correo. Leo que la cita con General Electric ya está confirmada junto a un buen puñado de improperios y amenazas por no haber acudido a la comisaría y no dar noticias.

Por fin llegamos. Un sencillo cartel sobre una estructura de ladrillos y tres vigas blancas así lo pregona: «Tesla Science Center». La imagen de un rayo cayendo diversificado sobre un fondo oscuro me resulta escalofriante. No puedo evitar el paralelismo con el «Rayo de la Muerte» que despierta inconscientemente en mi cabeza. El recinto parece enorme y hay varios edificios. Nos dirigimos al Centro de Bienvenida, en la Casa Bauer, donde nos atiende una recepcionista enérgica y proactiva. Ese es el espíritu.

—Bienvenidos al Centro de Ciencias Tesla... ¿Voluntarios...?

Al ver cómo encogemos los hombros, se responde ella misma.

—Visitantes. Muy bien. Les pondré al día de lo que hacemos aquí.

Nos entrega un par de folletos y no para de hablar. Incluí la grabación pues sonaba interesante y podía contener detalles relevantes para el caso. Creo que acerté.

—Estamos trabajando para devolver a su emplazamiento original la Torre Wardencllyffe y construir un complejo-homenaje a Nikola Tesla. Como saben, el Museo Tesla se encuentra en Belgrado, pero hasta ahora ningún proyecto similar ha prosperado en Estados Unidos.

»Estamos reconstruyendo las dieciséis hectáreas que componen este gran recinto. Empezamos por reestructurar el antiguo Laboratorio de Tesla que diseñó Stanford White, preservando todos sus elementos históricos. Este laboratorio es en sí mismo un museo y dispone de una zona que llamamos “Laboratorio *Hacker*”, donde los amantes de la ciencia pueden construir prototipos de sus propios inventos. Los empresarios también tienen una parte del museo que les da la oportunidad de convertir sus ideas en productos, la “Estación de la Innovación”.

»Como se pueden imaginar, ambos son de visita obligada.

»Aquí es donde recibimos la mayoría de las aportaciones para financiar el proyecto, puesto que todo se hace gracias a donativos y a voluntarios.

»¿Se pueden imaginar que estos terrenos estaban en venta y que todo se iba a perder? Esto estuvo a punto de ocurrir en 2012. Se necesitaban ochocientos cincuenta mil dólares para asegurar la propiedad. Solicitamos ayuda por redes sociales y conseguimos atraer la atención de miles de simpatizantes y personalidades, como David Bowie o Mateo Inman, que se volcaron con la idea.

»Con la campaña indiegogo ya recaudamos un millón trescientos mil dólares en solo nueve días.

»A esto se sumó Elon Musk, presidente ejecutivo de la compañía de coches eléctricos Tesla Motors, Inc, aportando mil millones de dólares en el día del 158 cumpleaños de Nikola Tesla.

»Pero aún queda mucho por hacer, la reconstrucción de la Torre Wardencllyffe es nuestro próximo gran objetivo.

Ese es el principal motivo de nuestra visita. Así que aprovecho para intervenir.

—¿Se puede visitar el emplazamiento original?

—Por supuesto, señor.

Señala el mapa. Está justo al lado de la estatua de Nikola Tesla que regaló el Gobierno serbio aquel mismo año.

¿Gobierno serbio? Se me enciende una alarma. Estoy convencido de que Luz y sus seguidores tienen que estar detrás de todo esto. Nos despedimos de la joven y siguiendo el mapa caminamos hasta un pequeño recinto bordeado por una verja negra e iluminado por cuatro farolas. El monumento es la imponente figura de Tesla sobre un pie de mármol oscuro sorprendiendo al mundo con bolas de fuego en las manos. En la placa frontal hay una inscripción que leo: «Nikola Tesla. Serbian and American».

Al lado está el gran octógono que representa la base donde debió erigirse la original torre de Tesla. Lo bordeamos un par de veces, pero no encontramos ningún indicio que nos haga sospechar de la existencia de otra central similar a la de Minsk. Paseamos por el resto del recinto sin encontrar nada sospechoso.

Solo nos queda por inspeccionar una enorme nave prefabricada que parece de servicio. Buscamos la forma de colarnos en ella. Efectivamente, es un almacén en el que se guarda maquinaria y utilería. Recorro rápido pasillos con grandes estanterías metálicas donde se apilan tuberías, botes, cajas, tablas, vigas... Veo dos carretillas elevadoras eléctricas, vallas metálicas recogidas, palés de ladrillos... En una esquina hay una zona de imprenta con estanterías llenas de folletos del museo de varios tipos. Al final, queda un gran espacio diáfano hasta la pared del fondo que tiene una gran puerta de dos alas. Debe ser la entrada de camiones. Tras la zona de maniobra, todo el suelo está elevado por una plataforma metálica en algo más de un metro sobre el suelo. Esto no tiene pinta de estar abandonado.

—Aquí está lo que buscas.

Marga, sin dudarlo, sube la escalerilla de la plataforma. Salto tras ella. Se dirige a la zona central donde una gran lona blanca y llena de polvo cubre un montón de herramientas y materiales de construcción. La retira y deja al descubierto un portón sobre el suelo metálico.

—Esto es algo más que un muelle de carga, ayúdame.

Levantamos el portón y vuelvo a ver justificada mi admiración por ella. De un pozo de unos cuatro metros de diámetro emerge una especie de antena. Me aproximo para observarla mejor, bien podría tratarse de la cúspide de una torre que se pierde bajo tierra. El cetro se ilumina a través de la bolsa. Me pongo los guantes y, cuando lo acerco, compruebo que la base encaja perfectamente en la parte superior de la antena, como para coronarla. Un calambre hace que el cetro caiga a mis pies, entre la lona replegada y los chirimbolos que guarda.

—¿Esperabas algo así? —pregunta Marga, a mi lado.

No digo nada. Está claro que estamos ante la pirámide que buscábamos. Comprobamos que se hunde bajo el suelo y que todo este almacén no es más que un decorado. El acceso a su base podría estar aquí, en el edificio de bienvenida o en el propio laboratorio museo, de forma que lo más prudente es largarse. Así se lo digo a

Marga.

Demasiado tarde. Entran seis individuos por las grandes puertas traseras que antes estaban cerradas. Sin duda no son ni visitantes ni voluntarios.



## SUBTERRÁNEO

Vienen tres por cada lado. Se acercan cubriendo cualquier posibilidad de escape. Nos piden que los sigamos. No tiene sentido resistirse, así que todo transcurre cordialmente. En la pared contigua a la de las grandes puertas, hay otra más discreta que, entre estanterías de libros y folletos, da entrada al subterráneo. Subimos todos a un amplio montacargas con capacidad para ocho personas. Justo. Usan una llave y nos ponemos en movimiento. La bajada se hace eterna e incómoda. Decido romper el hielo.

—¿Esta ruta está incluida en la visita, chicos?

No hay respuesta. Aún tengo tiempo para otra de mis preguntas antes de llegar.

—¿Hay servicios ahí abajo?

Tampoco hay respuesta. Los ojos de Marga me miran lanzándome su «esa es tu forma de labrarte nuevos amigos».

El montacargas se detiene y se abre. Salimos a una pequeña sala cuadrada con una sola puerta. Dos hombres salen por ella mientras el resto permanece con nosotros en la vacía antesala bloqueándonos el paso. Nos retienen allí unos minutos.

—¿Alguien fuma?

Marga me da un pisotón. Hago un esfuerzo para mantener la boca cerrada mientras deciden qué hacer con nosotros. Entretanto, intento calcular a qué profundidad nos encontramos; no es fácil. Parece que hemos descendido mucho, pero los montacargas son terriblemente lentos. Comparando con el de la comisaría de Newark podrían ser cuatro pisos. Cinco, quizás.

Finalmente, uno de los dos hombres que se han marchado se asoma por la puerta y nos indica que le sigamos.

Estamos en una gran sala subterránea, enorme. Más grande que la de Minsk, pero un calco suyo. Operarios, generadores y la gran estructura metálica en el centro. Nos conducen hasta un curioso cubo de paredes de vidrio transparente de unos seis metros de lado.

—¿Es esto el retrete? Un poco indiscreto, ¿no creéis?

Allí nos encierran. Está totalmente vacío y subdividido en cinco pequeñas cabinas, que por el tamaño bien podrían ser las letrinas. Desde allí se puede ver toda la planta. Dos hombres se quedan en la puerta, también transparente. No parece muy sólida. Sin duda aquella instalación tiene un uso diferente al de improvisado calabozo. La voz de Marga suena como acoplada en aquella sala.

—Nadie sabe dónde estamos y si tratan de rastrear nuestros móviles solo los despistaremos más.

—Esa era la idea... —Entro en uno de aquellos cubículos—. ¿Crees realmente que esto es el retrete?

—Maldita sea, Halcón. ¿Puedes tomarte las cosas en serio por una vez?

—A veces hablo en serio. Como diría Ramón o uno de los suyos, tengo que ir a visitar a Meier y aquí me da un poco de reparo, ¿a ti no? ¿Acaso creías que bromeaba en el montacargas? —Estoy seguro que ella también lo agradecería.

—¿Por qué te haría caso? No aprendo. Sigues siendo el mismo. Hay cosas que no cambian.

Nos ignoramos los siguientes minutos. Compruebo que los móviles no tienen cobertura y que no hay otra salida. No consigo encontrar el objetivo de aquel lugar.

—Nos hemos dejado el cetro arriba, en la nave. ¿Crees que se han dado cuenta?

—Olvídate del maldito cetro, Halcón. Te recuerdo que tu colega de Minsk fue asesinado por descubrir una planta como esta. ¿Qué crees que nos harán a nosotros?

—El cetro puede ser nuestro salvoconducto. Siempre que sigan creyendo que se encuentra en nuestro poder. Además, no tienen intención de hacernos daño. Al menos en las próximas horas.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo estás tan seguro?

—Porque apuesto cinco a uno que esas mantas vienen hacia aquí. Estas paredes son muy indiscretas. Espero que también traigan una palangana.

Marga se gira y sigue a los dos hombres cargando las mantas. Lo disimula, pero la veo sonreír. Todavía le gusto.

Para mi alivio, antes de que se atenúen las luces, nos acompañan por separado a unos lavabos. Hay partes de la planta que siguen iluminadas, pero en el cubo que nos encierra solo queda una leve iluminación de emergencia. Marga nunca duda y extiende una manta en el suelo. Parece que acepta la situación y piensa acomodarse. Bien. Al menos creo que podremos descansar y...

—¿Podrías dejar de hablar por un momento? Ya sé que es tu diario del caso. Ya sé que no puedes distinguir qué es lo importante... Pero hemos recorrido muchas millas hoy... ¡Déjame dormir!

—¿Juntamos las camas? Así te sentirás más segura.



ENCUENTRO

Son las seis en punto y no he podido dormir. En este caso, además de a la mujer hermosa, tengo al lado un gran armazón metálico en el que parece trabajar toda una organización clandestina, con implicaciones internacionales y sin escrúpulos... No está mal para un fisgón de tres al cuarto.

Hace tiempo que no informo a mi cliente. Me choca que Marga haya podido conciliar un sueño tan profundo que solo acaba cuando se produce un cambio en la iluminación, al empezar el turno de la mañana. Las paredes transparentes no pueden evitar que se despierte. Tampoco evitan que advirtamos que la actividad de operarios y supervisores es mucho más agitada que cuando entramos. Tengo la impresión de que están preparándose para algo. No puedo estar seguro porque la burbuja en la que nos retienen está aislada acústicamente. Son indiferentes a nuestra presencia, pero supongo que pueden oír nuestra conversación mientras que nosotros estamos sordos.

No nos tratan del todo mal. Custodiados en todo momento, podemos asearnos e incluso nos traen una jarra con café americano caliente, algo de bollería dulce y agua. Durante las horas siguientes no le importamos a nadie. Intento desviar nuestra discusión sobre quién dejó a quién y quién nos ha metido en esto llamando la atención un par de veces mediante gestos, pero es como si fuese tan invisible como las paredes. De pronto, percibo algo. Todo el dinamismo de la planta se ha detenido. Me pongo en pie y sigo las miradas de los trabajadores.

Es ella.

Camina con su característico movimiento pausado, sirviéndose de otro cetro idéntico al que me entregó en Belgrado. Todos parecen mostrarle un gran respeto. Intercambia unas palabras con uno de los supervisores y luego se dirige directamente hacia nosotros. Los vigilantes la saludan con una acusada inclinación de cabeza. A un gesto suyo, abren la puerta y entra sola.

—¿Ha elegido bando ya, Halcón?

No respondo. Ella pone delante de Marga un dispositivo similar a una minitableta

y la invita a que coloque la mano encima. Marga no se resiste.

—No pienso ser cómplice de un atentado a gran escala.

—¿Un atentado?

—Le pregunté en Belgrado sobre el Rayo de la Muerte. Todavía espero su respuesta.

Luz pasea por aquella pecera sin agua mientras hablo. Los de afuera fingen haber vuelto a sus tareas, pero sin duda están pendientes de nosotros.

—Decida, Halcón. Ya me demostró no ser una pérdida de tiempo. Percibí fidelidad en su corazón, pero debe entregarla a una causa justa y pronto tendrá que elegir.

»Debe saber que ese arma de la que tanto habla es lo que siempre ha querido su socio, el FBI. En 1943, justo después de la muerte de Nikola Tesla, el Gobierno de Estados Unidos y a través del FBI se encargó de requisar todos sus prototipos y documentos, incluyendo estudios e investigaciones propias... Actuaron con rapidez pues les preocupaba que, como Tesla era un ciudadano naturalizado, quizás no tuviesen jurisdicción sobre su propiedad, pero podrían mantener el material durante, al menos, dos días.

»La familia de Nikola tardó años en conseguir recuperar algo de lo incautado, para lo cual se tuvo que contar con la ayuda de la embajada de la antigua Yugoslavia. Gran parte de ese material pudo verlo expuesto en el Museo de Nikola Tesla de Belgrado, pero se sabe que lo más comprometido desapareció, especialmente lo relacionado con el Rayo de la Muerte.

—¿En base a qué afirma eso? —interviene Marga desafiante—. ¿Cómo está tan segura?

—Los que me conocen saben que nunca hablo a la ligera —replica sin alzar la voz, pero contundente—. El FBI hizo público el llamado Informe Tesla setenta y tres años después de su muerte. Hasta entonces habían negado poseer efectos personales de Tesla y estar involucrados en su búsqueda. En ese momento su país reveló el gran interés que tenía en todo lo relacionado con sus estudios. Y concretamente con el Rayo de la Muerte.

Las dos se desafían con la mirada un instante.

—Agente Brenes, ahora necesito saber quién es el contacto del Departamento con Global Electric para entregarle el cetro.

—Solo sé que se llama Harris.

Luz levanta instintivamente una ceja al oír el nombre y murmura para sí:

—El mismísimo Rey Negro.

—¿Le conoce?

—Harris es un hombre obstinado, frío y calculador. Una mente brillante, pero no un genio. Es consciente de sus limitaciones y boicotea a todos aquellos que no las tienen, una especie de insano mecanismo de defensa. Algo similar ocurrió con Nikola y Edison.

Luz se gira flemática y marca sus pasos uno a uno mientras sale de la habitación sin aclarar nuestro destino.



## EL SUEÑO

Pocos minutos después, los tipos que custodian la puerta me piden que los acompañe. Con un gesto indican a Marga que ella se queda. Como de costumbre, no parece importarle separarse de mí; se encoge de hombros, elige un donut y vuelve a sentarse sobre las mantas, tras las paredes de cristal. Vuelvo con los dos guardas al montacargas y cuando salimos al exterior andan descuidadamente delante de mí. Podría escapar si quisiera, pero supongo que saben que no voy a abandonar a Marga. Y deben saber también que la curiosidad es otra de mis debilidades. Quiero saber en qué acaba todo esto, así que me limito a seguirlos.

Llegamos hasta el templete de Nikola Tesla. Luz espera allí. Transformada. Se ha caracterizado como Marga y salvo por lo que me dicen los ojos de la original, parecen idénticas. Una chaqueta abierta de aviador le cae sobre la camiseta sin mangas, como más me gusta. Le ha imitado incluso el tono de piel y la imagen de chica dura, casi de militar urbana, le encaja perfectamente. Usa el cetro como bastón.

—No hagamos esperar al pez gordo.

Me coloca algo parecido a una lentilla en el índice derecho. Prácticamente se mimetiza con mi piel y se hace invisible a la vista e incluso al tacto. Supongo que ella se habrá fabricado uno igual para suplantar la identidad de Marga. Ahora comprendo el objeto de capturar sus huellas.

Con identidades falsas no es problema coger un taxi para ir a Manhattan. Luz marca en el GPS las coordenadas de la cita concertada por Randle con Global Electric.

—¿Qué le ocurrirá a Marga?

—No debe preocuparse por ella. Estará bien.

—¿Por qué quiere infiltrarse en Global Electric?

—Supongo que no puede dejar de hacer preguntas... Quiero recuperar algo que nos pertenece. Nunca sabremos si la muerte de Nikola Tesla fue natural, pero él sí supo anticiparse y para no dejar nada al azar se reunió varias veces con un miembro de su familia. Precisamente con mi abuela. El FBI sabía de estas reuniones y la

mantuvo bajo vigilancia. Tras la muerte del bisabuelo estuvieron a punto de detenerla por miedo a que escondiese algo, información sensible, notas, bocetos... Cualquier cosa que ellos no controlasen. Hicieron varios registros y, claro está, no pudieron encontrar ni demostrar nada. La dejaron marchar. No entendieron que entre nosotros no eran necesarios papeles ni apuntes. Pese a todo, Nikola no tuvo tiempo de transmitirnos el plan completo, nuestra teoría es que alguien lo impidió, asesinándolo.

—¿Qué ocurrirá si le descubren?

—Hay algo que ese hombre y el propio FBI temen más que un arma de destrucción masiva.

—¿El qué?

—A mí. Me temen a mí, pero sobre todo a lo que represento.

Al verme con cara de confusión, se explica.

—Dos *holdings* compiten por la hegemonía eléctrica mundial. Esta lucha de titanes, como ya le dije, lleva librándose en la sombra desde hace décadas. Tienen repartida la tarta, uno controla Occidente y el otro, el Este. Ahora y por primera vez han firmado una tregua y se han unido para combatir una amenaza.

—¿Cuál es esa amenaza?

—Un tercer competidor. Un competidor capaz de suministrar electricidad en cualquier punto del planeta a un precio tan económico que les destrozaría el imperio.

—¿Es eso posible?

—Usted vio mi pequeña ciudad. Hay todo un mundo subterráneo a punto de emerger.

—¿Y qué papel juega el FBI en todo esto?

—Introducir en el mercado un bien de máxima necesidad, sin límite y sin coste, podría hacer que todo el sistema se tambalease y romper el orden establecido. Los pilares del poder, difíciles de mover y muy arraigados, temen más una acción de este tipo que una declaración de guerra. El FBI, además de querer apropiarse del supuesto Rayo de la Muerte, quiere poner cerco a las imprevisibles consecuencias que acarrearía un nuevo escenario energético global. La incertidumbre es el mayor temor de los gobernantes y sus agencias luchan desde la sombra contra todo cambio. Un ejemplo reciente ha sido la sustitución de la gasolina por la limpia electricidad. Piense lo que nos ha costado llevar a cabo este cambio, tan lógico, evidente y necesario. Hemos luchado contra las estructuras de poder que lo han ido retrasando durante décadas, hasta que han conseguido que todo siga igual económicamente. Cada uno permanece blindado en su parcela. Los actores y el escenario siguen siendo los mismos... Sin embargo, ahora todo podría cambiar.

Le sigo la corriente, pero su discurso me suena al de una activista. Una soñadora. No creo que algo como lo que sugiere pueda llevarse a cabo.

El taxi se detiene una y otra vez. El centro de la ciudad de Nueva York se encuentra colapsado. Las calles están abarrotadas de gente manifestándose con motivo de la cumbre por la energía. Leo algunos carteles, muy similares a los de las

noticias: «No más cortes», «No al monopolio», «Asesinos»...

—¿Por qué es tan importante esta cumbre?

—Hay muchos actores e intereses contrapuestos. Los gobiernos quieren que se garantice el suministro sin tener que ceder a presiones ni contribuir económicamente. La gente exige precios asequibles y estabilidad. Las eléctricas responsabilizan a los gobiernos de los cortes y exigen mayores subvenciones. Todos harán lo que sea por no perder su parte de poder.



REY NEGRO

Finalmente, el coche se detiene en nuestro destino y nos lanza su consabido mensaje musical agradeciendo que hayamos utilizado sus servicios. Salgo y ayudo a Luz a bajar sin prisa. Disto mucho de ser un caballero y no le he preguntado, pero sé que está convaleciente del atropello en el metro y que debe estar luchando por simular la normalidad con la que actúa.

Levanto la vista hacia la interminable altura de un rascacielos plateado sin hallar ninguna pista de identidad. Dos individuos trajeados nos esperan en la entrada. Somos chequeados exhaustivamente y se nos informa de que allí no funciona ningún dispositivo eléctrico o electrónico.

No nos permiten entrar hasta que Luz les entrega el cetro. Uno se marcha con él y el otro nos acompaña en el ascensor hasta la planta veintiocho. No dice una sola palabra y se despide con una sonrisa difícil de interpretar. Perdido en mis elucubraciones, las puertas del ascensor se cierran antes de que pueda lanzarle cualquier pregunta sarcástica.

Entramos a una sala tan grande que bien podría ocupar toda la planta. Ventanales y mesas de juntas. Las vistas de la ciudad impresionan y las primeras luces se convierten ante nuestros ojos en cientos de puntos de luz iluminando la noche como farolillos chinos. Creo que es hora de pedir un deseo.

Un tipo de edad avanzada entra en escena e interrumpe mis divagaciones. Los colores de su corbata y de sus zapatos son agresivos, a juego con sus ojos, de mirada fría. El pelo cano contrasta con el traje, negro como una amenaza.

Se vuelve hacia el ventanal y espera a que nos acerquemos sin decir nada.

—Nos hubiésemos ahorrado muchos problemas de haberle conocido a usted antes, señor Hawk.

—No comprendo...

—Solo ha necesitado unos días para encontrar a la dama invisible y además robarle el cetro. Estoy impresionado.

—No he robado nada. La mujer murió arrollada por la multitud en un accidente de metro.

El individuo parece molesto por la interrupción. Sonríe ladinamente.

—La mujer muere a su lado. Usted encuentra el cetro, de alguna forma deduce que me interesa y decide traérmelo de forma altruista. Una acción poco habitual en usted, por lo que he oído.

—Fue el Departamento el que sugirió la entrega... —interviene Luz, pero mi interrogador levanta la mano y le pide silencio.

—¿Qué dice a eso, señor Hawk?

—No le conozco. Esto nada tiene que ver con usted. Simplemente he decidido hacer lo correcto por una vez.

—¿Y qué es hacer lo correcto para usted? —me interrumpe. Odio su petulancia y aires de superioridad.

—Obedecer al Departamento. —Sigo el argumento de Luz—. Algunos compañeros han sido asesinados y mis investigaciones apuntan a un posible atentado a escala global.

—¿Se refiere al Rayo de la Muerte?

—En efecto. Mi intención era evitar el atentado y de paso ser recompensado con una suma de varios ceros.

—¿Quién ha hablado de una recompensa?

—He supuesto...

En ese momento entra una exquisita azafata con una bandeja, la coloca en el centro de la mesa y se aleja sin levantar la mirada. Es el cetro de Luz. El pez gordo de Global Electric lo coge con adoración.

—¿Sabe qué es esto?

—Creo que forma parte del arma.

Se aleja de nosotros unos minutos y cuando vuelve parece furioso.

—Les observo. Y estoy tratando de ver dónde está la trampa. ¿Cree que trata con un idiota, señor Hawk?

—Ya le he dicho que no le conozco.

—La dama invisible solo se desprendería de esto muerta.

—Ya le he dicho...

—El FBI nos ha informado de que poseen parte de lo incautado tras la muerte de Tesla —interviene de nuevo Luz, esta vez con más determinación. El anciano vuelve la atención hacia ella, como si acabase de descubrir que está allí.

—¿Ahora el FBI comparte información con una comisaría de barrio, con la brillante agente Marga Brenes?

Hay un claro menosprecio para con ella en el tono de sus palabras.

—Colaboramos en este caso.

—¿Qué caso? No hay caso. Y el FBI nunca colabora. He aceptado esta reunión porque era cierta la información sobre la ubicación de la estación bielorrusa.

—Es un asunto de seguridad nacional. —Ya no sé si habla Marga o Luz—. Creemos que puede haber otra arma cerca de Manhattan con capacidad para destruir toda forma de vida en la isla. Podría utilizarse el día de la Cumbre. Con lo que se incautó tras la muerte de Tesla creemos poder localizarla y encontrar otras estaciones similares.

Esto despierta ligeramente el interés del otro.

—Vuelvo a estar impresionado, y le aseguro que no soy un hombre fácil de sorprender. —Se toma un tiempo estudiándonos con su mirada calculadora.

Las palabras de Luz me han desconcertado. No sé qué hacemos allí. No sé qué buscamos realmente. Sin duda, Luz tiene un propósito muy claro y nos ha utilizado a Marga, a mí y al propio Departamento de policía.

El desconocido, al menos para mí, nos pide que le sigamos y atravesamos la sala hacia otro ascensor que desciende directamente al sótano. Toda esa planta parece una gran cámara acorazada. Nos lleva frente a una enorme puerta circular con pomo en forma de timón de barco. Introduce un código y el timón empieza a girar en ambos sentidos. Cuando se detiene, la puerta se abre tras varios sonidos mecánicos.

—Adelante.

Parece un reto más que una invitación, pero entramos. Luz curioseas por la sala. Yo doy unos pasos intentando no perder de vista a ninguno de los dos. Esto no puede acabar bien. La cámara dentro de la cámara es profunda y con el techo abovedado. Diría que son cientos las estanterías con objetos antiguos que hay a lo largo de una pared. El otro lado está ocupado por un sinfín de cajas, armazones, artefactos y planos, me recuerda al propio museo de Nikola Tesla en Belgrado.

De punto nuestro anfitrión se lleva la mano a la oreja derecha. Auguro problemas.

—¿Sabe quién inventó la silla eléctrica, Halcón? —¿Ya no soy el señor Hawk? Bueno, lo prefiero así.

Niego con la cabeza. Me doy cuenta de que Luz presta atención a la conversación.

—Este es el prototipo original diseñado por Harold P. Brown en el año 1887. ¿No es así, agente Brenes?

Luz deja lo que tiene en las manos y asiente.

—¿Le parece que hagamos una pequeña demostración de su funcionamiento al detective?

Luz, sin mediar palabra, se acerca y se sienta en la silla.

—Ajústele las correas en las muñecas y en las piernas, detective.

Dudo, pero Luz, sumisa, asiente en silencio. Esto no me gusta. No sé si Luz es millonaria, pero no me gustaría verla freírse en esta silla. La sujeto con la mayor delicadeza, consciente de que podría dañarla.

—Ahora, colóquele los electrodos, uno en la cabeza y otro en la pierna... Perfecto. ¿Sabía que este invento fue un encargo del propio Thomas Edison a uno de sus empleados? Seguro que la señorita Brenes conoce la historia mejor que nosotros.

Luz toma el testigo.

—Edison quería desprestigiar a Nikola Tesla y su teoría de que la corriente alterna era muy superior a la corriente continua, la que se usaba en aquel entonces. Con este invento llevó a cabo una campaña de terror para que el público llegase a creer que la corriente alterna era peligrosa.

—Podría ser cierto, no seré quien lo niegue. Aunque no todo el mundo lo cree así. Hay quien piensa que se está intentando mitificar a Nikola Tesla.

—Se equivocan. Eso es precisamente lo que hizo su Gobierno con Thomas Edison. Tesla ganó la guerra de las corrientes, pero la historia le otorgó todos los méritos a Edison y casi hizo desaparecer a Nikola. Una vez más el poder pudo contra la genialidad.

Se hace un silencio. Nuestro interlocutor se acerca a una estantería y vuelve con unos documentos.

—Apuesto a que buscaba esto. —Pone los planos ante los ojos de la mujer atada—. Llevo muchos años intentando encontrarla y es usted quien viene a mí como un corderito. Sigo sin comprender dónde está la trampa. No pensaría que la dejaríamos salir de aquí con estos documentos, ¿verdad? Le recuerdo que todo sistema de filmación y *wifi* no funciona aquí dentro.

—¿Está usted seguro de eso, Rey Negro?

El aludido agita la mano como para quitarle importancia al sobrenombre.

—Usted nunca saldrá de aquí... La verdadera agente Marga Brenes acaba de informar al FBI de que la habían retenido contra su voluntad. Y no solo eso, afirma que existe un libro donde se relaciona la ubicación de todas las instalaciones, incluida la de la torre oculta en la mismísima Long Island. Como puede apreciar, mi victoria es total.

—¿Oculta? ¿Quién ha dicho que la torre esté oculta?

Los fríos ojos de aquel tiburón llegan a helarse. Por una vez su confianza se tambalea.

—Hace años que tenemos licencia para la reconstrucción de la torre en el nuevo museo de Nikola Tesla. ¿Se atreverá ahora a destruirla, como hizo con la de Bielorrusia? Destruiría una torre de cuarenta metros que ya ha surgido de las profundidades para revelarse al mundo y ofrecer su potencial... Y, sí... En la mismísima Long Island. En estos momentos ya debe estar en boca de periodistas y a la vista de cientos, quizá miles, de curiosos que se habrán acercado a observarla con sus propios ojos. Tampoco nos podemos olvidar de los agentes de la ley, que estarán poniendo orden.

El representante de la multinacional acusa el golpe. Yo también. Presumo de pasar por esta vida como un listillo, pero ahora me siento como un completo idiota. Se está jugando una partida en la que soy solo un instrumento prescindible. El último peón. Siento mi orgullo herido. Nuestro oponente se lleva la mano al oído y se aleja unos pasos para cruzar unas palabras con quien le esté dando novedades.

—Apuesto a que el FBI ha venido a hacernos una visita —dice Luz con voz de triunfo—. Ya le he dicho que colaborábamos en este caso. Saben que estoy aquí. El corderito ha venido a conocer al lobo mansamente, pero sin miedo. Ustedes ya mataron a su rival y yo no soy más que su mensajero. Ahora toda la grandiosidad de su proyecto ya está en la calle y es imparable. No importa lo que haga conmigo... ¿Se atreverá a matarme?

La entereza de Luz es sobrecogedora.

*Una vela solo enciendas,  
de todo el mundo la ahuyentas.*

El rostro del Rey Negro se contrae de pura rabia. Se acerca a la pared del conmutador de la silla eléctrica. Apoya una mano justo al lado para descargar sobre ella todo su peso y toda su ira. Se vuelve para fulminar a Luz con mirada desencajada. Finalmente, nos abandona a grandes zancadas sin dejar caer la palanca.



## PISO FRANCO

Nos desalojan por una puerta trasera de forma discreta y nos llevan hasta un piso no oficial del FBI, al menos es lo que creo. Cuando nos separan, Luz me pide que tenga confianza. ¿Esto estará también en sus planes?

No tardan en presentarse los dos mismos agentes que me interrogaron en el aeropuerto. Semblantes más serios.

—Me alegro de volveros a ver, chicos. Pensaba llamaros y...

—Díganos el emplazamiento del resto de las torres, señor Hawk.

Me interrumpen sin seguir la broma. Ni siquiera me llaman pollito ni gallina.

—Lo desconozco.

—Este es un asunto de seguridad nacional. Se aplican las leyes antiterroristas. ¿Sabe lo que eso supone?

Eso no va muy a mi favor. Si se me acusa de cómplice de terrorismo no habrá ley que me proteja. Estaré completamente en sus manos. Dejaré de ser ciudadano americano y me convertiré en un número estampado sobre un mono naranja.

Aun así, me niego a colaborar.

Unos segundos de silencio y uno de los agentes abandona la habitación para volver con el ejemplar de los poemas traducidos por Nikola Tesla en el que dejé trabajando al viejo anticuario. Al colocarlo encima de la mesa se aprecia que está chamuscado.

—Su compañera asegura que usted descubrió el emplazamiento de la torre de Long Island en este libro.

—Excompañera —matizo.

¿Marga? Comprendo que revelase el lugar donde nos retuvieron y nuestra reunión con Global Electric, pero esta información adicional era innecesaria. No me lo puedo creer... Dudo de que haya traicionado mi confianza... pero no encuentro otra explicación.

Uno de los agentes ojea el libro. Le cuesta pasar las hojas, ennegrecidas y

retorcidas por la esquina superior, casi quemada.

—Me alegra que compartamos la fascinación por la poesía serbia del siglo XIV.

Recibo un codazo en la boca del estómago como respuesta. Retorcido como las hojas del libro, quedo unos segundos sin respiración.

—Usted se lo ha buscado.

Abandonan la sala. Al parecer van en serio. No esperaba una agresión así. Parece que están decididos a enterrarme en las cloacas del sistema. ¿Harán lo mismo con la Dama de Luz? Un golpe así podría acabar con su vida en el acto.

Sin embargo, unos minutos después entra un hombre que nunca había visto antes. Me ayuda a incorporarme y se disculpa en nombre de los dos agentes y de la Agencia. Muy correcto. Me sugiere que olvide el desafortunado incidente mientras me acompaña a la salida.

No comprendo nada. ¿Será una nueva jugada del FBI? Compruebo que, efectivamente, estamos en un edificio de viviendas normal y corriente. ¿Un piso franco y me permiten salir sin vendarme los ojos?

Fuera nos espera un vehículo no automático, oscuro y con los cristales tintados. El chófer baja y nos abre la puerta. Dentro está Luz con su *look* natural. Parece tranquila y físicamente recuperada. El agente del FBI sube con nosotros y es el único que habla durante todo el trayecto. Parece más un relaciones públicas cuyo único cometido sea enmendar el supuesto error que han cometido con nosotros. Luz tiene que estar detrás de este cambio de comportamiento.

Nos detenemos en una zona de las afueras. Allí espera una limusina de la embajada serbia. Las dos banderitas sobre los focos delanteros así lo dicen.



## RENACIMIENTO

El interior es espacioso y confortable. La cabina está separada de la parte delantera, donde hay dos conductores, o posiblemente guardaespaldas, o mayordomos. Se encargan de activar la ruta en el GPS, comprobar nuestro acomodo y velar por nuestra seguridad. Por la seguridad de Luz, concretamente.

No tarda en deslizarse ante nuestro asiento una mesilla con un juego de té que, por desacostumbrado, me resulta atractivo. Luz sirve dos tazas y me ofrece un trozo de una apetitosa tarta de chocolate que llama Sacher. Ella no come y yo no bebo.

—Hasta la segunda mitad del siglo XIX en Serbia solo había dos comidas al día, el almuerzo y la cena. El desayuno y el desorden alimentario es para nosotros un extranjerismo. Nikola Tesla escribió que «es natural que uno coma dos veces al día».

Doy cuenta de la tarta y agradezco la apertura a la modernidad de ese pueblo cuando me ofrecen el *whisky* mejor servido que he tomado.

A un gesto de Luz, se eleva la pantalla que aísla las dos cabinas del lujoso vehículo. Esa misma pantalla es un monitor de televisión que se lleva toda la atención de la dama.

Se muestran imágenes de distintas perspectivas de la torre que ha aparecido en Long Island sobre texto deslizante que comunica el inesperado acontecimiento. Luz y sus acólitos han hecho emerger la torre subterránea para mostrarla al mundo. No era un farol. El suelo metálico del cobertizo debe haberse abierto y la base sobre la que reposaba la torre habrá actuado como un sistema de elevación. Supongo que en Minsk el diseño y las expectativas de funcionamiento serían similares antes de malograrse.

Una música épica de coros vibrantes resuena en el fondo del noticiario en directo.

El Centro de Ciencias Tesla ha cambiado drásticamente su apariencia y se ha convertido en un inmenso mar rebosante de luz. Desde una vista aérea se pueden ver las dieciséis hectáreas literalmente encendidas destellando color en una llamativa coreografía que va marcando al ritmo de la música senderos de colores desde los

accesos perimetrales hacia el centro. El gran hangar-almacén se ha convertido en un espectacular pabellón de recepción y exposición justo al lado de la gran torre, que las cámaras enfocan lanzando pequeños rayos azul eléctrico desde su cima. Puntos de luz autónomos sobrevuelan el recinto siguiendo el movimiento de la iluminación de la superficie. Son pequeños drones que consiguen un efecto de luminiscencia tridimensional en todo el recinto.

La televisión va cambiando de canal y muestra informativos de distintos países compartiendo imágenes del evento.

El labio inferior de Luz vibra y en su rostro y en sus ojos, perdidos tras las escenas, se revela una emoción difícil de ocultar.

Un rápido despliegue policial mezcla las luces azules de los coches patrulla con el festival de luciérnagas que envuelve el Centro de Ciencias. Cientos de curiosos se van acercando desde la ciudad, donde los reporteros captan cómo se están repartiendo anillos y colgantes. Un primerísimo plano enfocando uno de ellos descubre que tiene un sello del tamaño de una moneda de céntimo con una especie de T grabada. La gente se hace selfies con la torre de fondo. Una joven periodista se hace un hueco entre la multitud y trata de hacerse oír.

—A pocos días vista de la Cumbre Mundial por la Energía, ha aparecido como surgiendo de la nada la enorme torre que pueden ver a mi espalda, en medio del Centro de Ciencias Tesla. Su personal está explicando en varios idiomas que se trata de la reconstrucción de lo que fue la Torre Tesla original, ubicada en este mismo lugar antes de que fuera destruida. Es el resultado de muchos años de trabajo anónimo con el que pretenden rendir homenaje a uno de los proyectos más ambiciosos de Nikola Tesla, el genial inventor que no llegó a verlo ponerse en marcha. Afirman que esta nueva construcción es solo la primera piedra de aquel proyecto, ahora renovado para ofrecer una visión alternativa de la electricidad. A todo el que se aproxima se le ofrece lo que llaman una T-Candle, un pequeño dispositivo que desprende una esfera luminosa alimentándose espontáneamente de la energía que reparte la Torre Central. La gente aquí reunida, entre sorprendida y eufórica, comprueba cómo sus teléfonos móviles también se pueden cargar con la T-Candle.

»El interés que esta aparición ha despertado atrae a los corresponsales de los medios de comunicación de todo el mundo que estaban citados para la Cumbre Energética. En el Pabellón de Luz se están proyectando monografías que explican la base científica y las posibilidades de lo que presentan como la Solución Eléctrica Global. Se reparten a quienes las solicitan distintas publicaciones orientadas a público de todos los niveles.

Las noticias me dan a entender que la jugada le ha salido redonda a la mujer serbia. Esto hace que me sienta todavía más ninguneado. Rompo el silencio.

—Enhorabuena por su éxito. Ha jugado conmigo. Me ha utilizado durante todo este tiempo.

La mujer no separa la vista de la pantalla de TV.

—Ya le dije que usted solo era un peón en esta partida. Hoy hemos hecho jaque al Rey Negro, en su propia mitad del tablero. —Queda unos segundos pensativa—. Quizá me equivoqué y usted es un caballo. El caballo y la dama han hecho jaque al rey. Esta jugada en ajedrez suele exigir el sacrificio de una de las dos piezas para completar el mate.

—Basta de adivinanzas, diosa de la luz. Cuando la conocí me dijo que debería estar muerto, luego soñó con mi muerte, el FBI iba a levantar mi cadáver, ahora parece decidir si sacrificarme... Yo podría haber muerto ya muchas veces antes de usted y me paseo sin miedo por la vida, pero quiero saber cuáles son mis cartas. Quiero saber qué está sucediendo realmente y quiero saberlo ahora. Me estoy jugando mucho por usted. De lo contrario me veré obligado a facilitar al FBI la información que busca.

Sus ojos se vuelven fríos en contraste con su delicado y bello aspecto. Reflejan una determinación implacable. No me cabe duda de que puede ser tan impersonal, quizá más, que aquel al que llama Rey Negro.

—Le subestimé, Halcón. Jamás creí que llegaría hasta el viejo bibliotecario y mucho menos que pudiera descubrir el mensaje oculto de Nikola en el libro de poemas. Gracias a usted, pronto lo encontrarán también los seguidores del Rey Negro. Así que tenemos que volver a Serbia de inmediato. Por cierto, ¿todavía cree que las torres son armas?

No respondo. Desde hace tiempo sospecho que no es así.

—Sigo sin saber en qué estoy metido.

—Adelante, estoy dispuesta a responder a todas sus preguntas hasta que lleguemos al aeropuerto. Y, como le dije a su excompañera, nunca miento.

—¿Dónde vamos?

—Se lo acabo de decir. Volvemos a Belgrado.

—¿Por qué a Serbia?

—La ciudad subterránea y todo lo que contiene corre peligro con su descubrimiento.

—¿Por qué nos ha dejado marchar el FBI?

—Ha intercedido el Gobierno de mi país. No pueden permitirse un conflicto internacional. Al menos no ahora.

—¿Cómo pensaba extraer los documentos de las instalaciones de Global Electric? ¿Por qué tenía que ser usted personalmente?

Se toca la sien.

—Los ojos son un sistema de filmación tan bueno como cualquier otro.

—No comprendo.

—Heredé la memoria fotográfica de mi abuela y de mi madre. ¿Recuerda que la madre de Nikola podía recordar todo siendo prácticamente analfabeta? El Rey Negro me enseñó los documentos que buscaba y no necesito más. Le perdió la vanidad. Así fue como Nikola nos legó sus descubrimientos poco antes de su muerte, eludiendo al FBI y a sus verdaderos enemigos.

—¿Quiénes eran sus verdaderos enemigos?

—Los mismos que ahora encarna el Rey Negro. El poder, el egoísmo.

—Ha perdido el cetro. ¿No era necesario en la cúspide de la pirámide?

—Como le he dicho, le subestimé. Está en lo cierto con respecto al cetro, pero no se preocupe, contaba con su pérdida. Global Electric y quienes se esconden tras sus siglas llevan años detrás de él, sabía que despertaría el interés de los de arriba.

—Encontré entre los poemas los países y algunas ciudades donde se levantarían las torres, pero no las localizaciones exactas. ¿Las dejó indicadas?

—Más importante que los descubrimientos es la razón. Nuestras logias están repartidas por los puntos que propuso mi bisabuelo y todos seguimos un código moral por encima de políticas o religiones, que nunca son imparciales. En cada región ellos decidieron dónde construir su torre.

—Si no es un arma lo que están construyendo, ¿por qué tiene tanto interés el FBI?

—Ya lo hablamos. El FBI tenía interés por el otro invento no concluido de Tesla, el Rayo de la Muerte. No ha dejado de buscarlo durante todos estos años. Nosotros, por supuesto, lo tenemos y lo utilizamos en casos extremos, como usted ha podido comprobar. Pero el FBI también teme como a una maldición la electricidad libre e infinita. Y lo que de ello se deriva. ¿Se le ocurre otro ataque más devastador a la economía global y el establishment?

La voz del chófer nos interrumpe a través de los altavoces.

—Ya hemos llegado.

Nos esperan tres hombres vestidos con traje oscuro y gabardina de paño. Apostaría una cena a que se trata de altos cargos del Gobierno serbio. Uno de ellos ayuda a Luz a bajar del coche y habla con ella aparte, junto con los otros dos. Luz está con ellos unos minutos y vuelve a buscarme. Se disculpa por no poder estar a mi lado durante el viaje. Tiene que atender unos temas privados. Me entrega una maleta y dos billetes de avión. Junto al billete de vuelta hay un salvoconducto gubernamental para evitar incidentes; debo tomar un vuelo, también en solitario, exactamente la víspera de la Cumbre Energética. Tengo cuatro asientos reservados y todas las comodidades para ir y volver. Me sugiere que aproveche para descansar.

Así lo hago.



BELGRADO

Al salir del aeropuerto de Belgrado nos espera un coche oficial. Luz lo rechaza y se despide de los tres hombres con los que ha viajado. Me busca con la mirada y me pide con la mano que la acompañe. En la maleta había un traje como hecho a medida para mí y me han dejado solo el tiempo necesario para poder cambiarme después del vuelo.

—Los tentáculos del Rey Negro son muy largos. Nos estarán esperando.

Recoge un discreto bolso de viaje de una taquilla de seguridad y luego tomamos la línea de bus que conecta el aeropuerto internacional Nikola Tesla con el centro de la ciudad. Habremos recorrido alrededor de quince kilómetros y al cruzar el río Sava nos apeamos. Me doy cuenta de que la bolsa de viaje ha quedado abandonada en nuestros asientos. No digo nada porque estoy convencido de que ha sido con toda intención. Se coloca una elegante y llamativa bufanda roja y me anuda otra similar al cuello, ambas estaban en el interior de la bolsa.

—Hace frío en Belgrado.

Me ofrece su brazo y paseamos como dos enamorados por las calles de la ciudad vieja, hasta Skadarska. Andamos entre las terrazas de cafeterías tomadas por turistas despreocupados con ganas de gastar sus créditos. Se escuchan músicos callejeros tocando canciones para atraerlos. La temperatura es tolerable. Me acoplo a los movimientos lentos y calculados de Luz hasta que elige una cafetería. Demasiado señorial para mi gusto. Nos sentamos en una mesa exterior, rodeada de una cerca de flores. Disfrutamos de una charla jovial, ajena a las preocupaciones que se ciernen sobre nosotros. Por un instante, me olvido de todo y disfruto el momento. Reanudamos el paseo y tomamos un tren ligero que nos lleva hasta el Templo de San Sava, una imponente construcción coronada con varias cúpulas. Al ver mi interés me comenta que es la iglesia ortodoxa más grande de Europa y una de las más grandes del mundo. Me explica que la construcción del templo comenzó en 1935 y que aún no ha terminado. Que en Belgrado hay muchas cosas por terminar.

—El templo está dedicado a San Sava, fundador de la Iglesia Ortodoxa serbia y una figura importante en nuestra historia medieval. Está construido sobre el lugar donde presuntamente sus restos fueron incinerados en 1595 por los turcos otomanos. —La sigo escuchando, pero hace una pausa y su semblante se vuelve grave—. ¿Sabía que Nikola murió empobrecido, desprestigiado y solo en una habitación de hotel? Nada de templos. Un triste final para uno de los mayores genios de la historia. Las aplicaciones de sus inventos han sido infinitas, gran parte del progreso se lo debemos a él. Era excéntrico y de carácter difícil, pero bondadoso y desinteresado. Trabajaba en pos del progreso igualitario. Murió sin ver cumplido su sueño de mejorar el mundo con sus aportaciones. En su honor lo haremos realidad. Y a diferencia de este templo, su obra culminará dentro de pocos meses.

Al hablar de Nikola Tesla desaparece mi momento de ensoñación y libertad. Ya no somos dos turistas. Estamos de nuevo aquí por algo importante y, para ser sincero, diré que lo desconozco por completo.

—¿Su obra?

—¿Ha leído la obra de Charles Dickens, Halcón? —Sonríe—. Aseguraba que existía un mundo subterráneo, olvidado y maldito. Marginado. Oculto. Casi tan grande como el que vemos. Es el momento de hacer surgir a ese submundo. Nuestros valores no deben permanecer ocultos por más tiempo...

»Le agradezco que haya elegido bando.

—Yo no...

Me pone el dedo cerca de los labios y sisea silencio.

—Sí lo ha hecho. De lo contrario no estaría aquí. Confío en usted.

Un muchacho alimenta a un grupo de inquietas palomas en los escalones. Luz se acerca y le echa tres monedas doradas en la gorra. Curioso, ya no hay monedas de curso legal... El muchacho no las rechaza, las recoge y sale corriendo.

—¿Sabía que a mi bisabuelo le encantaban las palomas? En sus últimos años fueron sus únicas amigas. No solo las alimentaba, también curaba a las enfermas en su solitaria habitación de hotel. Otro rasgo de su gran corazón. Se desvivió por una con el ala maltrecha. Él mismo escribió: «Quería a esa paloma al igual que un hombre ama a una mujer, y ella también me quería a mí. Me daba razones para vivir».

Me da la impresión de que el tal Nikola Tesla no estaba demasiado en sus cabales y que toda esta veneración está empezando a ser desmedida.

Al doblar un callejón, me empuja suavemente hacia la pared y me mantiene los brazos cogidos. Me pilla desprevenido y casi confundo la maniobra con un juego amoroso. Por fortuna, antes de corresponder, me fijo en la pareja que continúa andando por el callejón. Hombre y mujer. Estructura similar a la nuestra y con dos bufandas idénticas. Entiendo la maniobra y sonrío.

Se abre una puerta y entramos a un local abandonado. Dentro está el mismo chico que pedía junto a las palomas. Ahora lo reconozco, ¡es Luka! Se abraza con

delicadeza a la mujer. Luego me mira y su cara se ilumina con una sonrisa sincera.

—Sabía que volvería, señor. Gracias por cuidar de ella otra vez.

Sonríó y guiño un ojo en vez de decirle que su apreciada dama no necesita que nadie la cuide.

Es un edificio desnudo y a medio reformar. Unas escaleras sin pavimentar y sin barandilla descienden al sótano. Allí hay una entrada a los túneles abandonados del metro. Al submundo de Dickens.

Caminamos en silencio y lo más rápido que el paso de Luz nos permite. No tardamos mucho en alcanzar el refugio ciudad iluminado. Los guardas siguen protegiendo la entrada. Esta vez nos saludan con una inclinación de cabeza.

Nos cruzamos con grupos de personas en el interior. Algunos llevan casaca; todos nos observan en silencio. Respeto. Luka marcha delante, feliz.



## SÁNSCRITO

Entramos en la modesta, no sé si llamarla celda, vivienda de Luz. Los colores chillones enfrentados de las paredes vuelven a llamarme la atención. Ahora son verde y azul. Ya no está la cama, en su lugar hay una gran alfombra que cubre el suelo por completo.

—Por favor, Luka. ¿Puedes avisar al maestro Ramakrishna?

El joven asiente con energía y sale como un rayo a cumplir la voluntad de su heroína. Es un placer para él poder servirla. La mujer sonríe ante la vivacidad del chico, pero tras su partida su semblante se torna triste.

—Hemos expuesto a toda esta gente confiada y fiel. No pienso fallarles. Tenemos que tenerlo todo listo antes de la Cumbre por la Energía.

Luz abre el único armario de la estancia. La observo mientras coloca una bandeja de plata con tres pequeñas patas en el centro de la alfombra. Luego vuelve a por tres velas de color lavanda. Siempre con sus movimientos calculados y lentos.

—Nikola se sintió atraído por la filosofía védica a través de las enseñanzas del Swami Vivekananda. Este le descubrió un nuevo mundo y desde ese momento Nikola usó palabras en sánscrito para definir algunos de sus conceptos fundamentales. Sus investigaciones en cuanto al binomio materia energía le llevaron a acuñar los términos Aksha y Prana como el concepto de un éter luminoso para describir la fuente, existencia y construcción de la materia. Le abstraía la idea de generar energía sin consumir materia.

—¿Por qué sánscrito?

—Según el hinduismo, esa es la lengua más antigua de la humanidad y se ha mantenido intacta con el paso de los años. La palabra en sí quiere decir perfecto, completo. El sánscrito es la lengua del yoga y se dice que es yoga en forma lingüística porque es energía divina en una estructura de sonido que nos conecta con el absoluto. El sánscrito se ha considerado una lengua sagrada durante milenios y fue revelada por sabios y videntes que transformaron en sonidos su experiencia mística.

—No comprendo...

No comprendo nada, pero no tengo escapatoria, acorralado en este nuevo escenario.

La mujer coloca tres almohadas con una decoración que ya conozco rodeando la mesita, a juego con la alfombra de cachemira.

—El sánscrito también se considera sagrado por su poder vibracional. Cada una de sus cincuenta y una letras posee una vibración bella y cósmica, que resuena en consonancia con la realidad suprema. A cada letra se le llama una *bijakshara*, semilla de esta realidad. Se dice que sus vibraciones son las mismas que las vibraciones naturales de las células de nuestro cuerpo y de nuestros cuerpos sutiles. Son las vibraciones esenciales de todo lo que existe y tienen un poder de sintonizarnos con la inteligencia cósmica y, de esta manera, de sanar, equilibrar y elevar la conciencia. Algunos van más allá y afirman que el sánscrito es también *pranayama*, la práctica de control de la respiración, y que por la frecuente utilización de la forma pasiva, trasciende el ego.

—Sigo sin comprender...

—Desafortunadamente aún no domino este idioma.

—Debe ser el único.

Sonríe ante mi salida. Toma un cuaderno y va pasando hojas hasta llegar a una en blanco. Se recuesta con mucha lentitud sobre el cojín, coge un lápiz y comienza a dibujar.

—Nuestro gurú, el maestro espiritual de nuestra pequeña comunidad, es quien domina esta lengua. Algunos de los conceptos que había en el documento robado a Nikola y que el jactancioso Rey Negro me dejó ver estaban escritos en sánscrito. Cuando el maestro los pronuncie en voz alta, los sonidos llegarán a mí en forma de representaciones expuestas al mínimo detalle. Es el momento de dar forma a la última pieza del puzle. Es el momento de completar el legado de Nikola Tesla.

Termina de dibujar unos bocetos y empieza a escribir. Supongo que está realizando un facsímil de cada una de las páginas que vio en las instalaciones de Global Electric. Cuando termina, arranca la hoja y la deja sobre la mesita.

—Nikola nunca necesitó papel y lápiz para dar forma a sus ideas. Los diseños venían a su mente en momentos de inspiración o sueños vívidos y quedaban para siempre en su memoria. Era capaz de formar lo que hoy llamamos un 3D perfecto en su mente.

»Adelante.

En ese momento entra Luka acompañado de un hombre de avanzada edad, esquelético como uno de los candelabros. Una especie de hábito entre amarillo y naranja cruza su pecho y le cae entre faldones desde la cintura. Un tatuaje que me recuerda a un sol cubre su cabeza rapada y parte de la nuca. Saluda con una inclinación de cabeza hacia adelante, con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho y se sienta con la postura del buda sobre el cojín, frente a la mujer. Luz le

corresponde y enciende las velas. Un aroma a incienso inunda la estancia y secuestra el hasta ahora inadvertido perfume gris marino.

Siento interrumpir aquel momento místico, pero lo hago.

—La cumbre es mañana. Aunque haya conseguido lo que buscaba, no disponemos de tiempo.

El gurú me mira incrédulo. Al parecer he roto su concentración o su paz espiritual. Es mi especialidad. Luz separa las manos y me demanda calma.

—Confíe, Halcón. Ahora necesitamos unos minutos de quietud. Luka le mostrará la cadena de producción mientras tanto, ¿verdad, Luka?



## TORRE WANDERCLYFFE

Luka me tira del brazo y salimos de aquella conejera.

—Hemos de dejarla sola. Va a hacer magia —me dice muy serio—. Sígame.

Sigo al chaval bajo la bóveda de la ciudad subterránea. No pierde ni por un instante la energía y el buen humor. En varias ocasiones tiene que tirar de mí. Camino ausente, tratando de anticipar por una vez los planes de Luz. Soy más amigo de los hechos y de las realidades materiales que de los temas transcendentales. Así que no llego a comprender cómo un gurú podría ayudarnos. Tampoco comprendo la fe de Luz en él. Si no me equivoco, hemos vuelto a Belgrado para construir un nuevo prototipo de cetro, algo que entiendo imprescindible para el correcto funcionamiento de las torres. ¿Se puede diseñar y fabricar en solo un día? No lo creo, pero lo más importante es descubrir el verdadero objetivo de aquellas torres. ¿Cuántas son? ¿Para qué sirven? ¿Por qué no me revela claramente su utilidad?

Nos detenemos casi en un extremo del túnel. La apariencia de las casetas desde el pasillo central que atravesamos andando es idéntica a las del resto, pero al entrar en la penúltima descubro que está unida por dentro con la siguiente y con al menos una anterior. Lo que veo me devuelve la confianza en aquella enigmática mujer.

Cuatro grandes máquinas funcionando de manera autónoma. Me aproximo a la más cercana. Un gran brazo robótico trabaja dentro de un cubo de cristal.

Los movimientos son rápidos y extremadamente precisos. Con un sistema de rieles superiores y sus articulaciones se mueve a voluntad dentro del cubo. Con el extremo de su láser trabaja con precisión construyendo con alguna resina sintética una pieza alargada que bien podría tratarse de la parte extensible del cetro de Luz.

Observo cómo la pieza pasa a través de un raíl a ser manipulada por el brazo contiguo que sin perder la agilidad ni la precisión continúa aplicando capas de lo que ahora podría ser un metal dorado.

Se trata de un sistema de cuatro impresoras 3D trabajando en perfecta armonía y con un detalle microscópico un objeto que debe ser idéntico a los cetros que rematan

las misteriosas torres, como el que me entregó Luz.

Mis sospechas se confirman al descubrir un armario lateral con tres cetros expuestos como lanzas. Entiendo que deben estar a la espera de su programación final con lo que Luz está visualizando en el trance con el maestro de sánscrito. Tengo la sensación de encontrarme en un mundo irreal... Los cetros, el recinto subterráneo albergando reuniones ocultas de santones, tecnología futurista escrita en sánscrito, las torres de Minsk y de Long Island construidas bajo tierra por una especie de secta secreta, el Rey Negro... Miro alrededor por si veo correr al conejo blanco de Carroll... Antes de continuar necesito saber de una vez por todas dónde me he metido y cerciorarme de que estoy haciendo lo correcto. Me cuesta dar el siguiente paso, pero ya estaba planeado. Pongo mis manos sobre los hombros de Luka y le miro a los ojos.

—Luka, ¿te puedo pedir un favor?

El chico asiente y me mira como un fiel perrito esperando que su amo le lance la pelota.

—¿Puedes llevarme al museo de Nikola Tesla por la entrada secreta?

Leo un atisbo de desconfianza. Para tranquilizarlo, tomo uno de los cetros y le digo:

—La Dama de Luz quiere que entregue allí uno de estos.

Finalmente sonrío. Le devuelvo la sonrisa y le revuelvo el pelo. Aunque en mi trabajo suelo estar en el mismo filo de la verdad, no me gusta abusar de la inocencia ni mucho menos traicionar una lealtad tan noble como la del aquel chico. Me cuesta mantener que el fin justifica esta actuación.

Volvemos a los túneles. En algunos momentos se escucha el fragor de la circulación del metro atravesando las paredes contiguas y todo vibra durante unos instantes. El muchacho se mueve con total normalidad por aquellos oscuros pasadizos y sabe reconocer el rugido de cada línea de tren que está pasando.

Llegamos por fin hasta el mismo cuarto por donde huimos del museo el día del asesinato del recepcionista. En una inspección rápida descubro el acceso secreto y un pequeño ventanuco de cristal desde el que se puede ver la sala anexa, supongo que en el otro lado será de espejo, como los de comisaría. Es pronto para la cita que he concertado. Así que nos sentamos y charlamos. El joven me cose a preguntas sobre la forma de vida en América con curiosidad insaciable. Se ha propuesto vivir y trabajar allí en un futuro. Poco a poco, sin quererlo, comprendo que ha tenido una vida difícil, comprendo el papel que Luz ha representado y representa para él desde que al quedar huérfano le trajera a la ciudad subterránea, el porqué de su incondicional gratitud. Por lo que me cuenta, la desaparición de su padre y el fallecimiento de una madre pobre y adicta han sido una liberación para él, aunque no lo sepa.

Habrá pasado poco más de una hora cuando interrumpo la conversación. El hombre al que esperaba ha llegado y está solo. Le pido al chico que aguarde unos minutos en silencio y entro a la sala donde está expuesto el invento de Nikola

llamado «Huevo de Colón». No se percata de mi entrada.

—Gracias por venir, Mikhail.

El ingeniero bielorruso se sobresalta al escucharme. Luego me estrecha la mano apresuradamente y se quita las gafas para limpiar los cristales en un movimiento nervioso.

—¿Qué hacemos aquí? He estado viajando desde que nos separamos y no puedo quitarme la sensación de que alguien me sigue. Creo que me estoy volviendo loco.

Entramos a la habitación oculta y tranquilizo a Luka alegando que Mikhail es un amigo de Luz. Coloco el cetro sobre la mesa y no necesito decir nada más. El ingeniero se olvida de nosotros y lo estudia con detalle. Primero con desconfianza y luego con fascinación. Luka y yo lo observamos con curiosidad mientras improvisa algunas pruebas. Lo vemos frotar la esfera superior, acercar el móvil y levantarlo junto a la lámpara que ilumina la estancia, cuanto más lo acerca más se ilumina y más luz pierde la habitación.

—¿Es algún tipo de arma?

—No —responde el ingeniero con seguridad—. Es un emisor-receptor. Algo que no había visto antes. ¿De dónde lo ha sacado?

—Luka, ¿puedes llevarnos hasta la Torre?

El chico me mira, comprometido. Su mirada confirma que estoy en lo cierto y que hay otra torre aquí, en Belgrado.

—Lo siento. No puedo sin el permiso de la Dama de Luz.

Me arrodillo y le tomo de los hombros.

—Tienes que confiar en mí. Sabes que nunca le haría daño a nuestra Dama de Luz.

—Pero...

—Es por su bien. Creo que corre peligro, quizá lo corramos todos. Este hombre puede ayudarnos.

El chico duda.

—Usted le salvó la vida, pero...

—Eso es.

El pequeño no puede soportar la presión. Cede y volvemos a los subterráneos del metro. Esta vez la ruta es más complicada. Algunos de los pasadizos son más angostos y tienen la entrada oculta. Por fortuna, el joven Luka los conoce a la perfección. Por fin entramos a una sala enorme, de proporciones similares a la central subterránea que encontramos en Long Island. La cúspide de la torre se pierde arriba, en la oscuridad. Mikhail se acerca a la base de la estructura metálica. Está maravillado. Los operarios no se inmutan con nuestra presencia. Noto que el suelo que pisamos es también una enorme plancha metálica similar a la de Long Island. De pronto, uno de los supervisores se acerca y nos pide que nos apartemos. Todos desalojan la base. Se escuchan unos quejidos metálicos y la base de la torre se eleva unos centímetros. Vuelve a bajar y luego la hacen subir unos centímetros más.

—Esto es lo que suministra la electricidad a la ciudad —dice Luka con orgullo.

Me siento como un traidor por no haber informado a la Dama de nuestra presencia allí, pero necesito estar completamente seguro de que no participo de alguna forma en un arma o algo que pueda usarse para atentar o amenazar a la humanidad. Mi instinto me dice que no es así, pero necesito corroborarlo con la opinión de un experto para asegurarme que quien manda no es mi corazón.

Le pregunto al ingeniero, pero no tiene tiempo para mí. No para de observarlo todo.

—Es increíble. Es una reproducción mejorada de la Torre Wardenclyffe. Estábamos completamente equivocados.

De pronto se escuchan unos gritos de alarma que no comprendo. Los operadores abandonan el trabajo asustados. Antes de que podamos reaccionar, irrumpen tres hombres armados en el recinto.

—Nos han encontrado —dice Luka con mirada acusadora—. La Dama...

—¿Quién nos ha encontrado?

El chico me aparta y se escabulle por uno de los callejones. Seguro que para avisar a Luz. El nerviosismo es generalizado. No comprendo lo que reclaman esos tres individuos, pero los disparos que lanzan son un idioma universal. Permanecemos todos quietos. El recinto es grande, espero el momento en que no puede vernos ninguno de los tres intrusos y arrastro al ingeniero hacia el disimulado pasadizo por el que ha huido Luka.

¿Cómo han dado tan pronto con nosotros? Solo se me ocurre que sea cosa del Rey Negro. Hago gala de mi buen sentido de la orientación y consigo volver al Museo. Allí me despido del ingeniero y me dirijo a la carrera hacia la ciudad subterránea.



## ALAS DE ÁNGELES

Los habituales ecos resonando en el silencio de los túneles son ahora una olla de grillos, pasos acelerados e, incluso, disparos. Esquivo por los pelos sombras dispersas que huyen entre tropiezos y pavor. Solo pueden ser los habitantes del búnker subterráneo de Luz. ¿Lo habrán asaltado también? Acelero mis pasos a tientas en aquella negra penumbra. Finalmente, y tras varios tropiezos, consigo encontrarla. Es un auténtico caos. Hay gente corre desorientada para escapar del estruendo de los disparos. Me dirijo directamente al cuarto de Luz.

Cruzo la cortina que hace de puerta sin molestarme en avisar de mi llegada. La alfombra está parcialmente ennegrecida por el humo y la cera de las velas. La bandeja de plata está caída boca abajo. Luka está acurrucado en una esquina con el rostro entre las rodillas. Ni siquiera parece haber advertido mi presencia.

Me arrodillo frente a él y le zarandeo por los hombros.

—Se la han llevado —solloza.

Le zarandeo más fuerte para obtener su atención.

—¿Qué ha sucedido?

Se zafa de mis brazos y me mira con reproche.

—No tendríamos que haberla dejado sola. Usted me prometió que siempre la protegería.

—¿Dónde la han llevado?

—No lo sé. Me ha pedido que me quede aquí a esperarle. Ella aún confía en usted y no entiendo por qué. Yo debería haberme ido con ella y por su culpa estoy aquí. La he dejado.

Le rodeo con mis brazos. El chico llora contra mi pecho y le dejo desahogarse, pero pronto se libra de mi abrazo y se pone en pie. Recoge la boina del suelo y dice con determinación:

—Ahora debe seguirme.

Sin duda el chico tiene un corazón noble y valiente. Salimos del cuarto. La huida

ha sido generalizada y ya no parece quedar nadie. Luka corre y yo le sigo. Antes de llegar al túnel central, vemos aparecer por allí a un grupo de hombres armados que nos gritan la voz de alto. Luka, sin detener la marcha, gira ágilmente y entramos a través de la puerta cortina en uno de los cuartos. Hay una salida trasera. Al parecer hay un pasillo de servicio que corre paralelo al central por la parte posterior de los habitáculos. Corremos por él hasta que podemos entrar por detrás en otro de los cuartos. Gracias al buen conocimiento del chico de aquel lugar esquivamos a la patrulla, pero ahora nos están buscando. Una fuerte detonación interrumpe nuestra carrera, lejana, pero tan potente como para hacer vibrar el suelo. Un instante después, todo a nuestro alrededor se apaga. ¿Habrán volado la torre como en Bielorrusia? La oscuridad nos permite dar esquinazo a nuestros perseguidores y avanzamos más lentos y en silencio. Luka, entre jadeos, me arrastra de la mano y consigue que lleguemos hasta la sala de producción a oscuras.

Usamos la linterna del teléfono en el interior de aquellos almacenes de fabricación y montaje. Los brazos mecánicos están parados, pero en la vitrina final de la cadena de trabajo hay dos cetros terminados. Luka me la señala con la vista, tiene la voz afectada.

—La dama ha dicho que debe entregárselos al responsable del Centro de Ciencias de Long Island antes de que empiece la Cumbre Mundial por la Energía.

En las estanterías de la pared contigua hay varias fundas que parecen diseñadas para su transporte. Tomo una e introduzco un cetro. Luka permanece vigilante cerca de la puerta.

—Te doy mi palabra de que los entregaré. Confía en mí —respondo con decisión—. Ahora tenemos que salir de aquí.

Hago amago de irme, pero Luka no me sigue. Se deja caer con la espalda pegada a la pared. Al alumbrarlo, descubro que está pálido como la porcelana y que se oprime el costado con una mano.

Una mancha oscura empapa sus ropas bajo sus dedos. Mi mano también está impregnada con su sangre. ¡Dios mío! Con manos temblorosas inspecciono la herida. Una bala le ha alcanzado y parece que ha perdido mucha sangre. Está muy débil y frío. Uso un pañuelo y mi cinturón para tratar de taponar la herida. Sé que es demasiado tarde, pero sigo intentándolo. El chico murmura...

—Ella me ha entregado esto también.

Con la otra mano saca con dificultad una cajita de joyería de su bolsillo.

—No te muevas. Tranquilo. Todo va a salir bien. Encontraré a la Dama de Luz y los tres juntos entregaremos los cetros en Long Island. ¿Te gustaría venir conmigo a América?

El chico asiente.

—Subiremos a la antorcha de la Estatua de la Libertad y...

—La salvará, ¿verdad? —pregunta con apenas un hilo de voz.

—A ella no le ocurrirá nada y a ti tampoco. Tranquilo. Los dos sabemos que es

mágica.

El chico me sonrío débilmente y cierra los ojos... Cuando termino de hacer el torniquete ya no se mueve. Apenas respira y su pulso es muy débil.

*... libre de vida y muerte,  
loco sin lágrimas, fuera del triste olvido...*

*Le veo sereno, sin miedo, digno de su verso heroico...*

*... El Tiempo Perfecto, el Bien Universal...*

*Maldita causa que exige malditos héroes.*

*... Su sonrisa es alegre romper de alborada...*

Le susurro al oído la última estrofa:

*Escucha, Luka, ese murmullo es de alas de ángeles.*

El muchacho deja su último aliento entre mis brazos y una herida en mi alma.

Le cierro los párpados y recojo su boina, ahora huérfana. No reprimo un grito de impotencia. Siento crecer un odio demasiado intenso e incontrolable en mi interior. Debería abandonar Belgrado cuanto antes, debería ser sumamente discreto y centrarme en entregar los cetros. Pero, muy al contrario, salgo al pasillo central y no dejo de gritar maldiciones hasta que escucho unos pasos acercarse.

Apago el móvil y espero agazapado tras la grúa del brazo mecánico de una de las impresoras 3D. No tardo en distinguir tres siluetas. La luz de sus armas revela sus posiciones. Al descubrir el cuerpo del joven Luka, cruzan unas escuetas frases y dos de ellos se separan. Golpeo en la cabeza al tercero con la base de uno de los cetros y una vez más cuando está en el suelo. Recojo su arma y elimino la linterna integrada de un golpe contra el suelo. No me resulta difícil encontrar a los otros dos asesinos y adelantarme a sus disparos. Recojo sus armas y salgo de nuevo bajo la bóveda central en busca de más sicarios iluminando su situación con los destellos de luz de sus propias armas. Estoy decidido a acabar con todos los que pueda en una desesperada forma de buscar venganza. Por fortuna ya no queda nadie, salvo algunos cuerpos tendidos en el suelo. ¿Quién habrá podido hacer algo así? Su intención no ha sido solo destruir la torre, sino asesinar a sangre fría e indiscriminadamente a quien encontrasen en aquel recinto clandestino. No es crimen matar lo que no existe. Saben que no habrá consecuencias. Su objetivo principal debía ser capturar a Luz, pero ya se la habían llevado según el chico. ¿Cuál era, entonces? ¿Qué más quieren? Quizá

pretendan impedir a toda costa que los nuevos cetros lleguen a su destino. Me prometo que aquel al que Luz llama Rey Negro pagará por aquello.

He dudado sobre incluir mis reflexiones en esta parte en el diario, pero he decidido ser fiel a la verdad pese a que me cueste la licencia de detective. Se lo debo al joven Luka. No es un poema serbio, pero así dejaré constancia de su valentía.



REENCUEENTRO

Estoy de nuevo en un avión de vuelta. Los dos cetros viajan conmigo como equipaje de cabina. Sin tiempo para buscar otra forma de hacerlos llegar a Estados Unidos, decidí que usaría el salvoconducto de Luz, pero no hizo falta. Al bajar del taxi me estaban esperando dos azafatas en el aeropuerto y me condujeron directamente a mis asientos reservados sin pasar por controles de seguridad y sin dar explicaciones.

Dedico varios minutos para completar el diario del caso y a buscar una lógica a toda la historia en la que me he visto envuelto. Pero el sentido de culpa me impide pensar con claridad.

No puedo cerrar los ojos. Cuando lo hago me asalta la imagen del cadáver del joven Luka, abandonado, tendido en el suelo. Sé que no podía hacer otra cosa, pero no dejo de justificarme que debemos de cumplir por encima de todo con el mandato de su heroína y esto no me dejaba alternativa. Espero que me esté escuchando. Dejo su boina bajo mi asiento del avión. Así llegará a Estados Unidos.

No he usado la nueva identidad dactilar que me entregó el muchacho antes de morir. Así que es muy probable que ya haya sido descubierto. Posiblemente quien me espere en el aeropuerto sea ahora el FBI. Dudo que pueda completar la misión. Hay demasiadas incógnitas y cabos sueltos.

En fin... Tómallo con calma, Halcón. *Alea jacta est.*

En este caso no he hecho todas las cosas como hubiese querido. Y algunas no me gustan. Siento que mis actos han estado en todo momento dirigidos y que he sido arrastrado incondicionalmente por una corriente de la que no podía escapar.

De pronto, Marga, mi excompañera policía, se sienta a mi lado en el avión. ¿Qué hace Marga aquí? Oculto lo mejor que puedo mi sorpresa. Esperaba ser descubierto antes de llegar a Clifton, pero no por ella. Ha debido estar buscándome en Belgrado durante este tiempo.

—Me rompes el corazón, compañera.

—Excompañera —matiza con frialdad.

—¿Ahora trabajas para el FBI? ¿Para Global Electric?

—Eres muchas cosas, Halcón, pero jamás creí que fueses un traidor.

—¿Traidor? Estás completamente equivocada. No existe ningún arma. Todo eso de la seguridad nacional y un posible atentado a escala mundial es un camelo filtrado por tus jefes, el FBI o la propia Global Electric.

—Déjalo, Halcón. Estoy aquí porque has ganado. Sabemos que los cetros que transportas no son los auténticos. Y tampoco has usado el correo postal.

—¿Son falsos? Quizá mi misión haya sido un señuelo. Yo no controlo la situación, nunca la he controlado. Siempre voy tras el material con que se hacen los sueños.

Marga sonrío con tristeza.

—Siempre has sido el más inteligente del Departamento. No el más diplomático, pero sí el más listo. ¿Si no sabías que son falsos por qué no cambiaste de identidad?

—No disponía de tiempo para encontrar otra.

No parece convencerle mi respuesta.

—Necesito que contestes a una última pregunta y quiero que lo hagas por mí y por tu país. ¿Dónde está la mujer de Luz?

—Tenía entendido que la habíais capturado vosotros.

—Maldita sea, Halcón. Siempre he...



T-CANDLE

—Aquí termina el diario del caso en tiempo real del detective privado Philippe Hawk, Halcón, como le gustaba que le llamaran. Han escuchado unos fragmentos, pero tienen una transcripción completa cada uno en su mesa.

De los veintiocho participantes de la reunión nadie hace ningún comentario ni el más mínimo movimiento en su asiento.

—Termina bruscamente porque, como bien saben, el avión en el que viajaba no llegó a su destino. Parece ser que se desvió hacia el sur una hora antes de llegar a La Guardia y se perdió su comunicación. Posiblemente cayó al Atlántico. No tenemos más noticias.

Todos guardan silencio. La circunspecta mujer que habla se apoya con delicadeza en la mesa y pasea la vista por todos los presentes. Un hombre de edad avanzada, traje K-50 y ojos fríos, se pone en pie y se ajusta la corbata hasta atraer la atención de toda la sala.

—No comprendo por qué nos hace perder el tiempo a todos con esta grabación absurda. Tampoco comprendo qué relación guarda con la agenda prioritaria de esta cumbre. Sepa que se le descuenta del tiempo de intervención del país al que representa.

—Debo advertirles que su saludo me ha revelado la predisposición de cada uno de ustedes hacia esta cumbre. Contestando a su pregunta, guarda relación porque, como sabe, algunos de los aludidos en la grabación se encuentran aquí, en esta mesa, ¿no ha reconocido su propia voz? Además, considero mi deber informarles, pues la prensa de todos los países aquí representados ya tiene una copia en su poder.

Un grito ahogado colma la sala.

—Ese supuesto diario no tiene ninguna validez legal. Tampoco ninguna garantía de ser verídico.

—Esta vez será la calle la que decida si es verídico o no. Ni los dirigentes de un solo país ni sus tribunales. Esta vez no hablará el poder, sino el pueblo.

—Por otra parte —continúa el hombre con voz acusatoria—, esta grabación no la deja en buen lugar ni a usted ni al país que representa. Queda claro que están dispuestos a actuar fuera de la ley por un dudoso concepto. ¿Acaso tuvo algún escrúpulo en abandonar aquella ciudad subterránea y dejar morir al niño y al detective?

La mujer acusa el golpe.

—El señor Hawk era un hombre con recursos. Él decidió su destino.

—¿Eligió morir? ¿Por quién? ¿Por usted?

—Tomó una decisión. Le entregó la huella de identidad que le dejé al joven Luka al esquivo ingeniero bielorruso. Lo sé porque ha sido el propio señor Zhevnov quien ha entregado el cetro rectificado en el museo de Long Island esta misma mañana. Por el contrario, la gente que murió en Belgrado no tuvo ninguna opción.

El hombre se pone rojo de ira.

—Es usted una manipuladora. Ha jugado con la vida de los demás. Todo esto demuestra que usted pertenece a una organización terrorista que debe ser perseguida y eliminada.

—Como usted acaba de decir, esta grabación no tiene validez legal. Nadie nos podrá condenar. Nuestra organización no existe. El joven Luka nunca existió... Y yo tampoco. No hay caso para el FBI.

—Usted será detenida y...

El presidente de los Estados Unidos, sentado junto al hombre que le representa en materia energética y que ahora tiene la palabra, le toma por el brazo y le hace callar.

—Esperemos a que la representante serbia acabe su exposición.

—El control de la energía ha ganado desde hace siglos todas las batallas para seguir saqueando a la humanidad. Hoy, aquí y ahora, finaliza una más. Una batalla en la que hemos sacrificado dos torres y un caballo. La guerra está a punto de acabar. Permítanme la siguiente reflexión que dará luz a la nueva situación. Hay mucha literatura tergiversada en torno a la figura de Nikola Tesla, pero él siempre trabajó para el bien de la sociedad. Su propósito último era mejorar el mundo. De forma desinteresada. Pero los poderes económicos se lo impidieron y se aprovecharon de sus ideas según su conveniencia. Él buscaba la paz y los gobiernos estaban en guerra. Él buscaba el bien común y los poderes fácticos el propio. Fue desprestigiado y casi borrado de la historia. Muchos de sus inventos fueron secuestrados bajo el nombre legal de patentes y apartados indefinidamente para que no sustituyesen a lo establecido.

En ese momento se van las luces. En completa oscuridad, la mujer prosigue su intervención.

—No se alarmen. Todo lo que sucede en esta sala se está transmitiendo en directo para todo el mundo y nadie podrá impedirlo. Los herederos de Nikola Tesla nos hemos mantenido fuera de las manos de los poderosos y hemos continuado su trabajo.

»Tesla sí tuvo que recurrir a magnates para buscar financiación, pero al final siempre fue dejado en la cuneta porque tenía tanto de genio como de ingenuo. Compartió enriquecimiento y desavenencias con Edison y Marconi, que supieron venderse mejor. Aunque la historia no le ha hecho justicia, la aportación científica de Nikola Tesla está reconocida universalmente.

Con un sordo parpadeo las luces vuelven a iluminar la sala y el odio en el rostro del representante de Estados Unidos. También se encienden tres monitores de televisión.

—Nikola tuvo el sueño de llevar la energía a todo el mundo, y además de la forma más sencilla y económica, de forma inalámbrica. Esto chocaba frontalmente con las aspiraciones del poder económico, que veía peligrar su negocio. Se encontró con dos barreras infranqueables. La primera, el monopolio energético, cuyos impulsores se negaban a cualquier cambio si no les iba a suponer un aumento de beneficios. La segunda, el sector bancario, que ya había comprado minas de cobre para cubrir el cableado que cruzaría el país. ¿Una energía sin cables? No, eso les haría perder mucho dinero.

En la televisión aparece la magnífica torre que ha surgido en Long Island.

—Ahí pueden ver una réplica de la Torre Wardenclyffe, también conocida como la Torre Tesla, un fragmento de aquel sueño que nunca llegó a verse cumplido.

»La torre original funcionó. Tesla consiguió ponerla en marcha en varias ocasiones con éxito, pero antes de que pudiera acabar el proyecto, su inversor, el banquero J. P. Morgan, dejó de financiar las investigaciones alegando su inviabilidad económica. Sencillamente no se puede pretender que alguien colabore en un proyecto que vaya en contra de sus propios intereses. Poco después fue destruida durante la Primera Guerra Mundial argumentando que molestaba a los globos cautivos o que podría servir de referencia a los submarinos alemanes. Pero eso solo fue una excusa, la destruyeron porque era una amenaza. Ciertamente entonces necesitaba una fuente de energía inicial que ponía en duda su viabilidad, pero solo hacía falta algo más de financiación en lo que hoy llamamos I+D+I para culminar el proyecto. No obstante, las ideas subsistieron, sus discípulos las hemos mantenido vivas y en progreso hasta que por fin se han podido poner en práctica. Hoy nos liberan del yugo de la energía monopolizada.

»Hoy, como pueden ver, la nueva torre está suministrando energía a toda la isla de Manhattan sin necesidad de cables. Muy pronto, con la instalación del nuevo cetro antena en su cúspide, será capaz de multiplicar por cien su capacidad emisora y receptora —sentencia con la mirada en los fríos ojos del hombre—. Hay torres clónicas en puntos geopolíticos estratégicos distribuidos por el planeta gracias a la pervivencia de su filosofía. Entre todas harán que la electricidad llegue a todo el mundo. Por supuesto, no es una energía sin coste, pero sí es infinitamente más económica, descentralizada, ecológica y eficiente que la actual.

En la televisión empieza a verse emerger la misma estructura en distintos

enclaves, en distintas cadenas internacionales.

—Treinta y tres torres repartidas por todo el planeta convierten en realidad el sueño de Nikola.

»Él pronunció estas palabras premonitorias: “El presente es vuestro, pero el futuro es mío”. Y ese futuro es ahora. Un futuro imparabile y que nadie podrá volver a usurpar.

»Les pido que presten atención a los monitores. Lo que están viendo ahora son imágenes aéreas en tiempo real de nuestro planeta. Se pueden apreciar amplias manchas oscuras en lugares afectados en este momento por cortes de suministro. Muchas de esas zonas oscuras pertenecen a países de clima frío, en Europa del Este y Rusia. Al año mueren miles de personas de hipotermia y las eléctricas cobran la electricidad un 900% por encima de sus costes. En esas zonas, como en todas, solamente las tormentas eléctricas son un ejemplo de la energía que nos rodea y que no hemos sabido utilizar.

De pronto, las zonas oscuras empiezan a jaspearse con puntitos de luz. Cientos, miles, millones. Hay asombro entre los presentes.

—Ya no habrá más oscuridad en este mundo. Solo una vela ha bastado para ahuyentarla de todo el mundo. Se acabaron para siempre los cortes de suministro y la falta de energía en cualquier lugar del planeta. Desde hoy la energía será económica e ilimitada. ¿Cómo? Se preguntarán...

La mujer hace una pausa que incrementa la expectación despertada.

—La torre original de Long Island, también conocida como «Magnifying Transmitter», fue capaz de utilizar hace ya más de cien años gran parte de la energía que la rodeaba en distintas formas, como campos electromagnéticos, ionización atmosférica, flujos derivados de la rotación, etc. Fue capaz de transformarla en energía eléctrica y transmitirla a subestaciones inalámbricas más pequeñas. Sin embargo, en aquella época, además de necesitar la energía inicial sufría una gran pérdida por no poder focalizarse. Hoy todas esas limitaciones están superadas. La nanotecnología ha aportado la solución a los inconvenientes físicos y los nuevos aportes científicos han jugado a nuestro favor. Como saben, la electricidad que necesitan las sondas espaciales la obtienen de la diferencia del calor generado por isótopos radiactivos y el espacio exterior.

»En un momento en que pocas personas podían comprender las nuevas maravillas de la corriente alterna, Tesla previó la radio, la televisión, los rayos X, los láseres y la electricidad inalámbrica. Aquello pudo haber sido el mayor descubrimiento de todos los tiempos, pero hubo de esperar.

»Tesla expuso que la tierra y la atmósfera poseían electricidad, lo que hacía que el planeta se comportara como un conductor de dimensiones ilimitadas en el que era posible transmitir potencia eléctrica a cualquier distancia, casi sin pérdidas. Gracias a sus conocimientos de resonancia, estimó que la resonancia del planeta era del orden de los 10 Hz, un valor realmente exacto para su época, ya que hoy se sabe que es de

8 Hz. Schumann postuló que la tierra conductiva y la ionosfera forman una guía de onda esférica, a través de la cual se pueden propagar ondas electromagnéticas de muy baja frecuencia a escala mundial. La resonancia Schumann.

»Y lo que él describió es hoy una realidad. Ahora la energía eléctrica podrá recibirse hasta en la ionosfera. La electricidad parecerá surgir del aire en cualquier lugar del planeta: en el fondo del océano, en lo alto de las montañas, en las islas perdidas o en la región más remota. Con una red de unas pocas torres de energía circundando el planeta, la sangre vital de la utopía se cierra. Cualquier persona podrá hacer uso libre de la electricidad recibéndola a través de microantenas ya incorporadas en la mayoría de los productos del mercado. Todo formará parte de la red eléctrica inalámbrica global.

»Si el joven Luka viviera, afirmarí­a con los ojos muy abiertos que es magia.

Es el único momento en que le tiembla la voz. La mujer hace una pausa y toma un sorbo de agua antes de continuar.

—El mundo tal y como lo conocemos cambia desde hoy y da paso al sueño de Nikola Tesla. La electricidad económica y descentralizada es un regalo para toda la humanidad. Pero hemos de ser humildes, la electricidad ha estado siempre ahí, como el aire, como el sol. Una fuente de energía sin dueño. Es un ladrón el que intente venderla.

La mujer pasea alrededor de la mesa con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho.

—En los últimos años de su vida, Nikola reveló en una entrevista a *The Times* que solo esperaba vivir el tiempo suficiente para, al menos, colocar un aparato en una habitación que pudiese iluminarse con la energía de su alrededor. En su crepúsculo, Tesla murió solo, abandonado y sin poder ver brillar ese punto de luz.

La mujer se dirige hacia el cuadro eléctrico de la sala y muestra las palmas de las manos al guardia de seguridad. Ante su asentimiento, con movimientos delicados va desconectando distintas fases y apagando el recinto hasta que solo permanecen iluminadas las luces de emergencia. Se pasea a lo largo de la amplia mesa de juntas dejando una lente de vidrio ante cada uno de los asistentes y pide a todos que dejen al lado sus dispositivos móviles. Entrega las últimas al presidente norteamericano y a su colérico representante.

—Ahora activaremos el alcance completo de la torre de Long Island, permítanme ofrecerles este acto en memoria de mi bisabuelo... Algo similar a lo que hacemos en el museo de Belgrado... Lo que vamos a ver aquí sucederá a escala mundial.

De pronto, sobre cada lente aparece una esfera luminosa. Los focos también se iluminan y los monitores se encienden. Todos comprueban que sus móviles responden como si los acabasen de conectar a un cargador. Murmullos y asombro en la sala. Miradas furtivas se cruzan, deslumbradas.

Es el presidente de los Estados Unidos, paradójicamente, el primero en ponerse en pie y aplaudir.

Uno a uno, los congregados en la sala van aceptando el nuevo orden y se van levantando para seguirle.

Por último y en absoluta evidencia, el comisionado energético estadounidense se retira a grandes pasos lanzando su lente luminosa contra la pared.

La T-Candle no se apaga.

FIN